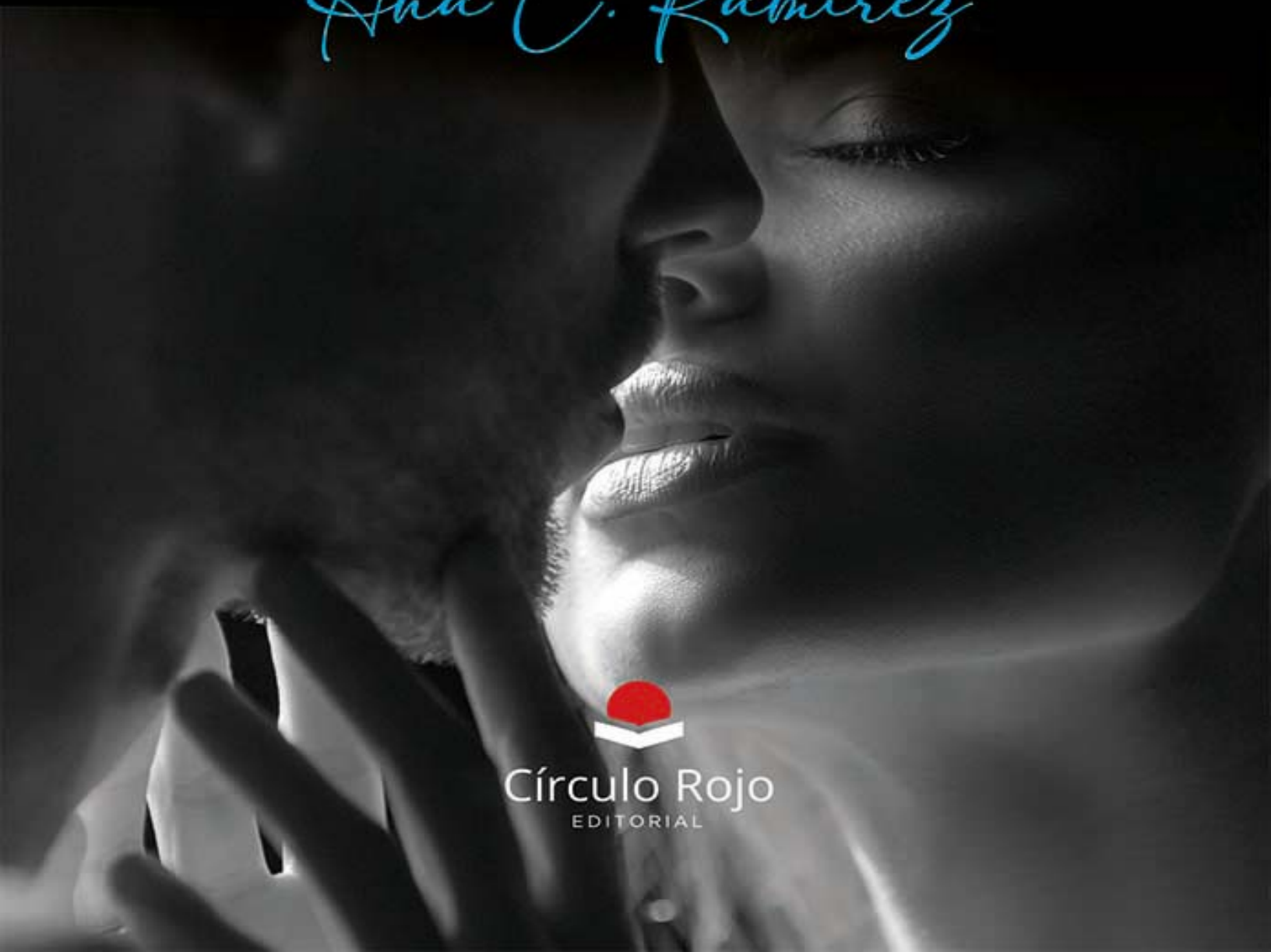
MI VIDA EN IMÁGENES

Ana C. Ramírez



Círculo Rojo
EDITORIAL

Mi vida en imágenes

SERIE UNIDOS POR EL DESTINO

ANA C. RAMÍREZ

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2025

ISBN: 979-13-7016-619-9

© Del texto: Ana C. Ramírez
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

«Dedicado a todos esos Quijotes,
que protegen, valoran, impulsan y
aman a las mujeres en sus vidas.
En especial, al linaje masculino que
me ha cuidado: mi padre, mi esposo,
mis hermanos, mi abuelo y mi hijo;
les agradezco su presencia en mi vida».
Para mi amiga Maruja,
por compartir conmigo el amor por la lectura.

«Quienes no se mueven, no notan sus cadenas».
—Rosa de Luxemburgo

CAPÍTULO 1. *Liberté, égalité, fraternité*

—¡Taxi! ¡Taxi! grito desesperada. Cuando entro en el coche, huele a humanidad, a curri añejo, sin embargo, siento la gratificante sonrisa que enseña unos dientes blancos, con la que me recibe el conductor hindú: —A l'aéroport Charles de Gaulle s'il vous plai[1].

Necesitaré un abogado. Y de todos los que conozco, el único del que estaba convencida no se dejaría extorsionar por Damián, era Cruz Hernández.

Recuerdo que hace solo unos momentos recorría los pasillos atestados de gente, puedo revivir la sensación como si fuera ahora, camino lento, me detengo en cada uno; cada obra merece su tiempo, estoy maravillada con todo este arte conjugado en un mismo lugar. Mi marido me sigue, desinteresado; para él, el arte significa solo estatus, tenerlo en casa lo hace diferente a otros. Visitar el Luvre, durante su luna de miel, también.

Los restaurantes en París y la gente que se encuentra en ellos significan codearse con esa élite de la que quiere formar parte. No importa lo demás. Solo pertenecer a ese pequeño grupo de personas que disfrutan del lujo por el simple hecho de presumirlo, de sentirse más que los demás.

Para mí, en cambio, el arte, significa mucho. Vienen a mi mente las imágenes de mi vida; esas compartidas desde la infancia, las paredes que pintaba cuando era solo una niña, acompañada de mi padre, «el biológico». No Domingo, ese es mi padrastro: me crio y estuvo en mi vida los últimos 18 años. Mis recuerdos con mi padre suelen remontarse a mi pequeña infancia, en donde las cosas sencillas como pintar una pared, un mueble o simplemente una cartulina de manitas de colores eran actividades de mi día a día. Recuerdo la sensación de hundir la mano en la densidad de la pintura, la cual resbalaba a manera de goterones gigantes por los dedos y, después deslizarla con suavidad por el papel, hasta que se terminaba dejando solo una estela, como si de una estrella se tratara.

El arte fue un regalo de él, ese pintor que desapareció de nuestras vidas porque necesitaba libertad creativa. Desde ahí empezó mi vena artística, siempre la he amado, es una de las únicas cosas que disfruto: el arte, los colores, los sentimientos que logran comunicarse a través de una imagen, un color, contrastes, técnicas, un marco o un juego de luces. Trato de borrar los recuerdos desagradables y concentrarme en disfrutar de estos escasos momentos junto al arte.

He pasado por el pasillo donde, cuadros como *La balsa de Medusa* llegan a inquietarme y a transmitirme el terror de la muerte. El dramatismo de la desesperación expuesta en trazos pardos que se destacan por el claro oscuro. El terror y la agonía expresados en ojos y cuerpos desnudos desprovistos de esperanza que esperan solo el fin. Me invade el miedo, sin pensar, me estremezco y no es por el hecho de poder llegar a vivir algo así: está claro que esa experiencia es incompatible en este siglo XXI, pero los sentimientos que expresan esos franceses perdidos en una tierra tan lejana…, esos sí los he vivido. El terror, la agonía y la desesperanza.

Tanto el amor como el odio son un bumerang: los disparas con fuerza y regresan al mismo lugar a golpearte en donde menos lo esperas. Otros lo llaman karma, justicia divina o destino. He tenido tanta furia en mi vida, que he despilfarrado mi odio en personas que no lo merecían. Lo hacía porque me inundaban de un inmenso poder y de pequeñas dosis de satisfacción en mi miserable vida. Me hacían sentir condenadamente bien, viva.

Ahora ese bumerang regresó.

El olor del perfume de Damián me da en la cara, ese sabor dulzón no representa su personalidad. Me persigue, al igual que sus zapatos italianos. Va enfundado en uno de sus trajes hechos a la medida. Escucho sus manos teclear mensajes, no logro dilucidar a quién. Puede ser una francesa *sexy* a la que planea ver en la noche mientras me deja sola en el hotel. Cabe también la posibilidad de que esté contratando una escort para que nos acompañe el resto del viaje. O tal vez sea su madre, que vigila sus pasos, o su clan de

amigos, los cuales valen por sus billeteras llenas y sus vidas de lujos frívolos. Ignoro el sonido.

Los turistas van en tenis, con ropa cómoda; yo voy como si fuera a trabajar en un corporativo. Mientras él dormía, destilando alcohol y cocaína, yo me levanté al amanecer para secar y estilizar mi cabello. Es tan difícil dejar el maquillaje perfecto, aunque aprendas en tutoriales o cursos; es un trabajo minucioso, de paciencia. Toma su tiempo delinear despacio cada contorno, hay que contar con buen pulso para aplicar las tonalidades del *make up* en distintos lugares, necesitamos de la perspectiva, mezclar colores de las sombras para abrir ojos, dejarlos idénticos y así crear un efecto en la mirada. Se necesita de buen gusto, estética, arte.

Después de pasar un rato con mi *kimono* japonés, me decidí por una blusa de seda y un pantalón de lino. Los tacones, los Guccis, serían los más cómodos. En el cuello, el collar de perlas que me había regalado mi suegra como regalo de bodas, nunca pensé que ese regalo tuviera un significado tan real, hasta el día de hoy. Es cansado siempre parecer perfecta, y más sonreír sin desearlo. Odio esas perlas, yo desearía portar mejor rubies, esmeraldas, brillantes; dejar a un lado el peso de las perlas sobre mi cuello.

Sus pasos se hacen más lentos y cansados, arrastra los pies con suavidad. Llevamos pocas salas cursadas, pero temo que no lleguemos ni a la hora que teníamos programada originalmente para partir. Paseo mi vista por los cuadros de esos pintores renacentistas italianos que tanto me gustan, cuando escucho su voz ronca en mi nuca*: —¡Amor, ya me cansé! Voy a la cafetería a tomar una copa de vino*. —¡Son apenas las 11:00 a. m.! *—Lo sé, pero esto es muy aburrido, ya subimos algunas fotos entrando al museo, no sé para qué quieres ver más cuadros.* —A mí me gusta, me habías prometido que lo recorreríamos mínimo hasta la una para llegar con tiempo a la reserva de *Pavyllon*. *—Te espero una hora más y nos vamos. Podemos pasar un rato por La Rue San Honoré y comprar algo.* —Yo no quiero comprar, siempre lo hacemos, ya me cansé. *—Eres la única vieja a la que no le gustan las compras, si no quieres comprar más, pues me ves hacerlo. Quiero comprarle un juego de*

lencería a Alexia de regalo, se lo prometí. —¿Alexia, tu asistente? —*Sí, ¿por? ¿Tienes algún problema con cómo gasto mi dinero?* —No, está bien. Te veo en un rato en la cafetería. —*¡No tardes, te doy como máximo una hora!*

Se acercó, me tomó en brazos mientras pasaba una mano por mi trasero, acercándolo a su cuerpo, que se encontraba tenso, me besó posesivamente, como lo hacía siempre, con su lengua hambrienta y despiadada, dio un fuerte mordiscón en mi labio inferior hasta hacerme una pequeña herida que sangró y después pasó su lengua por ella y se fue, diciendo: *¡Me encanta tu culo, me pone cachondo!*

Me acomodo las ropas repasando mi blusa, percibo el dolor del morado, ese que me había hecho la noche anterior. Volví a sentir el miedo brotando desde mis entrañas, supurando pus de las heridas. El estómago se me revolvió de callarlo, de esperar día y noche moviéndome de un lado al otro, aguardando sus caricias desbocadas o sus golpes justicieros. Los dos me asqueaban, no quería volverlos a sentir, quería huir de ellos, pero… ¿cómo hacerlo si no tenía nada? Si estaba convencida de que con un par de órdenes me detendría, me haría volver a sus brazos, de los cuales ya no había ninguna salida.

Sigo andando, me tengo que dar prisa para ver lo que me interesa. No puedo hacerlo esperar, se enojaría. Conseguiría otra reprimenda.

Paso con prisas por la *Monna lisa*, una obra obligada en el museo; no me canso de verla. Tan imperturbable; así me muestro siempre, con la misma sonrisa fingida. Después, corro a buscar a *Afrodita*, en el camino me paro un momento en el *Rapto de las Sabinas* de Nicolas Paussin. La observo lentamente, desde la esquina izquierda hasta la derecha y viceversa. Los romanos se apoderan de esas mujeres a la fuerza para hacerlas sus esposas; imagino que las violarán, sintiéndose sus dueños. Poderosos, si se rebelan, un golpe para que entiendan que ellos son los que tienen el poder y nosotras nunca lo alcanzaremos; aun en un país como este, en donde la libertad, la igualdad y la fraternidad son sus lemas. El mundo sigue igual, en todas partes hay feminicidios y violencia. Si alguien puede entenderme, son las mujeres raptadas del cuadro, como si de

verdad existieran. Raptada, cosificada, un objeto más que presumir y que los otros admirasen; no hemos cambiado mucho después de tantos años.

El mundo sigue siendo igual, regido por el poder, y el poder está en manos de los hombres.

No entiendo por qué nunca me he involucrado en ese cambio feminista que tanto claman las mujeres, en la libertad, en el derecho a decidir. ¿Por qué no tengo esa fortaleza? ¿por qué no soy como Mia o Alía? ¿Por qué Santiago me dejó?, ¿por ser débil de carácter? Él era bueno conmigo; todos los Legazpi siempre lo fueron, y yo les regresé furia, falta de confianza, poca lealtad. Esa maldad, esa que ahora me invade como monstruo. Miro el reloj, hace 15 minutos que se fue. Tendría qué hacerlo. Esa idea vaga por mi cabeza una y otra vez, desde hace meses, pero el temor me invade, me inmoviliza: «¡Hazlo, Juliana! ¡Hazlo!», me dice la conciencia.

Debes decidirte porque, si no, vas a morir, de tristeza o de los golpes que te da ese cabrón.

Agarro mi bolsa fuertemente, queriendo aferrarme a ella como si su costo exorbitante pudiera brindarme algo de seguridad. Voy directa a la salida, entro al gran *hall* central. No parece estar subterráneo, está iluminado por esa gran pirámide de cristal, el sol entra a raudales, abrazando mi cuerpo, llamándome hacia la luz natural. Ahí está. Lo miro, recelosa, dudosa. Se encuentra sentado en la cafetería de donde se puede ver la gente que entra y sale. Coquetea con unas jovencitas, les extiende su copa en señal de brindis; tendrán no más de 18 años y se sienten realizadas por su galantería, él sabe cómo hacerlo. Como una serpiente te envuelve con palabras y detalles, hasta que se ha deslizado sobre tu cuello, impidiendo el paso del oxígeno, y te tiene totalmente a su merced. Tiene esa palabrería que hipnotiza, no le importa la edad, se beneficia de su físico y de su poder adquisitivo, las deslumbra.

Aprovecho que está distraído coqueteando con su traje fino y su cuerpo trabajado en el gimnasio; en la muñeca, su reloj de oro brilla, igual que sus ojos; las ve como un animal hambriento.

Camino con el corazón repiqueteando fuerte, se quiere salir. Respiro con lentitud para calmarme, paso el aire a través de la garganta para relajarme un poco, como lo aprendí en yoga. Me escabullo entre los ríos de turistas, no me puede ver, tengo qué hacerlo rápido, volverme invisible. Mis manos sudorosas me delatarían si alguien las toca. Me mataría a golpes si se entera de lo que intento hacer; Damián es sumamente listo, maquinal, siempre va un paso por delante de mí; a él no lo he podido engañar, siempre me voltea la historia para quedar impune, no importa si me maltrata, después solo dice: *—Lo siento, nena, tú me obligaste a hacerlo, yo no quería, te amo.*

Corro por el *hall* central para tomar las escaleras en dirección a la luz. Al elevarme en ellas, siento que voltea, su mirada está por llegar al ángulo donde me encuentro, cuando ve pasar a una mujer que lo distrae. Lleva una falta corta, pegadísima al cuerpo. Corro, subiendo paso a paso, utilizo toda mi fortaleza para hacerlo lo más rápido posible y acercarme a la superficie. Las escaleras se mueven tan lento y parecen interminables, los turistas, distraídos, se cruzan en mi camino, disfrutando de las vacaciones, y los esquivo uno a otro, habitada solo por una ansiedad galopante y un montón de dudas en pugna entre la razón y el miedo.

Llego a la parte superior de la pirámide y respiro, veo la explanada que se une al jardín de las Tullerías, como si el espacio se expandiera en un infinito hasta llegar al Arco del Triunfo. No me puedo detener a apreciar su belleza, por lo que tomo aire y exhalo la angustia, corro hasta la Rue Rivoli.

[1] Al Aeropuerto Charles de Gaulle, por favor.

CAPÍTULO 2. *Oscuridad en el alma*

Se abren las puertas del elevador lo primero que veo es esa litografía del cuadro de Rafael Coronel. Lo reconozco, y no es que sepa mucho de arte, pero cuando se viene desde abajo, todo tipo de información puede ayudarte a causar una buena impresión y ganar aceptación; después de todo, el conocimiento es poder. Me acerco a la recepción donde la señorita me mira con desdén; pensándose mejor que yo por el simple hecho de no conocerme. En ese mundo en el que me he adentrado, desde que acepté trabajar en los asuntos de los Errazquin y los Legazpi suelen juzgarme. No ayuda mi nombre común y mi piel tostada, tampoco los trajes a la medida que me obligó a comprar Mia, menos aún los logros profesionales o los estudios. No pertenezco al círculo, no me conocen, y con eso basta. No me importa lo que piensen de mí; lo llevo con orgullo. Me gusta ser quién soy, la confianza que he ganado a través de trabajo bien hecho y en lo que transformé mi vida a base de esfuerzo.

Sé que debo hablar de manera directa y fuerte para ganarme el respeto, así es desde que me enfrento a estos tiburones de rancio abolengo. No suelo hacerlo. Para mí el respeto se gana con el ejemplo y con los resultados. —Agendé una cita con el Sr. Lemus, soy el Lic. Cruz Hernández. La señorita me mira indiferente y me dice: —*Un momento por favor, el Sr. Lemus se encuentra en una junta, se puede sentar.* Este cabrón, tenía un compromiso conmigo que simplemente ha ignorado.

Estoy ansioso, la agenda del día de hoy está llena. Para el almuerzo acordamos una reunión con el secretario de Economía, por la apertura de la planta de reciclaje de vidrio que va a abrir Iñaqui.

Me pongo de pie. Desesperado, no me gusta pasar horas en la antesala, es una pérdida de tiempo, que es valiosísimo. Me distraigo en la pintura. En alguna exposición de Coronel, escuché decir que era un mago, un alquimista, y ahí están esa imagen con tres magos; uno de ellos tiene en sus manos la cabeza del otro, del cual, a uno, le salen flores rojas. Pienso que así es el cerebro, tiene la capacidad de sacar flores y crear; pero también tiene la capacidad de maquinar

cosas oscuras. Recuerdo que se hacía referencia a la belleza como una mezcla un tanto maléfica y un tanto virtuosa.

Me saca de mis pensamientos el teléfono que vibra en mi pantalón, es Iñaqui: —*Hola Cruz, ¿Cómo vas?* —Me tienen esperando, llevo 15 minutos siendo ignorado por la asistente. —*Cancela el trato, nosotros no tenemos la necesidad de esa compra accionaria, con las acciones a nombre de los Errazquin y los Legazpi tenemos el control de la empresa. Te necesito más con lo del secretario de Economía, es más importante la reunión*. —Le voy a dar unos minutos más, si no, me voy. —*A ese cabrón de Lemus siempre le ha gustado darse importancia, y más ahora con la hija casada con Schmall*. —Ok, te aviso de mi decisión…

Me acerco a la rubia recepcionista, que sigue ignorándome mientras contesta el teléfono. Intento despertar su interés, mostrándole el *Rolex* de oro que me regaló Iñaqui y dejando ver los gemelos de marca que me hizo comprar Alía. Ella se queda mirando con sorpresa el reloj y sonríe con mejor actitud. —Señorita, tengo otro compromiso, le podría avisar al señor Lemus. Si no puede atenderme, cancelamos la operación de compra y venta. Me observa, nerviosa, temiendo haber cometido un error al ignorarme y sale con un papel en su mano.

Me separo del mostrador y me siento, revisando el mail en el teléfono. No estoy cómodo, los trajes siempre me han disgustado, soy más robusto y el trabajo del gimnasio no ayuda a entrar fácilmente en estos atuendos ajustados de moda, los odio, aunque es hecho a la medida, prefiero la ropa más amplia. Segundos más tarde, se acerca, sonriente, la rubia de pelo planchado y traje sastre ajustado. —*Discúlpeme, Licenciado Hernández no sabía quién era. Me dice el Sr. Lemus que le ruega lo espere unos minutos, surgió un contratiempo, por favor, no se vaya. ¿Desea algo de tomar mientras tanto: un café, un refresco, agua mineral?* —Agua mineral, por favor. Minutos después llega con una actitud opuesta a la que me recibió. —*Cinco minutos más, es lo máximo que lo puedo esperar*. Sale rápidamente, anota algo y se mete al despacho, imagino que para informar a su jefe.

Cuando estoy a punto de irme de ahí, veo que sale Schmall, gritando: *—Más vale que lo arregles; no sé cómo le vas a hacer para poner a tu hija en orden, si no, todos nuestros acuerdos se cancelan, Lemus*. Lo veo salir con la cara desencajada, me mira con desesperación. —Discúlpame por hacerte esperar, Cruz, pásale. Me levanto y veo a la señorita asustada, teme que la acuse con su jefe por su actitud. La volteo a ver mientras decido qué decir, después veo a Lemus y añado: *—Me trataron muy bien, no te preocupes*. Pero hagámoslo porque tengo prisa. Le tiendo los papeles y digo: —Iñaqui me necesita en un rato y el lugar de la reunión está lejos.

Al entrar, lo primero que se aparece es la foto de Juliana, como siempre perfecta. Me detengo en su rostro, parece esculpido. Sin embargo, dentro de ella existe ese toque de maldad que explicaba Coronel. Fiel a su propio código, y con los intereses claros, no fingía; creo que por eso decidió casarse con Schmall, aun sin importarle la reputación que tenía.

Al tomar asiento, comento: *—Salió bastante enojado Schmall.* Me mira, dudoso de su respuesta. Después añade: *—Los jóvenes tuvieron un disgusto y el padre está enojado. Pero son recién casados, necesitan tiempo para acoplarse y lo mejor es no involucrarnos tanto para que, solos, resuelvan sus diferencias.* Asiento. —Bueno, cambiando de tema, aquí están los papeles. Veo cómo los firma, con la angustia en su ceño arrugado, y salgo apresurado.

El chofer me espera abajo del edificio de 30 pisos. Me subo al coche y le marco a Iñaqui: *—Tengo todo firmado, voy para el almuerzo*. —Muy bien, Cruz, te felicito. Quiero que ahora hagas una transferencia accionaria del 10% a tu nombre. Son tus honorarios. *—No necesitas hacerlo, Iñaqui, es mi trabajo*. —Lo hiciste bien y te lo mereces. Te veo aquí. Salimos de Paseo de la Reforma cruzamos por el Campo Marte y, después, tomamos Constituyentes en dirección a Santa Fe. Me pierdo en el tráfico, que está fluido, y me pregunto qué problema tendrán Schmall y Juliana. Me meto a Instagram y veo las imágenes *posteadas* de su luna de miel. Me

detengo en una, hago un *close up*, recortando su imagen. Es una mujer enigmáticamente hermosa, eso no se puede dudar.

CAPÍTULO 3. *Tormentas*

Con las manos todavía temblorosas, abrocho el cinturón del asiento en el avión. Estoy totalmente descolocada, inmersa en un sentimiento desconocido. Un aleteo fuerte en el corazón, una necesidad imperante de mover la pierna que descansa cruzada sobre la otra. Deslizo mi vista desde las puntas de mis zapatos Gucci, hasta la bolsa que se encuentra en el asiento delantero; lo que daría por unos tenis —no me importaría la marca—.

Saco la revista de la aerolínea para hojearla.

Un hombre grande y voluminoso me pide permiso; me levanto, lo dejo pasar. Se sienta a mi lado en esa interminable fila de cinco asientos; yo estoy situada en el pasillo. Me siento incómoda, el lugar es estrecho, me espera una noche larga; al menos tengo la posibilidad de estirar las piernas en el pasillo, el hombre de al lado no tiene esa oportunidad y es más voluminoso. Al aterrizar, será de noche otra vez; lo que daría por una de las pastillas para dormir que toma mi madre.

Cuando partes de viaje, todas las incomodidades desaparecen, lleva uno la emoción de las experiencias que vivirá. Pero, si huyes, no hay nada de expectativa, sólo el terrible miedo que te embarga. Enrosco la revista que tengo entre las manos y la coloco en la maya del asiento frente al mío. ¿Qué hará Damián a esta ahora? ¿Qué decisión tomará? Quizás una reservación para el siguiente vuelo o posiblemente disfrutará de unos días más del itinerario sin mí. Es una encrucijada; su comportamiento errático siempre vaga entre lo caprichoso y violento, bien lo sé yo.

Jugueteo con el celular, estoy tentada a prenderlo para ver los mensajes y las llamadas, pero si lo hago conocerá mi ubicación; si se entera, vendría por mí. Y si no lo hace él, mandará a alguno de sus guardias. ¡No me puedo dar el lujo que me descubra! En estos tiempos estar sin el celular es causa de angustia; es como si centráramos nuestra seguridad en ese pequeño aparato que nos esclaviza. El hombre de a un lado me habla: *—¿Parle vous francois?*[2] Medito la respuesta, y con la mano le hago una seña negativa, me

siento culpable. Además de todos los veranos en Canadá, hice un curso en la Sorbona para perfeccionarlo. Ahora no quiero hablar, solo quiero recostarme y dormir; mañana tengo mucho en qué pensar.

Tomo de nuevo la revista, la vuelvo a hojear, veo ese anuncio del MET[3] en Nueva York, hay una exposición de pintores franceses, la pintura de Pierre Auguste Cot *La Tormenta* es la carta de presentación esta vez. En mi último viaje a Nueva York, el que pagó Damián para comprar el ajuar, fui al MET. Me escapé de mi madre y ahí estaba expuesta en un lugar especial, pero no me pareció importante porque, en mi interior, la tormenta apenas se gestaba; todavía no la vivía en forma. Me pregunto si mi rostro es igual de atormentado al de esa mujer, si, algún día, alguien tendrá la capacidad de mirarme con esa dulzura, con ese sentido de protección. Yo también escapo de mi tormenta, pero la mía no es algo meteorológico.

Pasa la asistente de vuelo con el carrito de bebidas y la cena, muero de hambre. La huida me quitó el apetito. No recuerdo cuando ingerí mi último alimento y ya están dando las 9:00 p. m. en París. Pido una pasta desabrida, que tiene una porción minúscula de pechuga de pollo, y una copa de vino blanco. Mientras paladeo la comida, más por necesidad que por placer, doy vueltas en mi cabeza a esta decisión precipitada. La duda me carcome.

Las señoritas recogen las charolas, después, se apagan todas las luces. Aspiro el aire con fuerza, casi no entra. La opresión en el pecho limita el acceso al oxígeno. Casi todos los pasajeros duermen; el señor que está a mi lado ronca fuerte en un sueño que parece profundo. Silenciosamente, al ver que nadie está atento ya, me recojo el pelo en una coleta y siento alivio al sentir el aire en el cuello. Retiro los zapatos, mis pies están marcados por caminar todo el día con tacones, los hundo en las pantuflas de regalo, y gimo despacio de placer. Después, con cuidado, desabrocho el corchete del *brasier* que se encaja en mi carne.

Nadie te ve, eres invisible en medio del cansancio de los demás, todo es silencio, solo algunos murmullos se escuchan. Acomodo mi

cabeza, imaginando la comodidad de los asientos de primera clase. Estos son más estrechos y duros.

Las dudas asaltan la razón. ¿Qué voy a hacer? Estoy sola y tengo miedo. De él, de su poder y de su dinero. ¿Cómo terminé así? Todavía conservo en la memoria los recuerdos en donde pintaba con mi padre, era feliz. ¿Cuándo se olvidó de aconsejarme mamá?, ¿de cuidarme? Me permito un sollozo, y después otro. Mi cuerpo empieza a hacerlo sin control, una y otra vez. El sentimiento me desgarra y no puedo parar de llorar, las lágrimas se agolpan enérgicas y la falta de aire, provoca que el corazón palpite, desenfrenado. Una señora se percata y me tiende un pañuelo, siento vergüenza de que vean mi flaqueza; esbozo una sonrisa, agradezco y cierro con fuerza los ojos, tratando de cerrar la compuerta del dolor, obligando al cuerpo a dormir.

Los pequeños ruidos me despiertan, la cabina del avión todavía está oscura, y las ventanas opacas, pero ya hay movimiento en la cocina. Sin que nadie se dé cuenta, abrocho de nuevo mi sujetador, me pongo los zapatos y paso al baño. Es pequeño el espacio, huele a orina y me provoca asco. Paso al sanitario tratando de no tocar nada y hacer todo rápido. Me polveo la cara y aplico un poco de sombra y rímel en los ojos; es poco lo que puedo lograr con los escuetos maquillajes que cargo en el bolso. Me lavo los dientes con ese cepillito que me dieron al llegar, me pongo un poco de perfume y vuelvo a mi asiento. Nadie imagina que vivo una tormenta interior; quizás la señora del pañuelo. Ahora vuelvo a estar perfecta como llegué, pero el cuello me pasa la factura por dormir en una mala posición.

La aeromoza avisa que estamos por aterrizar en el Aeropuerto Benito Juárez de la Ciudad de México. Al tocar el suelo, nos mueve el cuerpo el golpeteo del avión al posicionar sus ruedas en la pista, después baja la velocidad poco a poco, hasta detenerse por completo. No quiero bajar, quiero esconderme aquí. Me he puesto gafas de sol, cierro los ojos y conecto música relajante en los audífonos mientras respiro, inhalo, exhalo. Pongo mi mente en blanco, y dejo de escuchar los ruidos, se desaparecen. Los músculos

se relajan mientras empiezo a flotar en una blancura, no siento nada, estoy liberada, soy otra persona, vuelvo a ser una niña, a pintar con mi padre, reboso de auténtica felicidad.

Una mano suave me aprieta el hombro: —Señorita, perdone, es usted la última pasajera en bajar. —Discúlpeme. Meto el celular y los audífonos a la bolsa para levantarme, salgo con prisas por el túnel, paso de largo la entrega de equipaje, me sigo adelante, no tengo nada que reclamar, no cargo equipaje. Dejé toda mi vida en París. Ahora hay que volver a empezar. Sin nada más que esta bolsa de marca, a la cual aferro mis manos. Pero estar en tu país con tu idioma, adentrándote en lo conocido, aunque sea malo, se siente bien. Te da una certidumbre, puedes estar más en guardia a lo que puede suceder. Además, aquí todavía puedo contar con algunos amigos o eso creo.

[2] ¿Habla francés?
[3] Metropolitan Museum of Art

CAPÍTULO 4*. Regresando a los orígenes*

Los abrazos reconfortan, y más cuando existe la posibilidad de un rechazo. Es como caer entre nubes de algodón y volver a recobrar fortaleza, un pequeño paso hacia adelante, nada hacia atrás. Así percibí el abrazo de Mia, un pequeño paso; lo hizo sin recriminaciones ni odio. Brillaba con una especie de aura armónica balanceada, deduje que era a causa del amor y sentí celos. Un extraño sabor amargo se instaló en la boca del estómago, reprimí el sentimiento negativo que se gestaba, con un menear de cabeza. Buscó permiso en los ojos de Ernesto, antes de dejarme entrar a su hogar. Damián nunca habría hecho eso, un acto tan simple habla de complicidad, respeto y compenetración. No necesitaban palabras. Eran tan distintas las maneras de amor en su relación y la nuestra. Me sentí cohibida, yo no conocía ese tipo de amor. Me limpié de los ojos la tristeza recurrente y fingí una sonrisa; esa que me gustaba hacer cuando todo se derrumbaba.

—Siéntate. ¿Amor, podrías traerle un poco de agua? —*Creo que necesita algo más fuerte* —contestó Ernesto. —*¿Una infusión, un tequila?*

Los miraba sin hablar, las palabras aguardaban atoradas en la garganta, tenían temor de salir. Eso implicaría un llanto incontenible. ¿En qué momento mi vida se transformó? ¿Cómo se convirtió en una piltrafa?, hace solo unos meses todos me envidiaban. Tomé unos minutos para recomponerme, respiré hondo y al fin contesté: —Prefiero algo fuerte, por favor, si tienes, cualquier licor me vendría bien. Lo único que no soporto es el tequila, el olor me recuerda el aguardiente; muy de pueblo. Mia sonrío de lado y en ese momento pensé que, de ahora en adelante, sin un centavo en la bolsa debía cuidar mis comentarios, si quería ayuda debía de callar mejor; por lo que reformulé: —Da igual, lo que sea está bien. —*No somos de coñac, pero igual y tenemos un ron añejado.* Ernesto llevó una botella de Ron añejo y un vaso con hielos, sirvió dos dedos y yo con la mano le hice señas de que quería un poco más: —*Tienes sed.* No dije nada, solo sonreí con timidez mientras tomaba de jalón el licor

que me entraba como fuego por el esófago, y un impulso de asco por la falta de comida me atacó: —¿Podría pasar al tocador? Intenté disimular. Ellos asintieron, haciendo señas a una puerta de madera que había tenido mejores años. —Tu departamento era un mejor inmueble, debieron mudarse allá; este se encuentra algo pasado de moda. Al escuchar la última palabra de mi boca, volví a recriminarme el comentario. Mia y Ernesto me miraban ahora con un dejo de disgusto. —Lo siento, sé que no me interesa.

Quise huir de esa mirada que al principio fue amable, compasiva y ahora tenía otros tintes. Mi cuerpo entonces se sintió sumamente lánguido, la cabeza daba vueltas, la vista se me nubló y sentí que me daba contra el suelo. Las manos de Ernesto me rescataron de la súbita pérdida de equilibrio y, al tomarme con fuerza, sus dedos se encajaron en mi torso y un grito de dolor escapó de mi boca sin permiso. Mia se acercó a mí, y levantó mi arrugada blusa de seda Valentino, con la cual había pasado las últimas cuarenta y ocho horas. Los moretones aparecieron a la vista con su hermosa tonalidad, los mismos colores del atardecer, de uno bello, resplandeciente. *—Recuéstala en el cuarto de invitados, voy a llamar a Cruz. Necesita poner una denuncia* —dijo Ernesto, sin esperar respuesta. Mia solo asintió. —No, no puedo poner una denuncia —grité con todas las fuerzas que me quedaban—, solo necesito una cama para dormir unas horas; después me iré*.*

Mia tomó con fuerza mi mano. —No te vas a ir, estás en casa y nosotros te vamos a ayudar.

Vi otra vez esa mirada de amor, y mi estómago se retorció de nuevo. Yo nunca había sentido una mirada de amor y, si alguna vez la tuve, se fue, en el momento que dejé ir a Santiago. *—Quédate con ella, necesita solidaridad femenina.* Pasó por su lado y le dio un tierno beso en los labios.

Ya solas, se acercó y me dijo:—Tienes que contarme que pasó, necesitamos meter denuncia y orden de alejamiento. —No puedo hacerlo, no conoces a Damián. —Tienes razón, no lo conozco, pero no voy a dejar que termine contigo, y si he ayudado a otras personas, a ti te ayudaré con más cariño*.* Mia se sentó junto a mí,

me tendió una pijama, una caja de tres calzones nuevos y dos analgésicos. —Mientras te cambias, voy por algo que puedas comer y agua. ¿Algo especial quiere la princesa*?* —¿Tienes jamón serrano? Estaría excelente. ¿Puedo tomar un baño? La vi volver hacer la mueca de disgusto. —No tengo mucha hambre, lo que sea estará bien. Añadí para no entrar en conflicto.

El agua caliente chocó con mi cuerpo y lo resucitó, los músculos estaban distendidos, el olor gel de ducha de lavanda entró por mis fosas nasales junto con el vapor, me relajó, dejando una sensación de confort. Con la pijama puesta y recostada en la cama, disfruté como en días no lo hacía. Se sentía bien estar ahí, sin hablar, sin verlo. Había dejado el brasier que molestaba y mi cintura no sufría más, por el ajuste del pantalón contra los golpes.

Evadí los pensamientos recurrentes, mi mente se detuvo en ese poster que decoraba el cuarto. Se trataba de una pintura de Gustav Klimt, *The Kiss,* los colores dorados sobresaltaban, me recordaban los mosaicos de los baños turcos en Granada, los acababa de visitar con Damián. Las estrellas y los enamorados; me estremecí. ¿Cómo puede un lienzo trasmitir el amor? Los ojos cerrados de la mujer en brazos de su amado, su mano anclándose en él en medio de una confianza total. Yo soñaba estar así, rendida, sumisa…, aunque, en esta ocasión, la sumisión me había llegado en vez de a base de amor a base de golpes.

Oí girar el pomo de la puerta, alguien entró. No quise voltear, estaba perpleja, sumida en el amor que se profesaban los amantes del cuadro. Soñaba despierta con ser abrazada de esa manera. Una silueta se paró a un lado de la cama, frente al cuadro: *—Es impresionante, dentro de tanto brillo las pinceladas detalladas y coloridas también tienen su protagonismo. Un trabajo perfecto y meticuloso. Lo que más llama mi atención es el semblante de la mujer y su brazo enganchado en el cuello de su pareja. Ese cuadro es una pasada. No sé si de verdad exista ese tipo de amor.*

En ese momento volteé a ver quién me hablaba; el rostro moreno de Cruz, con sus ojos oscuros y cálidos me cuestionaba. Solo asentí. *—¿Quieres hablar?* —No. Unas lágrimas llenaron mis ojos. Me las

limpié con prisas, y el sacó de su bolsillo un pañuelo impoluto y almidonado y me lo tendió. —Gracias —dije con sequedad mientras en mi cabeza analizaba lo que decía ese hombre a quien tantas veces había discriminado. Ahora se portaba conmigo con tacto y gentileza. Me enderecé en la cama. —*¿Puedo?* —Señaló el extremo del colchón. —Si. —*Cuando hemos vivido la violencia, nos volvemos como animales asustados e indefensos, no importa que seas un león, un tigre; te transformas en cachorro. La violencia desquebraja nuestro interior. Pero si la dejamos, es como una peste, te invade hasta acabar contigo, ya sea física o emocionalmente.* Mis ojos volvieron a abultarse de llanto. —*No te reprimas, llora, grita, sácalo. El dolor y la furia se pudren dentro.* Pocas lágrimas escaparon. —*Nadie tiene derecho de violentar a otro ser humano, nadie te puede pegar, herir o dañar: es abuso. No lo mereces, nunca lo has merecido, no importa lo que hayas hecho en tu vida. Mereces ser amada, libre y feliz.*

Mi mente se quedó detenida en la palabra «mereces». Yo nunca había merecido, nunca había sido suficiente. Ni para él, ni para mi padre, ni para mi madre, y menos para mi padrastro. Los recuerdos empezaron a agolparse uno sobre otro, imágenes de la infancia, de mi fallido matrimonio, del sufrimiento…, a nadie le había importado nunca. Yo jamás fui importante. La llave del dolor se abrió y salió, desesperado, quería huir, traté de levantarme, y su mano me tomó por sorpresa haciéndome volver. —Déjame, mierda, déjame. ¿Cómo puedo pensar que te interesa ayudarme? Siempre te he tratado mal, como basura; eso eras para mí.

Mi llanto agudo se volvió desgarrado mientras jalaba el brazo, tratando de escapar. Se paró y me abrazó, yo luchaba para alejarme, quería escapar mientras él me abrazaba más fuerte aún. —*Sácalo, sácalo, necesitas llorar el dolor.* —Me decía, suave al oído. Dejé de luchar, mis brazos lánguidos se anclaron a su cuello y mi rostro se hundió en la guarida de su pecho. El llanto desgarrador se transformó en lentos hipidos después de unos minutos. Nos sentamos en la cama, en un silencio pasmoso, y su mano se deslizó por mi cabello, peinándolo suave, como si fuera una niña.

Después, frotó mi espalda con dulzura. *—¿Estás lista para hablar?* Solo asentí.

CAPÍTULO 5. *Desmadejada*

Verla así, indefensa, desquebrajada, me saca de mi zona de confort. No lo soporto, las manos sudan y una angustia impotente me sube por el pecho. Las personas desamparadas son mi talón de Aquiles; de manera irracional me invade la sensación de protección al desabrigo, un poderoso sentimiento justiciero me descontrola; es revivir la infancia, la sensación de quedarse sin nada. Vuelve y, como lava, hierve en mí interior un complejo de superhéroe, —así lo catalogarían los psicólogos—. Quiero alejar ese recuerdo recurrente, cuando salimos huyendo de los jefes de mi padre. La tristeza y el desasosiego vuelven, me invaden, como una manta negra que no me deja respirar, como la oscuridad de la noche que no ve futuro, como el grito desesperado que nadie escucha. Me mareo y vuelvo a sentir angustia, una angustia invasiva, agresiva; no le deseo a nadie algo igual, es horrible sentir que no puedes estar en paz en ningún sitio. De ahí, nace mi necesidad de ayudar para acallar los gritos.

La veo deslizarse de la cama al suelo, me siento a su lado, no hay lágrimas ya. Solo un profundo y desgarrador vacío, no digo nada, necesito que ella empiece. Han pasado minutos y el silencio sigue llenando el ambiente.

Temo hablar primero, no quiero que se cierre en banda si me equivoco con las palabras; aun así, me animo: —*Me dijo Mia que te golpea*. Solo asiente. —¿Me dejarías ver los golpes? Duda, lo puedo ver en sus ojos. Necesito saber de cuánta violencia hablamos para ver qué tipo de restricción podemos conseguir; él es un hombre poderoso, su padre también, tengo que estar preparado. Sin emitir palabra sube la parte superior de la pijama hasta la línea de su busto; ante mí aparece decorando su sedosa y blanca piel un despliegue multicolor de hematomas. Cierro el puño; las uñas logran marcar mi palma. No puedo creer que un idiota pueda ser tan animal con la mujer a la que ha jurado proteger y amar ante el altar; así son los cobardes. Asiento con tristeza en mis ojos, ella vuelve a cubrir su cuerpo. —*Un médico del Ministerio Público va a comprobar tus golpes, voy a solicitar que sea una mujer, no podemos eludirlo,*

me gustaría evitarte el mal rato, pero si no, no obtendremos la restricción de alejamiento. No hablaba, solo asentía. *—Sé que es un tema doloroso para ti, pero, mientras más información posea, mejor será la estrategia que podremos tomar. Sé que te causo dolor, pero… tengo que preguntar. ¿Abusó de ti sexualmente?, ¿te violó?* —Sí —contesta con una voz casi inaudible. *—Necesitamos ir a la delegación, lo podemos hacer mañana para que descanses y pienses bien que quieres hacer.*

Después me miró, de una forma lenta que no supe descifrar, entre vergüenza y dolor y dijo: —No tengo dinero. No tengo nada, solo mis anillos, un par de euros, pero no te podré pagar. *—No te preocupes por eso, para mí es algo probono. Gracias a Dios, no necesito el dinero para comer.* Le guiñé el ojo*. —Mañana paso a recogerte temprano, por lo pronto voy a redactar la demanda de divorcio. Te quieres divorciar, ¿verdad?* Solo la vi asentir, llorosa, las lágrimas que por momentos se habían secado ahora resurgían lentas, perezosas y pesadas, cubiertas de una enorme tristeza que sin palabras inundaba el ambiente. *—Mañana vengo.* Le tomé la mano. *—Descansa, va a ser un día difícil.*

Me levanté, iba de retirada, era temprano, pero tenía que ponerme a trabajar; necesitaba juntar papelería para meter la demanda cuanto antes. Sabía que no podía contar con ella para obtener información, iba a tener que pedírsela al *hacker*, el asistente de Ernesto en la Universidad. Cuando iba casi de salida, sentí esa aura de tristeza, me paré, sacudí un poco los brazos para dejarla ir y volteé a verla, seguía tirada en el suelo, con la mirada perdida en la ventana, le di la mano y la ayudé a recostarse en la cama, la arropé como si hubiera sido una niña pequeña. *—Juliana… todo pasa y, aunque no veamos el final de la tormenta, ahí está; mientras tanto, tienes a Mia y a Ernesto, y me tienes a mí. Yo te voy a ayudar.* Me costó irme, era una mujer distinta de la que había conocido en Playa del Carmen, la que era novia de Santiago; ese hombre había logrado apagar el fuego y el poder que esa mujer siempre tenía dentro.

Salí y me encontré de lleno con una litografía que decoraba la pared del pasillo del departamento. Era un mar turbado y furioso, un

día de tormenta, un hombre salvaba a una mujer desfallecida en brazos a través de una cuerda. Medité la pintura unos minutos y pensé que esa mujer de ahí adentro necesitaba a alguien así, para volver a la vida; su espíritu estaba desfallecido. —*Un superhéroe o un caballero andante que se equivocó de siglo. ¿No te parece?* —me dijo Ernesto—. *Lo vi por primera vez en la portada de un libro*: *Poet of the sea*, *después de años me lo encontré en un mercadillo en Nueva York y lo compré* —añadió Ernesto, parándose a mi lado. —*Sin duda*, *es su salvador* —contesté. Me sentí nervioso de pensar en ella. —*¿Quién es el pintor? —Winslow Homer, un pintor estadounidense*. —*Me gusta, dile a Mia que mañana paso por Juliana a eso de las 10:00 a.m. para llevarla al Ministerio. Oye, y necesito la ayuda de tu hacker personal. —¿De quién?, ¿de mi asistente? —Sí, necesito copias del acta de nacimiento, de la identificación y del acta de matrimonio, pero creo que ella no está en condiciones para hacerlo. —Ah, eso sin problema, mañana que vengas te tengo las copias. —Gracias, eres un buen tipo. —Tú también.*

CAPÍTULO 6. *Unos cuantos golpecitos*

El brillo del sol entró por un huequito de la cortina y me dio directamente en el ojo; estaba brillante e imaginé que serían como las 7:00am. Me levanté con el cuerpo dolorido a ducharme; frente al espejo, al verme, sentí autocompasión y vergüenza. Mis ojos hinchados y magullados de tanto llorar, el cuerpo golpeado. No funcionaba, había renunciado a hacerlo, respondía, lenta, a los impulsos eléctricos del cerebro. No podía pensar en usar ropa ajustada, es más no tenía ni ropa. Volvieron las ganas de llorar, me senté por un momento en el inodoro y respiré. Debía hacerlo para dejar que la sangre circulara y las ideas surgieran. Un golpe en la puerta y la voz de Mia me sacaron del letargo. —*Juliana… ¿cómo vas?* Te traje algo de ropa, Cruz viene por ti en una hora para llevarte al ministerio. —Sí. Déjala en la cama, ahora salgo. Luego medité… era mandona, siempre lo había sido, mis modos no eran los mejores y ella no tenía por qué ayudarme. Reaccioné a tiempo y le grité: —Gracias. Una risa leve se escuchó a lo lejos. —*De nada.*

Hice lo que pude con lo que tenía, la ropa de Mia que me quedaba un poco holgada y corta, pero no lucía tan mal; me maquillé con lo que llevaba en el bolso y salí de la habitación. Cruz sentado, charlaba con Ernesto, traía un *folder* en la mano. Nuestros ojos se cruzaron, los de él, tenían una mirada profunda y tranquilizadora, tanto que me quedé congelada por segundos en la oscuridad de ese horizonte; ambos anclados mutuamente, y yo me inquieté. Se veía diferente. Vestía un traje hecho a la medida de color azul oscuro, una camisa blanca impoluta con gemelos de plata y zapatos italianos. Le había ido bien al cruzarse con los Legazpi y los Errazquin, pensé. Su porte y su seguridad contrastaban totalmente con el que había conocido hacía unos años en Playa del Carmen, pero conservaba aún esa mirada acogedora que a mí a veces me daba en cara. —*¿Estás lista?* —Si. —*Vamos*. —Necesitaremos papeles, pero no tengo nada solo mi INE y mi pasaporte*.* —*Ya conseguí todo lo que requerimos.* Me guiñó el ojo, sonrió con un

brillo de seguridad en su mirada y unos dientes blancos y perfectos aparecieron en su boca. Yo solo logré curvar un poco la mía.

Al entrar a la fiscalía para el peritaje, la garganta se cerró. Apreté el brazo de Cruz de manera inconsciente, en señal de auxilio, buscando un punto de apoyo: —No sé si podré hacerlo. —*No te va a dejar vivir en paz, necesitas dejar un precedente.* —Tengo miedo. —*Es normal, pero… aquí estoy*. Me lo dijo sosegado. Por un momento, la calma de sus ojos me acogió de una manera tan sutil, tan abrigada y cálida, que borré el último año y la razón por la que esperaba en esa silla desvencijada.

El silencio y la quietud son malas compañeras porque después de esas palabras tiernas que me habían inundado de paz, la lucha comenzó. Me debatía, entre entrar a ese consultorio o no. Sabía que la doctora legista tenía como única misión buscar pruebas. Necesitaba comprobar si decía la verdad. Mis ansias por salir corriendo, tan fuerte como pudiera, aumentaban al igual que el pavor a encontrarme con el maldito agresor de mi marido. Mi mente se detuvo. ¿A dónde iría después?, no tenía ni idea quién me podría ayudar, era mejor huir antes de desatar más su furia. —Me voy, no lo voy a hacer. Cruz me tomó delicadamente de la mano, como si leyera mis pensamientos, y solo dijo con esa voz hipnotizante y suave, como un murmullo: —*No estás sola. Yo te voy a ayudar, lo solucionaremos poco a poco, todos los miedos, los interrogantes. Lo importante es dar el primer paso y tú ya lo hiciste, no te rindas, puedes hacerlo, tienes la fuerza ahí adentro.* Su mano se posó en la mía y después la llevó a mi pecho; yo sentí escalofríos recorrerme la espalda. Fingía estar en calma, pero no; las palpitaciones desaforadas de mi cuerpo decían lo contrario. Tenía el miedo carcomiéndome, una duda encajada en el pecho.

Detuve la mirada un momento, en el cartel del museo Dolores Olmedo; quería alejar los pájaros que revoloteaban en mi cabeza y me desconcentraban, tomar una decisión. Se promocionaba un festejo por el día de muertos, en él, un cuadro de Frida aparecía; se llamaba: *Unos cuantos piquetitos.* En la imagen se veía una mujer herida y desangrándose de múltiples cuchilladas, y un victimario con

un cuchillo en la mano. Mi mente se centró de golpe, tomó camino, no podía dejar que me dieran pequeños piquetitos o iba a morir desangrada por mi marido igual que lo hacía la mujer del cuadro. Cerré los puños, y sentí la tibia mano de Cruz: —*Vas a estar bien, tú puedes hacerlo*. Asentí. Después escuché mi nombre y pasé con la cabeza en alto, pero con el cuerpo y el alma deshechos.

Entrar en ese espacio sucio y viejo me impactó: el mobiliario destartalado y los aparatos desgastados por el uso me asustaron. Un tremendo miedo se introdujo en las venas, la cabeza dio vueltas, mis piernas se debilitaron, la doctora lo percibió: —*¿Viene sola?* —No, con mi abogado. Salió por la puerta y gritó: —El abogado de la señorita Juliana Palacios. Cruz se acercó a la puerta y le dijo: —*Está a punto de desmayarse, es mejor que se quede para darle apoyo.*

Cruz se paró justo a un lado de la camilla y tomó mi mano, cubriéndola con la suya, hacía pequeños círculos en mi carne con sus pulgares, tratando de tranquilizar mis nervios. Le encajé las uñas sin darme cuenta cuando, asomándose por mis piernas abiertas de par en par, la mujer hurgó en mi interior para recopilar la muestra, sin la más mínima delicadeza, en busca de resquicios de semen. Un semen que para mí ya era añejo, al igual que ese sexo obligado que me dejó destrozada después de unos cuantos golpes. Sentía que estos dos días habían sido como años y me habían envejecido. Me despojé de la blusa, según me ordenó, no sentí timidez por la mirada lastimosa de Cruz, que se volteaba discretamente para no hacerme sentir peor. El frío me recorrió, los pezones se erizaron, tomó fotos del colorido abdomen y me dejó ir. Cruz no me soltó, me acompañó mientras, con pasos tambaleantes y temblorosos de humillación, salíamos de ahí.

Agradecí ese sentimiento de protección, pocas veces lo había vivido, yo solía más sacar las uñas. —*Vamos a beber algo. Fuiste muy valiente. Te lo mereces. Mi asistente pasará por los papeles para llevarlos al juzgado.*

Nos paramos en una cafetería en Chapultepec. Era temprano todavía para el ajetreo de medio día. —¿Por qué venimos aquí? —*Pensé que la naturaleza te vendría bien. A mí, me relaja, me ayuda a*

tomar perspectiva y tú necesitas hacer frente a muchas decisiones. —¿Por qué me ayudas? Fui terrible, he hablado mal de ti, te he tratado con desprecio. ¿Por qué me tratas bien? *—No sé, no te odio. Simplemente creo que la gente que sufre es cruel. Tú sufres, lo veo en tus ojos, estás sola, lo puedo adivinar; yo he estado igual, y hubo gente que me ayudó. Ahora me toca a mí hacer lo mío. Ayudar a otros, y da la casualidad de que te tocó cruzarte conmigo. No eres la primera, ni vas a ser la última, me purgan las injusticias.* —Eres un buen tipo, hay pocos. *—No lo creo, siempre hay gente buena, lo que pasa es que has estado en lugares equivocados. ¿Qué quieres hacer?* —¿Ahora? *—No, con tu vida. Habrá que hacer cambios y, por como veo la situación, muchos. Esto es solo un paso, pero vendrán una avalancha de decisiones, debes tener algo en mente, dónde vivir, cómo solventaras tus gastos…*

Al escuchar sus últimas palabras, la impotencia me sepultó en la profundidad de mi propia miseria; quise llorar de soledad, pero me contuve. *—No tienes que decidir ahora, pero piénsalo, es lo único que te pido, imagina qué te gustaría hacer y dónde quisieras vivir.* Lo miré, asombrada, abrí los ojos y aspiré fuerte para recibir un poco de aire. Di un trago a mi tisana para alejar la tristeza y estacioné mi vista en esos jóvenes que navegaban, descuidados, en el lago. Tenían unas lanchas en las que movían las piernas como si estuvieran en una bicicleta y sonreían, los árboles se mecían a lo lejos, todavía no llegaban los gritones y la algarabía estaba detenida. *—¿Te gustaría navegar un poco? Vamos, necesitamos un poco de ligereza, el paseo dura no más de 20 minutos, después volvemos a los deberes.* —Sí me gustaría. Nos fuimos a navegar, yo fui más una pasajera, Cruz movía sus piernas ágilmente, temí que se enojara, que se le mojara ese traje caro; pero no le importó. Sonreía, no hablábamos, habíamos encontrado un lenguaje sin palabras que me acogía.

Cuando terminó le dije: —Necesito ir a casa de mi madre por mis cosas. *—Muy bien, otro paso más. Vamos.*

CAPÍTULO 7. *El brillo tras las sombras*

Llegar a casa tiene la mayoría de las veces una connotación cariñosa, de calor de hogar, de familia. Esperaba que ir para allá le brindara un poco de paz y fortaleza. En mi caso, la casa, era mi madre. Y ella significaba en mi vida muchas cosas buenas: amor, incondicionalidad, entrega, recogimiento. —*Es bueno ir a casa* —le dije para animarla. —Para mí solo es un inmueble. Un edificio hermoso, eso sí: la casa de mi familia es muy grande, impacta al verla. Pero el sentimiento amoroso que te imaginas nunca se ha vivido en nuestra familia; es solamente algo para presumir, redecorar y arreglar más hermoso que el del vecino. La única persona que deseo abrazar en este momento es a mi nana Manuela; ella siempre ha sido cariñosa. Al llegar a la ubicación que me dio, resoplé: —*Tus padres tienen buena casa.* —Bueno, mi padrastro. Mi madre es solo un florero más. Tiene su ropa fina, sus joyas y algunas bolsas, que se depreciaron al salir de la tienda. Si él muere, todo pasará a manos de mis hermanitos; ya está estipulado. —*¿Te duele volver?* —No, ya no. Es una herida cauterizada hace muchos años. Cuando entendí que no por decirle a los demás que me apellidaba como ellos formaba parte de esa familia. —*¿Cómo?* —Me cambiaba el apellido para sentir que pertenecía. Mi madre llegaba a los lugares y, al momento de nombrarnos, yo tenía un apellido diferente, entonces me dio por cambiármelo; fue duro. Un día mi padrastro habló conmigo y me dijo que no podía estar cambiando mi nombre: yo no era hija de él. Eso no le impidió utilizarme una y otra vez para conseguir acuerdos comerciales. Siempre fui lista y manipuladora, más que los otros de la familia.

Dejó de hablar, respiraba profundo; trataba de tranquilizarse, sentí que le dolía confesar recuerdos desagradables. Ahuyentó el llanto y prosiguió. Siempre me forzó a conseguirme novios ricos, amigas con padres influyentes, cualquier persona que le pudiera significar algún tipo de ascenso o acuerdo comercial; mis hermanos eran demasiado consentidos para poder hacerlo, por lo que la misión quedó en mi madre y en mí. —*No puedo ni imaginar lo que sentiste.* —Dejé de

hacerlo a los 10 años. Era mejor no sentir dolor… me dediqué a causarlo y, para eso, también era muy buena. Cualquier persona débil sufría por mi lengua, mis actos o mis intrigas. ¿Espero que con esto que te cuento no me vayas a dejar de representar? —*No, no lo haría, soy terco.* —Entonces… en algo, te pareces a mí. Cambió su actitud, volvió a ser fría, como antes. Nos bajamos del coche y nos recibió una de las chicas del servicio. —¿Está mi madre? —*Sí, señorita, pase a la sala, le voy a avisar.*

Nos sentamos en un gran salón. Frente a nosotros estaba una pintura de Alejandra Phelps, *De regreso al corazón.* El celeste cubría casi todo el cuadro, enmarcando una mancha roja que pensé era el corazón. No sabía mucho de arte, a los lados dos pequeños pájaros con rostros humanos volaban, cubría toda la pared blanca que lo enmarcaba. —Le gusta el arte. Lo compró en una subasta del Centro Libanés a favor de la gente que vivía la explosión de Beirut. —*¿Las explosiones de agosto del 2020?, ¿las del nitrato de amonio?* —Sí, esas; no le preocupaban los libaneses, solo le gustó el cuadro. Yo también estuve ahí, me quedé sin palabras cuando la pintora habló de las mujeres pájaro. Significan libertad, sororidad, pero también la fortaleza que existe dentro de sus frágiles cuerpos, las comparaba con las mujeres migrantes; tiene un significado profundo*. —¿Te gusta el arte?* Solo asintió, nos sentamos en esos sillones blancos impolutos: yo trataba de no tocar el tapete de conejo que cubría el piso de madera donde reposaba una mesa central de vidrio templado. Estábamos en completo silencio. El color azul brillante del cuadro iba perfecto con los jarrones venecianos y los lirios que aromatizaban el salón. Me sentí incómodo, los cortineros pesados enmarcaban los ventanales que daban a un jardín con una alberca infinita. Era el tipo de lujo que te da miedo tocar, que temes dañar, uno con el que no solía convivir usualmente.

Después de unos minutos, una mujer rubia muy parecida a Juliana, pero con más edad apareció en el salón. Se movía con la misma gracia que había distinguido en su hija; no obstante, había más frialdad en sus ojos, y eso era mucho decir. Se acercaron y tocaron sus mejillas soplando un beso al viento, después se sentaron como

si fuera una conocida más. Su rostro estaba libre de arrugas, aunque acartonado, lo único que se movía era su boca, quizás por el bótox. La señora me repasó con la mirada y se dirigió a ella, ignorándome por completo: —*¿Crees que es adecuado que después de huir de tu novio en tu luna de miel, vengas con un amigo a casa?* —Es mi abogado, Cruz Hernández. Acabo de meter la demanda de divorcio. —*Eres una tonta, y nos vas a llevar entre las patas a toda la familia. Schmall está enojado porque dejaste a su hijo tirado.* —Lo abandoné, porque me golpeó y me violó. —*No te pudo haber violado. Eres su esposa, es su derecho de tener sexo contigo.* —Después de una golpiza, ¿de postre? —*No sé de qué hablas, no creo que Damián sea capaz de tocarte un pelo.* —¡Ay, mamá! A veces no sé si eres tonta o solo te haces. ¿Cómo espero que me crea el Ministerio Público si mi propia madre no lo hace…? Se paró, ofuscada, y se desabrochó la blusa y le enseñó el estómago golpeado. La madre volteó para el otro lado y el silencio se instauró en el salón; las dos bajaron sus rostros y escondieron la mirada. Una silueta se ocultó detrás de la puerta, que daba, a lo que deduje, era la cocina. Después, Juliana se paró y dijo: —Voy a empacar algunas cosas. Yo asentí.

La señora me dirigió la palabra con desdén: —*¿Y tú qué buscas de ella? Ella es oro. No voy a permitir que arruine su vida, fugándose como una cualquiera*. —Yo solo quiero ayudarla, soy su abogado. Esperaré mejor afuera.

Me recargué en el cofre del coche. Recién me habían convencido para comprarlo; era un buen auto, pero nada que ver con los que tenían estas personas. Saqué un chicle y empecé a repasar los mensajes en el celular, cuando la vi salir corriendo con un pequeño bolso. —*¿Eso es todo?* —¡Vamos!, ¡vamos ya! Súbete al coche, maneja rápido ya vienen para acá.

Me subí rápido y lo encendí, salimos lo más rápidamente posible. A lo lejos, por el retrovisor, vi cómo llegaban tres camionetas negras escoltadas. —*¿Es tu exmarido?* —Sí, mi madre lo llamó, mi nana Manuela me lo dijo. Al menos logramos escapar, aunque no haya podido sacar casi nada. —*No importa, eso lo solucionaremos más*

tarde, no va a ser ropa de marca, pero conseguiremos algo. Manejé por un buen rato, después le dije*: —Vamos al centro comercial a comer y ahí podemos comprar lo que te haga falta.* —Lo único bueno es que logré recuperar mis joyas, y con eso de que a mi exmarido le gustaba decorarme con cosas caras, creo que si las vendo puedo tener algo de solvencia. *—¿Tienes las facturas?* —¿Se necesitan? *—No estoy seguro, pero tienes qué demostrar la pertenencia, comprobar que no son robadas.* —No, no las tengo.

Se quedó en silencio y un instante después habló: —Quisiera ser una mujer pájaro como las del cuadro de mi madre, ser fuerte, libre, no dejarme; ahora me siento más bien como un mosquito. Estoy cansada de luchar.

Giró su cabeza para ver por la ventana el camino, y se perdió en el horizonte. Después, retomó la plática: —Nunca me las dio. Tampoco me daba efectivo. ¡El muy cabrón! Planeó bien lo que hacía. Y ahora no puedo usar ni la tarjeta porque me va a rastrear. Estoy igual que al principio. *—No, no lo estás. Pediste ayuda y denunciaste. Eso es un gran paso. Vamos a comer algo rico, nos lo merecemos. ¿Qué se te antoja?* Quería decirle que yo sí la veía volando, no sé si como una mujer pájaro, pero definitivamente ella no era un simple mosquito.

CAPÍTULO 8. *Etiquetas*

Recuerdo esa obra en el Guggenheim de Bilbao donde siete bandas cuelgan del techo de doble altura, envían mensajes incendiarios en contra de la violencia de género. Buscan despertar conciencias. La voz de Jenny Holzer se expresaba a través de las luces: *I WOKE UP NAKED*[4]*.* En ese momento, no capté el mensaje. Las veces que tenía sexo con Santiago, mi exnovio, consistían en hacer el amor, él me amaba.

En mi luna de miel lo entendí. Volvió a mi mente una y otra vez, así como se aparecía en las bandas, de manera recurrente. Comprendí ese despertar desnudo, la soledad que invade a un frágil espíritu roto, el desgarre de una vagina que solo ha sido mimada. Tiene que ver con la cruda realidad, enfrentarte al alma vacía de un violador; e incluso estar obligada a dormir a su lado. El cuerpo se queda por completo desnudo, los sentimientos se evaporan del alma, dejando un descobijo, la impotencia que busca un mundo alterno para congelar el pensamiento, anular al sentimiento y morir en vida. Un mensaje tan escueto, corto y desértico, pero tan insinuante.

Iba dirigido a mí, en otro lugar y en otro tiempo, lo viviría en un futuro que en esos días no imaginaba. Las bandas colgaban parpadeantes, insistentes, querían ser escuchadas, gritaban inconformes. Uno se paraba verlas, volteando el rostro arriba, a esa inmensidad perdida entre los recovecos ondulares del techo que nos guiaban hasta la luminosidad de los tragaluces, preguntándonos si ese brillo pertenecía a algún Dios. Y, si era así…, ¿por qué existía tanto sufrimiento?

Pasaron desapercibidas en ese momento. Disfrutaba del viaje. No entendí el mensaje ni pude sensibilizarme con el dolor escondido tras esos mensajes vividos por anónimos en medio del caos. Justo como yo ahora. En ese momento, el *banner* que regía mi vida era de tranquilidad. Estaba con Santiago y me amaba, se desvivía por confortarme. Fue el único momento de remanso que tuve. Por el contrario, él no la pasó bien. Le causé dolor. De la misma manera

que mi familia me lo causó a mí. Solo me desquité, haciéndolo sentir siempre inseguro.

Cruz detuvo su coche, manejaba sin rumbo. Yo borré las meditaciones y volteé a verlo. —Yo no puedo decidir a dónde ir, tú vas a invitar, puedes elegir. *—No, tú eres mi invitada.* —Obligado. *—No, obligado no. Si quisiera te dejaba en casa de Mia.* —De todos modos, es así. *—Tómalo como una cita, te invito.* —Si es así… Me encanta la comida japonesa. *—¿Te late el Makoto o el Nobu? No me va mucho la suntuosidad de algunos otros.* —El Makoto me va bien. Tienes gustos exquisitos, nunca lo pensé. *—Me he refinado, tengo que hacerlo para sobrevivir en tu mundo, pero mis preferidos siguen siendo los tacos de cochinita de la combi. Si algún día coincidimos en Playa te llevo.*

El Makoto tenía excelente comida, me gustaba, pero prevalecía el temor de encontrarme a alguien; no quería ver a nadie, no podía dar explicaciones, necesitaba rumiar mis penas, aprender a vivir con nuevas sensaciones. Al entrar, mi cuerpo se comprimió. Me escondí tras las gafas oscuras y, como una máquina de rayos x, recorrí el salón, buscando, sin querer encontrar. Cruz lo notó y se dirigió a la *hostess*: *—Nos gustaría un poco de intimidad.* Tomó mi mano con decisión y me llevó hasta una esquina escondida de casi todos los comensales. *—Siéntate frente a la pared, te esconderá de miradas curiosas.* Solo dije: —Gracias. Pero lo agradecí. *—No debe ser fácil, además no queremos que te ubique por un chismoso.*

Ordenamos comida deliciosa, me puso al frente una copa de vino blanco que me relajó, y hasta sonreí. Cruz al frente, permanecía al pendiente de todo lo que sucedía, lo que me daba tiempo para observarlo. Había cambiado desde que lo vi por primera vez. En esa ocasión, lo había catalogado como alguien insignificante y ahora lo rodeaba un aura de seguridad que lo hacía lucir atractivo. No se podía considerar un hombre guapo, al menos bajo mis estándares, pero había una hombría y una sensación de protección que cargaba bajo ese traje de marca que lo hacía atractivo, o al menos interesante. *—¿Te sientes mejor? Creo ver que estás más relajada, tus hombros perdieron rigidez.* —No quería encontrarme a nadie, dar

explicaciones. Aparte, Damián parece tener oídos hasta en los lugares menos esperados. —*Pronto no podrá hacer mucho, tenemos en trámite la orden de restricción, no te preocupes, no dejaré que se acerque a ti.*

En la sobremesa, Cruz me ofreció un postre. —No, solo quiero un té de jazmín*. —Deberíamos de pedir un postre, ¿te late uno para compartir? Mi madre dice que las penas con pan son menos, endulza un poco el alma*. Cuando llegó ese pastel de queso gigante bañado en una salsa de frutos rojos y dos cucharas, su mirada se iluminó como la de un niño. —Eres de los amantes del dulce, ¿verdad? —*Me cachaste, me gusta todo lo que tiene que ver con el azúcar.* Partió un pedazo y me lo tendió: —*Aprovecha, después voy a comer yo y, a lo mejor, te da asco.* Me quedé pensando unos minutos, era demasiado quisquillosa, sin embargo, no tenía problema con compartir un postre con él, había nacido una especie de agradecimiento extraño en mí, que la idea de comer del mismo plato no parecía disgustarme. —No es un problema, por lo menos en este momento no. Dije de manera seca, él sonrió, sus ojos negros se iluminaron de una manera *sexy* y apareció una expresiva sonrisa. —*¡Me gusta eso! Creo que ya no te disgusto tanto.* Sonreí, fue tan sincero su comentario, sin pose, sin pretender ser algo que no era. —Has ganado muchos puntos. —*¡Qué bien! Y creo que voy a ganar más cuando te entregue tu acta de divorcio… ¿has pensado qué quieres hacer? Por lo que vi, no existe posibilidad de regresar a tu casa familiar y contar con su apoyo.* —Fue muy clara mi madre, ¿verdad? Siempre he sido una moneda de cambio, les sirvo para sus tejes y manejes, mejorar sus relaciones y sus negocios. Mi padrastro se dio cuenta de que era líder cuando tenía 12 y no ha parado; hasta que me destrozó la vida, empujándome a casarme con Damián. No piensan ayudarme, les frustré el negocio. Últimamente, ha tenido problemas económicos y mi matrimonio significa alianzas económicas que le beneficiaban. —*Siento oír eso, ha de ser duro.* —Lo sabía cuándo decidí casarme, aunque tonta, pensé que cambiaría un poco. Sus padres también pensaban que Damián se tranquilizaría conmigo y así se sacudirían el problema, pero no lo hizo, nunca lo

hará, y yo no puedo vivir de esa manera. —*¿Qué más pasó? Además de los golpes…* —Maltratos psicológicos, prostitutas, infidelidades. Eso sí, siempre acompañados de un costoso regalo y una hermosa reconciliación, hasta la golpiza y la violación. Fue cuidadoso, todo empezó en la luna de miel, aunque siempre supe que le gustaban otras, me lo decía a menudo. Mi rostro se transformó, la liviandad de la sonrisa de unos instantes se esfumó y solo quedaron líneas de expresión gris pálido.

Otra vez el maldito silencio… —*No hablemos más de eso. Creo que puedo ayudarte a conseguir dónde vivir. He apoyado a varias mujeres como tú a rehacer su vida, alguna de ellas te podría acoger por un par de meses y, es más, hasta podrías convertirte en su compañera de casa. No vivirías en la misma zona, sería en la del Valle, o quizá Ciudad Satélite; pero creo que te podrían ayudar a empezar de nuevo.* —Me gustaría, ¿investigarías por mí? —*Claro. Pediré la cuenta. Vamos por ese guardarropa que necesitas.* —Sigo sin tener dinero. —*No te preocupes, eso después lo vemos. Hay una comunidad que ayuda a las mujeres que han sido violentadas; ahí estoy yo, están también todas estas mujeres de las que te hablo; después, si te interesa, puedes formar parte, y así ayudar a otras en tu misma situación.*

Ya en el automóvil, de camino al centro comercial, sonó un timbrazo. —¿Cruz estas con Juliana? ¡Dime! —*¿Qué te pasa Mia? ¿Por qué gritas? Calma.* —Damián ha estado aquí, enojado y gritando, nos amenazó. No puede volver a mi casa. Tenemos que hacer algo; ¿por qué no se va un tiempo fuera? Puede ser a Playa del Carmen, a la casa de Santiago y Alía.

—*Calma, Mia, déjame pensar. Por lo pronto, se va conmigo. Si quieres nos reunimos en mi casa más tarde. Déjame hablar con ella, ver qué es lo que quiere hacer. Es su vida, no la nuestra, ella tiene que tomar las decisiones. No puede huir siempre, algún día se tendrá que enfrentar a él.* —No lo conoces, es un hombre que da miedo. Colgó. Su mano descansaba en el descansabrazo.

Sin pensarlo, la cubrí: quería evitar que le temblaran más de lo que ya lo hacían. Lo hice sin mirarla, sin mover mi vista del camino:—

Haremos lo que tú quieras, no te preocupes. —No estoy lista para enfrentarme a él, ¡por favor, ayúdame! —*Ok, no lo vas a ver hasta que estes preparada.*

[4] Desperté desnuda.

CAPÍTULO 9. *En lo alto, la vista toma perspectiva*

Mi vida había dado una vuelta de 360º al encontrarme con Iñaqui Errazquin, y eso tenía que ver tanto en lo profesional como en lo económico. Trabajar de tiempo completo para él había sido un cambio de estatus. Lo pensé mientras llegaba al edificio en Santa Fe, donde vivía. No era el más lujoso, pero, comparado con la casa que vivía mi madre en Tulum, el cambio era drástico. Al entrar, un poster de *Squall Tower*, la torre eólica que había diseñado el Estudio de arquitectura del turco de Hayri Atak, te daba la bienvenida. Me encantaba verlo, me daba cuenta de lo insignificantes y lo magníficos que podríamos ser los seres humanos; me provocaba un sentimiento de esperanza en la humanidad. El departamento era pequeño con pocos muebles, pero el lugar era nuevo y contaba con una vista increíble; había puesto el sillón orientado a la ventana y solía sentarme a ver el cielo y tomar una cerveza cada noche, eso me tranquilizaba.

Juliana recorrió con la mirada el espacio, no es que tuviera muchas cosas, pero aun con las paredes despobladas y los pocos muebles que lo vestían, era un buen lugar. No tenía comedor, solo una pequeña barra, el sillón volteado y una tele que giraba. Contaba con dos habitaciones, con camas matrimoniales y un par de burós en cada una; nada para admirar, pero en su economía, había un equilibrio y orden que a mi parecer le daba personalidad.

Todo estaba acomodado, nada fuera del lugar. —Nunca te imaginé viviendo en un departamento así. *—Uno de los beneficios de trabajar con Errazquin.* —Me gusta ese poster, el que tienes en la entrada, es el único adorno en las paredes. *—No necesito más, la vista es el mejor complemento.* —Tienes razón. ¿Y el poster por qué? *—Me recuerda lo insignificante que soy, para que nunca olvide de dónde vengo y cuál es mi verdadero yo*. El timbre sonó: *—Debe ser Mia.*

Cuando Mia apareció en el panorama, los minutos y la conversación entraron como en un acelerador de partículas. Como resultado al caos que creaba, en menos de una hora el futuro de

Juliana ya se había decidido; claro con el permiso previo de ella. Al día siguiente, partíamos a Playa, habíamos acordado que se quedaría con mi mamá. Sabía que ella estaría contenta de recibirla: era amable, cariñosa, y a todos trataba como familia; y lo que más necesitaba Juliana era cariño. Lo único que me causaba inquietud era si ella iba adaptarse a la vida allá. Sin duda, ayuda era ayuda, por lo que, ahuyentando mis incertidumbres negativas, decidí acompañarla a instalarse. Por la noche, mientras calmaba las revoluciones y terminaba de hablar con mi madre, me senté en el sillón a beber una cerveza viendo la noche. La ciudad y sus luces en medio de la oscuridad, los rascacielos resplandecientes y brillantes. Ella se sentó a mi lado, en silencio, nos acompañamos unos minutos; después apretó mi mano y susurró: — Muero de miedo. Mucho miedo de él, y por mí. No sé cómo me voy a mantener, de qué voy a vivir. Tengo ganas de llorar, un nudo constante en la garganta, pero ya se me han acabado las lágrimas. —*No temas, algo saldrá.* La abracé, sentí que era mi deber, una necesidad imperante de verla mejorar, de volver a ver esa fuerza que recordaba en su rostro.

Huimos en uno de los primeros vuelos de la mañana. La ropa de Mia le quedaba un poco corta pero no le importó. Le prometí conseguir más en Playa del Carmen. El vuelo fue corto, pasó volando, en un momento despegábamos y al otro aterrizamos.

Salió rápido del aeropuerto para escapar del gentío, con lentes oscuros puestos para pasar desapercibida. —En el aeropuerto de Cancún siempre hay alguien conocido, no quiero que me descubran. Asentí. Corrimos acelerados hacía el taxi que me hacía la seña. Habían pasado al menos quince minutos e iba salir bien librada del aeropuerto y sin ningún cuestionamiento cuando escuché su nombre a lo lejos. Dudó, la sentí titubear. ¿Qué debía hacer? Me miró con complicidad, tomó con fuerza la bolsa, y nos metimos en el taxi, dejando su mundo atrás. Yo cerré con fuerza e ignoré a la persona que gritaba; ella sin voltear a reconocerla hizo lo mismo.

Después de unos minutos, dijo, mostrándome su bolso: —Esta Dior, es lo único de valor que me queda de mi otra vida.

CAPÍTULO 10. *El verde siempre es vida, más aún en el desierto*

Fuimos en dirección a Tulum, a casa de la madre de Cruz. En el camino, nervioso y con cierto tacto, me comentó: *—Mi madre es lo más importante: es una persona amable, sencilla y sobre todo acogedora; su casa no es como los lugares en donde estás acostumbrada a vivir, no hay alfombras persas ni aire acondicionado a temperatura continua. Es un mundo diferente al tuyo, somos personas sencillas, aunque me veas de traje en la ciudad y viva en un departamento que me paga la empresa.* —Solo asentí, sabía que era una pequeña advertencia velada de lo que me iba a encontrar y de la forma en que esperaba que tratara a su madre.

Ignoré el comentario, no podía estar tan mal la situación; después de todo, era como un hermano para Alía y su padre era rico. Aproveché para sacar una libreta que cargaba en mi bolso; ese bolso Dior que me había acompañado en la travesía, y que nunca podría volver a comprar. Tomé ese pequeño suvenir que me había traído mi madre del Museo d´Orsey, en París: era de papel orgánico con la imagen de un cuadro de Degas llamado *Maison au bord de la mer*[5]*.* El borde dorado del cuadernillo contrastaba con la paleta de suaves colores azul cielo y amarillos terracota, con un poco de café. La paz trasmitida en ese paisaje era todo lo que buscaba. Mi espíritu ansiaba tranquilidad desesperadamente. Pero, al mirar por la ventana, solo podía ver el verde salvaje de la selva y un azul intenso en el cielo. Dejé de apuntar esas cosas que necesitaba comprar y para las cuales no tenía dinero. Me tendría que adaptar a su generosidad, empezar de manera diferente, sin exigir, aceptar con agradecimiento la ayuda, hacer el orgullo a un lado y abandonar esa vida que no me había dejado más que magulladuras en el cuerpo.

Cuando el taxi dio vueltas en esa zona habitacional de casas con cinco metros de frente me asusté. Algunas con coches viejos, otras con grafitis…, todas tenían protecciones en sus puertas y ventanas. Después de dar varias vueltas y sortear ciclistas, entre ellos un niño de menos de 12 años, paramos en una pequeña casa recién pintada

de azul y con muchas plantas a la entrada. La casa tenía un coche pequeño frente a la puerta y un anuncio en talavera que decía: «Mi casa es tu casa». Lo imaginé mejor dentro de mi cabeza estrecha, nunca que fuera así tan pequeña. *—Hemos llegado. ¿Cuánto le debo?* Le pagó al taxista y nos bajamos. No tuvimos que timbrar, una mujer de estatura mediana y tez morena salió a recibirnos. Primero lo abrazó y besó a él, después volteó hacia mí: —¡Aquí te vas a recuperar preciosa! Acto seguido me abrazó, como si nos conociéramos de toda una vida, como nunca me habían abrazado. Curaba mis heridas de manera amorosa, como una madre, una que no era mía, alguien que hasta ese momento no sabía que existía. Entendí la compasión. Para entenderla hay que vivirla, y yo nunca la había experimentado.

Entré a la pequeña casa. Lo primero que vi era que, dentro del desorden de fotos y plantas, había un orden mental. Las plantas tenían hojas limpias y relucientes, verdes y frondosas. Las fotos lucían acomodadas por tamaños; en ellas se veían felices. Ella abrazaba a dos niños; más adelante, en la misma línea, una imagen parecida, pero abrazando a dos hombres. Me senté en una mesa pequeña, quizás del mismo tamaño que la que usaban los que trabajaban en casa. Me sirvieron un vaso con un líquido verde. —Agüita de chaya, mija, para que te refresques un poquito. Bebí el líquido, pensativa. Un dulce y fresco sabor me sorprendió de manera placentera mientras un ventilador sonaba descontrolado al dar vueltas arriba de nosotros. Volteé a verlo porque su sonido me retumbó en la cabeza. La señora se percató, miró a su hijo y le dijo. —El abanico está sonando otra vez, necesito que me lo ajustes, mijo, ya ves que desde que se fue a Mérida Juan Diego no tengo quién me haga esa chamba. Después, me dijo de manera tranquila: —Ay, disculpa el ruido, mija. —No se preocupe por mí, señora —repliqué, apenada, al darme cuenta de lo que había provocado. Se habían portado tan bien que no quería tener ningún desaire. *—Sí, ma, antes de irme te lo ajusto, lo prometo.* Contestó él. —No me digas señora, soy Dolores o Lola. —Muy bien, Dolores. Respondí con una sonrisa incómoda. —Ay, Cruz, lleva a July a su cuarto para que

pueda descansar un momento. —No te importa que te diga así, ¿verdad mija? Solo negué con la cabeza mientras daba otro trago al agua verde. Él tenía una sonrisa pícara en su rostro. *—Claro, ma, ven, July.*

Lo seguí a través de un estrecho pasillo que atravesaba casi toda la casa. Me enseñó un pequeño baño que estaba en medio de dos habitaciones. Era limpio, pero austero. Solo de ver los mosaicos pequeñitos y rosados sentí cómo el estómago se me subía hasta el pecho y una especie de asfixia me cubría. Después, me llevó a una habitación en donde solo cabía una cama y poco más; tenía una ventana recubierta de barrotes y una cortina de flores serpenteante. *—Tienes suerte, hoy corre la brisa.* Solo logré decir: —Gracias. Una casi imperceptible mueca de disgusto se percibió en mi rostro; pensé que no la había detectado, pero seguro lo hizo porque inmediatamente después añadió: *—Sé que no es el tipo de vivienda a la que estás acostumbrada, pero mi madre te la ofrece de todo corazón. Solo por ayudarte, sin esperar nada a cambio. Y no tiene necesidad de hacerlo, espero lo aprecies.* —Lo sé. Lo agradezco. *—Te dejo sola para que descanses un rato, por la tarde podemos ir a comprar las cosas que te faltan. Yo mañana tengo que regresar a la Ciudad de México para ver unos asuntos de la empresa, pero es posible que la semana que viene pueda tomar un descanso y ayudarte con la búsqueda de trabajo.*

Me tumbé, contrariada y sola, en esa minúscula habitación, que era del mismo tamaño que el vestidor de mi «supuesto hogar». Una estrecha cama me abrazó con la dureza de una tarima de madera. Un mar de sentimientos opuestos me agobiaban, al igual que el sofoco del inmundo calor. Me quedé viendo la ventana que dejaba entrar una pequeña brisa de aire fresco. Se pronosticaba lluvia. Saqué la nariz, esperando respirar algo más que aire caliente, quería sentir un poco el mar, que se encontraba cerca, con la esperanza de que con las inhalaciones pudiera deshacerme de ese aire viciado que me causaba náuseas. El sudor se escurría como si mi cuerpo fuera un trozo de mantequilla y se derritiese; las axilas goteaban, mojando esa blusa que no era mía. Me asomé a mi nueva realidad. Una de la

que fui ajena y ciega. La gente caminaba, volvía del trabajo con uniformes de hoteles, combis ruidosas con gente apretada y sudorosa, niños rodando en bicicleta y jóvenes que jugaban futbol en la calle, sin camisa, mostrando sus tatuajes, en una cancha totalmente imaginaria.

Me sentía sola, dudosa, triste. ¿Cómo había pasado de estar en París, en el George V, a huir, escondida, en ese lugar? Las lágrimas que había evitado se volvieron tercas, desesperadas, imparables, a través de susurros callados que escondía en la almohada. Era dura la vida a la que me tendría que enfrentar: sin dinero, sin casa, sin familia, sin nada. Los ojos me escocían del llanto. Cansada, olí el olor limpio de las sábanas, y me quedé mirando la esquina del techo. Los parpados pesaban, enrojecidos. Los cerré, en unos pocos instantes ya estaba dormida.

[5] Casa junto al mar.

CAPÍTULO 11. *¿Dios se encuentra en el cielo?*

Me desperté porqué tenía ganas de ir al baño, estaba sudada, los ojos ardían. ¿Cuánto daría por un gel de ojos? No quería salir, no quería enfrentarme a nada de lo que se encontraba afuera; ni a Cruz ni a su amorosa y amable madre. No quería verlos. Mi vejiga estaba por explotar, no podía recordar la última vez que la había vaciado, por lo que, sigilosa, pasé al baño que se encontraba en el pasillo. Al terminar, mojé mi cara hinchada con un poco de agua y me dispuse a escapar a mi pequeña cárcel.

Cuando giré el pomo de la puerta para entrar en la habitación, sentí una mano tibia en mi hombro. Los ojos negros de Cruz me asaltaron, inquisidores: *—¿Cómo estás?* —Bien. *—No te quiero molestar, pero mañana me voy temprano y todavía quedan un par de horas en las tiendas, si quieres comprar algo deberíamos partir.* Asentí. —Dame unos minutos, por favor.

Tomamos el automóvil estacionado. Era pequeño y, al sentarme, vi cómo me miró Cruz. *—¿Sabes manejar cambios?* —No. No había aprendido muchas cosas; entre ellas a manejar cambios. ¿Quién lo necesitaba? Si mi coche hasta de manera autónoma se estacionaba, me titilaba una alarma cuando me salía de carril o me acercaba a algún lugar de manera peligrosa. ¿Para qué necesitas conocer los cambios? Si tenía a los escoltas de mi marido que me llevaban de aquí para allá. Si los carros de lujo no eran de cambios. *—Tendrás que aprender. Mi mamá te puede prestar su carro, pero si no sabes manejar velocidades, no sirve de nada. La próxima semana puedo darte una clase rápida.*

Giró rumbo a Playa del Carmen, incorporándose en esa carretera que cruzaba toda la Riviera Maya y que a esa hora era un caos. *—Te voy a llevar a la quinta avenida, ahí hay varias tiendas en las que podemos comprar; si no, de regreso hay una departamental en la carretera.* —Está bien. No podía quejarme, iba a pagarme ropa con qué sobrevivir hasta que tuviera un ingreso. Entramos a una tienda sueca que tenía ropa para toda la familia. Yo la conocía porque era mundialmente famosa. En las ciudades más importantes del mundo

había una, sin embargo, nunca compraba ahí. Al pasearme, me di cuenta de que había cosas lindas, vestidos y pantalones formales a muy buen precio. Eran tiendas que habían transformado la moda para hacerla accesible. Blusas que imitaban las de marca, zapatos y hasta ropa interior*. —Compra cambios para unos diez días*. Escogí ropa y zapatos, pijamas, ropa interior, todo conforme a mi estilo de vestir. Al salir del probador, me sentí conforme con mi elección.

Afuera, me esperaba él. *—¿Lista? ¿Qué conseguiste?* Le enseñé esas prendas que había escogido, blusas formales, pantalones de pinzas, vestidos, zapatos de tacón. El escondió la mirada, después la agitó un par de veces. —Si es mucho, puedo dejar algunas cosas. Me tomó suavemente de las manos y con una paciencia que parecía infinita, habló: *—Juliana, esto que llevas está muy lindo. Sé que es tu estilo, lo que sueles vestir. Pero… para esta nueva vida no te va a servir. Moverte en transporte público o taxi es complicado y los tacones de aguja serán incómodos. En la mayoría de los trabajos te dan uniforme y estarás parada, en atención al público. Aquí no es como en las oficinas en la ciudad de México. Es más, hasta para ir a la playa, necesitas ropa informal, menos elegante. Esa pijama te dará calor el primer minuto que la utilices en la casa de mi madre. En la mayoría de los lugares estarás sin aire acondicionado, y el calor aquí se sufre mucho, ¿me explico?* —Calló unos minutos y retomó. *—Necesitas* jeans*, playeras o blusas de algodón,* shorts *y, a lo mejor, un vestido, pero no como los que llevas, una pijama fresca, tenis. Ven te ayudaré.*

Recorrimos los pasillos, él tomaba ropa, la escogía por mí. Hacía años que no lo hacía nadie. Yo, como niña de tres años, lo acompañaba, como si fuera mi padre. Negando con la cabeza las cosas que no me parecían, en un estira y afloje entre lo que él pensaba y yo deseaba. Al final, llegamos a un acuerdo. No era mi estilo, pero escogimos prendas que podría ponerme y eran más cómodas. Salimos cargando un guardarropa lindo, práctico y económico, que, según él, me sería más útil en mi nueva vida.

De regreso a casa nos detuvimos a tomar un helado. Recordé cuando iba a Playa con Santiago y Mia, siempre visitábamos esa

heladería italiana en donde vendían sabor *stracciatella,* que me recordaba tanto a mis viajes por Europa. *—¿Qué deseas pedir?* —me dijo frente a ese aparador de *gelatos* apetitosos. —Ese, el de virutas de chocolate. Cruz ordenó uno de mango y nos sentamos en una pequeña mesa redonda que daba a la Quinta Avenida. Distraíamos nuestras miradas, observando pasar a los turistas, cuando, de repente, dijo: *— Hasta en el sabor al helado se nota que eres diferente, no lo puedes ocultar.* Sonreí, después continuó: *— Necesitas unos días para recomponerte, pero, antes de irme, quiero dejarte dos ideas en la mente. ¿De qué quieres trabajar y dónde vas a querer vivir? Por lo pronto, en casa de mi madre no te faltará nada. Es importante que no te comuniques con nadie. De camino a casa vamos a parar a comprar otro* chip *para tu teléfono, para que lo puedas usar. No podemos darnos el lujo de que tu exmarido se presente por acá. No me perdonaría poner a mamá en una situación incómoda.*

Mis ojos se humedecieron de nuevo, el dulce sabor *stracciatella* se derritió en mi boca casi de manera imperceptible, la amargura volvió. El tiempo se detuvo, la silla se movía en círculos, veía cómo la gente se acercaba a preguntarme: ¿qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer? Las palpitaciones de mi corazón se aceleraron tanto que parecían salirse a través de los huecos de mis costillas. Necesité cerrar los ojos, el piso se veía muy cerca y temía caer; mi mano se ancló en mi garganta, no podía respirar mientras el llanto agudo le pidió permiso a la voz y alcancé a emitir un grito sofocado:

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡No lo sé! Ya no me preguntes más.

Mis ojos furiosos callaban palabras que en otro momento le habría dicho, lo reprimía. ¿Quién era él para cuestionarme? No era mi amigo, era nadie. Yo era Juliana Palacios. Me tomó con firmeza de las muñecas para controlar la furia, no lastimaba, pero me hacía centrar la vista en él, mi impotencia se escondía detrás del llanto. La gente nos miraba mientras yo, parada, le agitaba los brazos, descontrolada. Me avergoncé y me volví a sentar. Soltó con sutileza mis muñecas y me abrazó, con unos brazos amplios, firmes, en

donde no había cabida para el miedo. Escondí el rostro en su cuello, una afabilidad de su parte me cubrió:

—Calma, todo va a estar bien, tú vas a estar bien.

Yo era Juliana Palacios, pero en ese momento no tenía ni para comprar un calzón. Las palpitaciones se calmaron, mi agitación se aminoró, su olor llegó suave a mis fosas nasales. Olía a canela, a limpio, un olor a hombre, diferente a todos los que había olido. No era algo refinado, era un simple olor agradable; me gustaba el olor de Cruz Hernández.

Me separé y nuestros rostros quedaron por minutos tan cercanos que podía oler el rastro del helado de mango en su aliento. Solo dejó un suave beso húmedo en mi mejilla. Después, con una servilleta, limpió las lágrimas negras que escurrían de mi rostro. Sus manos en mis mejillas me hacían mirarlo, nuestros rostros estaban cerca, me sentía extraña, yo no solía reaccionar así, con ataques histéricos; más bien era meticulosa y fría:

—Tranquila, Juls, no tienes que decidirlo ahora, solo tienes que pensarlo, habrá tiempo para hacerlo. —¡Es que no sirvo para nada! Solo se gastar dinero. *—No lo puedo creer. ¿Estudiaste alguna carrera universitaria?* —Soy licenciada en artes y con un máster en pintura barroca. *—Creo que de eso no vamos a conseguir trabajo fácil. Pero déjame hablo con Ernesto, él tiene unos amigos que tienen un hotel de lujo cerca de punta Allen, no está lejos de Tulum, te podrían acomodar ahí, en algo de relaciones públicas o atención al cliente.*

Me perdí, miré al cielo y a ese pasillo lleno de sombrillas de colores. No quería pensar, no quería estar ahí y no quería su compañía. Pero no tenía nada más, ese momento tan simple era gracias a su generosidad; tendría que sonreír y mirar para adelante porque el pasado estaba vacío, no había nada más que una vida lujosa, llena de golpes y magulladuras. En el camino de regreso a casa de Lola, vi la imagen de un panorámico, un Cristo Resucitado, sus brazos abiertos te invitaban a resguardarte en su regazo. De las manos salía una poderosa luz, que se elevaba. Yo también tendría que resucitar, aunque ahora me sentía seca, muerta por dentro.

CAPÍTULO 12. *Una mariposa azul*

Al día siguiente, Cruz se fue, me dejó un fajo de dinero y un nuevo *chip*. Me quedé parada en el porche de la puerta como una Penélope que despide a su Odiseo, pero, a diferencia de ella, yo no era la mujer de Cruz; entonces, ¿por qué sentía este vacío al verlo partir? Su madre, al verme tan triste, me tomó de la mano: —Ve a darte un baño, eso siempre ayuda. Cuando vuelvas tendré listo el desayuno.

El minúsculo baño se llenó de vapor rapidísimo, lo respiré como si al hacerlo me pudiera despertar de la pesadilla; después me vestí con la ropa nueva. La sensación fue extraña. No solía usar *jeans*, ni camisetas; verme enfundada en ellos me incomodó. Los calzones de encaje fueron sustituidos por unos de algodón, que eran más suaves; quizá cómodos, pero simples, el *brasier* era *beige*, como el de una niña, con un pequeño moño entre los senos. Al verme en el espejo, me vi diferente: no tenía esa sofisticada perfección que acostumbraba, mi pelo alborotado, descuidado y sin planchar; las ojeras permanecían sin el *cancellier*[6], sin el gel antiarrugas nocturno, el rostro reseco y sin las mascarillas humectantes. Esa fotografía se me estrelló en el rostro, me entristeció.

Salí agobiada y me encontré con un festín: una fuente llena de *panuchos*[7], un platón con fruta, jugo de naranja y café. —*Ay, mija, no sé qué te gusta, pero te hice unos panuchitos de cochinita.* —Gracias, Dolores. —*¡No! ¡Llámame Lola, por favor!* Lo hizo al ritmo que agitaba sus manos rítmicamente. —*Ven, desayunemos.* Nos sentamos en la mesa pequeña ubicada en el salón, mi estómago tenía días cerrados y en este momento lo que menos me interesaba era comer, pero por no ser grosera tomé uno. —Muchas gracias, Lola, por acogerme en tu casa, no tienes por qué y lo haces. Ella solo movía la cabeza mientras metía un panucho a su boca. —*Aquí estarás segura. Te voy a dejar, creo que necesitas estar sola y pensar. Yo voy al dispensario de la iglesia, volveré pronto; si me necesitas, apuntaré mi número de teléfono en la entrada.*

Se fue, no supe más de ella en lo que restó del día. La pequeña casa se encogió todavía más y se volvió una tumba. Mis pasos

resonaban entre el silencio y el calor. Quería salir corriendo de ese lugar donde me sentía secuestrada y ajena. Huir de mi cuerpo, que moría de calor y sudaba cada movimiento, de un alma adolorida que se sentía solitaria y sin dirección. Me recosté en la cama dura, observaba el ventilador moverse, haciendo un zumbido que me durmió. No tenía nada que hacer ni a dónde ir. Y así pasaron las horas.

Cuando desperté era de noche. Salí de la pequeña habitación, el olor a chile rojo y fritanga me dio en cara, asqueándome, me hizo toser. Perdida, caminé por el pasillo para darme cuenta de que había vuelto y no había escuchado nada. En la mesa, unas enchiladas para cenar me esperaban; yo seguía sin apetito, pero comí algo. Así pasaron los días subsecuentes, se volvieron rutina. Mientras ella se iba, yo dormía.

Al cuarto día, Dolores llegó con una sonrisa: *—July, querida, te tengo una buena noticia. Te encontré un trabajo.* —Suena bien, Lola —contesté secamente, sin emoción. *—El dueño de la papelería necesita alguien que lo ayude por las tardes a atender, no es tan difícil, él es el que cobra, tú solo deberás mostrarles o pasarles el material que piden.* Asentí, no sabía muy bien qué me iba a encontrar, pero no contaba con escusas para esa dulce señora que me daba asilo, lavaba mi ropa y me hacía de comer. No podía decirle que no quería trabajar. Por lo que, al día siguiente, fui a la papelería, sin maquillaje ni peinado, solo yo al natural. Acompañada de una fatiga intensa y una severa falta de interés.

El señor Paco me recibió sin muchas ganas; se notaba que el repentino trabajo, era un compromiso que tenía con la señora Lola. Sin embargo, me mostró dónde se encontraba todo. Eran las doce del mediodía y la tarde empezaba, los niños y sus madres se arrebolarían en poco tiempo junto al mostrador para pedir útiles escolares. A la una en punto, una manada de señoras gritonas entraron en la tienda y se acercaron al mostrador. —¿En qué le puedo ayudar? —pregunté:—*Una monografía de la revolución*. Al mostrarla, me contestó: *—Pero esa no. ¿No tienes otra?, las imágenes están muy pequeñas.* Cuando iba por ella, me gritó: —

Mejor dame la biografía de Pancho Villa, de Francisco I Madero, de Emiliano Zapata y de Iturbide… —No, mamá, ese no, ese no es de la Revolución. —*Bueno, ese no*. —¿Qué más*? —Una cartulina blanca, lustrina verde y roja.* —Aquí tiene. —*No, sabe qué, mejor solo quiero papel de china y la monografía*. —¿De qué color? ¿Las biografías ya no las quiere? —*Verde y Rojo. No, las biografías no.* —Pase a la caja con este papel. —*Oiga, pero está distraída, no me dio la cartulina*. —Me dijo que solo el papel de china y la monografía… pero está bien, aquí está, pase a caja. —*Ay, señorita, no me haga esas caras.* El dueño me acechaba con disgusto. Me reprimía el instinto de mandarla a freír espárragos, pero sabía que en el fondo tenía que hacerlo, por Cruz y Dolores. Además, a dónde iría, si no contaba ni con un peso.

Había llegado la tarde, yo había superado a algunos clientes que eran amables e iban solo por un artículo, una pluma, un *folder*, un lápiz o un borrador; con esos no tuve problema, aunque el señor Paco seguía observándome de reojo. A las seis me encontré agotada, mi paciencia por los suelos y las piernas dolían: no estaba acostumbrada a permanecer tanto tiempo parada y la mirada del maldito Paco no me dejaba ni sentarme, por lo que mi humor era de perros cuando una mujer llegó. —*Oiga, necesito algo resistente para una maqueta.* —Cartón corrugado, madera o cáscara de huevo. —*Madera*. —¿Qué tamaño busca? ¿Diez por diez, quince por quince o veinte por veinte? —*¿Cuánto cuestan?* —Depende del tamaño. —*Cómo así.* —Me lo dijo haciendo una escuadra con sus manos. —Setenta. —*Híjole, está caro. El cartón está muy blando. ¿Cuál es el cáscara de huevo?* —Este —le dije con una mueca de disgusto. —*Y ese… ¿cuánto cuesta?* —¿Del mismo tamaño? —Se lo dije con un tono de recriminación, a lo que la señora para pronto sacó el pecho: —*Ay, seño, pues tengo derecho a saber los precios, por qué no los exponen mejor, se quieren aprovechar del cliente.* El señor Paco se paró, disgustado, y me dijo: —Yo la atiendo, ve a acomodar.

Me fui lejos cuando un chiquillo llegó*: —¡Oye, quiero un dulce!* —¿Cuál quieres? —le contesté. —*Los taquis.* —dijo él. —Son veintitrés. —*Voy a contar.* Poco a poco, contaba las moneditas de pesos que

tenía en su mano. —*No me alcanza.* —Entonces no hay taquis. —*Bueno, pues unos totis.* —Ok. —*No, mejor un pelo rico. ¿O un salsaguettis?* La señora que estaba atrás del niño me veía con desesperación. Me sentía estresada, la ansiedad se volvía apoderar de mi pecho y el jefe no me dejaba de ver.

—¡Ya decídete, carajo! —le dije sin pensar.

El niño volteó a ver a su madre, que se encontraba en la puerta, y salió llorando. La mujer de atrás empezó a vociferar: —Pobre niño, no sabes tratar al cliente, no sé cómo te contrató Don Paco. La furia empezó a bullir en mis entrañas. Él me observó y sacó un billete de $100.00, se acercó, me dio el dinero y me dijo: —No me sirves, muchacha, discúlpame con Lola. Salí hecha una furia. Era un fracaso, hasta para conservar un trabajo donde me pagaban una nada.

Después de un par de días, regresó la rutina del sueño, la apatía y la falta de apetito, por lo que Lola se volvió aparecer: —*Oye, July, mi amiga Juanis, la de la peluquería, necesita una ayudante, y pues yo pensé en ti. Te espera mañana por la mañana, dice que tiene trabajo y tiene que salir a una cita con el contador; yo le dije que tú eras experta en belleza, y que tenías un estilo sinigual.* —Bueno, sé maquillar y sé ir al salón, pero no sé de cortar el pelo, peinar o teñirlo. —*No importa, mija, ella te dirá qué hacer; tú solo preséntate mañana.*

Al día siguiente me presenté. Era un viernes y empezaba el ajetreo del fin de semana. El salón se encontraba a unas cuadras de la casa de Dolores, tenía una puerta mosquitera de metal que crujía al abrirse, la radio sonaba con una canción, creo qué de Yuridia o María José, y hasta fuera llegaba una voz melodiosa que cantaba a todo pulmón. El lugar era pequeño y había tres sillones, uno junto a un lavabo y dos más junto a dos espejos grandes, despostillados. El olor a químicos me hizo toser, las dos mujeres voltearon a verme; el canto cesó; una mujer maquillada con unas sombras azul cielo y labial color rojo pasión estaba sentada, me miró de reojo, sin elevar sus ojos de la revista de chismes; la otra, más simpática, vestía un delantal y manejaba hábilmente el peine, separaba y untaba una

sustancia que tenía en un cuenco, después envolvía el cabello en papel aluminio y lo dejaba reposar. Percibí la mirada desdeñosa de la clienta, como esas de las que yo era experta, mi cerebro de manera instantánea reaccionó e hice una mueca desagradable. Después de eso me ignoró y volvió a su lectura.

La otra mujer dejó el cuenco y se acercó amable. —*Tú debes de ser la sobrina de Lolis, me dijo que vendrías. ¡Qué rubia eres! Me imaginé que serías más morena, como ella o Cruz.* —Soy sobrina de cariño. Fue la única contestación que se me vino a la mente. —*¡No importa!, qué bueno que viniste porque solo termino de aplicar el tinte y me voy, tengo la cita. Sabes secar el cabello, ¿verdad?* —Sí —respondí. —*Te voy a pagar doscientos el día, mientras termino ponte la bata y ordena la estantería y después necesito que me cortes cuadros de papel aluminio, de este tamaño.* —Muy bien.

Me escondí en la trastienda; rápido, arreglé el pequeño estante con inventario, que era poco, pues el salón era un lugar pequeño. Después me dispuse a cortar los cuadros de aluminio. —*Reinis, ya me voy*. *Te encargo a la clienta, tienes que contar una hora y le enjuagas el pelo, ahí está el* shampoo*, el enjuague; después, lo secas y lo planchas. Es todo lo que tienes que hacer. Yo trataré de llegar antes del peinado, pero si no la libro lo tendrás que hacer tú. La clienta ya me pagó, solo tienes qué secarle el cabello, no es tan difícil… ¿verdad?*

Se fue. La clienta y yo nos mirábamos, yo estaba por terminarme el rollo de papel aluminio y faltaban muchos minutos, me sentía aburrida y con eso de que no podía ni hacer uso de las redes, el teléfono me era inútil. Observé mis manos, estaban maltratadas, no me haría mal una manicura exprés. Podía limar mis uñas, pintarlas de algún color mientras hacía tiempo para limpiarle el tinte. Tomé la lima y rebusqué entre los esmaltes. Ese rosa fucsia me gustaba, estaba de nuevo de moda, todas las pasarelas en Europa tenían algo rosa; claro que en ese salón de mala muerte nadie estaba enterado. Es más, dudaba que conocieran Vogue o Elle, Valentino o Balenciaga; lentamente pasé la brocha por cada una de las uñas, deslizando el brillante color mi humor mejoraba, necesitaba una

buena manicura. Me senté a reposar mis manos, analizando si pintaba también los dedos de mis pies, cuando la clienta empezó a gritonearme:

—Oyes, tú, me está picando esta pendejada, tienes que quitarla ya. —Noo, la señora Juanis me dijo que una hora, y apenas han pasado 30 minutos, no va a quedar bien el tono de color que le aplicó. *—¿No me escuchas, Barbi?, necesito que me quites esta cochinada, me está picando la cabeza como miles de piojos comiéndose mi cuero cabelludo. ¡Apúrate, linda!, ¡no aguanto más!*

Yo empecé a agitar nerviosa, mis manos recién pintadas de rosa. La mujer, desesperada, sentada en el butacón con lavabo, me apuraba y con las manos empezó a arrancarse los envoltorios de papel aluminio, no esperó más. Me acerqué mientras se movía con frenesí, con los dedos con uñas recién pintadas me apuré ayudarla, al ver que se pegaban en su cabello y lo pintaban de rosa, la clienta empezó a gritarme, desesperada y grosera. Mi furia empezó a condensarse en los ojos, la impotencia y el coraje me invadieron.

—Vieja grosera, se queda sola y me importa un cuerno que su pelo de estropajo adquiera un color rubio Miss Clairol, más ficticio que su estúpido sueño con ser rubia. Yo sí soy rubia natural, ¿lo ves? Lávate tú misma. Sequé mis manos con la toalla sucia que me daba asco y me dirigí a la puerta.

En eso llegó la señora Juanis: —¡Lo siento!, ¡lo siento por la señora Lola!, pero ahí tiene a su clienta maleducada, no me va a tratar mal, no soy su sirvienta, gracias por la oportunidad.

Ya no quería más trabajos de esos horribles que insistía en buscarme la amable señora Lola. Es más, me estaba cansando de ella, de su dulzura y amabilidad, no le importaba que abusara de ella con el trabajo de la casa, la comida y la ropa. Cuando salía, aprovechaba para cambiar mis sábanas y mis toallas, tender la cama, recoger el cuarto, como una madre amorosa. ¡Yo no era su hija!, no tenía por qué ser amable y eso me daba en cara también.

La tercera era la vencida. Un día, Lola volvió a la ofensiva: *—July, tienes que trabajar, juntar tu propio dinerito, ser independiente; estuve hablando con Don Miguel, dice que tiene un puesto de*

mesera en su taquería, es buena persona, pensé que eso podría ser fácil, ¿por qué no lo intentas?, te calas, y si no pues seguimos buscando.

Volví a presentarme ese miércoles por la noche, con mi pelo recogido y mis tenis, vestía esos *jeans* que me había comprado Cruz y que me levantaban el trasero. Cuando entré al lugar todos los comensales voltearon, era rubia natural y, en ese barrio, resultaba algo extraño. Había una mesa de hombres que tomaban cerveza, uno de ellos con colguijes de plata y una camisa sin mangas que dejaba ver los tatuajes en los brazos, me observaba de manera lujuriosa; sentía como me recorría con la mirada, quería desnudarme. El nuevo patrón me dijo: —Ponte el delantal y toma la orden de los de la mesa grande. *¡Mierda!*, pensé, al llegar: —¿Les tomo su orden? *—Claro, nena, a mí me puedes tomar lo que quieras* —dijo, airoso, el del tatuaje en el hombro. Los demás se rieron con tal despliegue de machismo que yo sentí por tercera vez que la sangre me empezaba a bullir. Yo era una perra. Siempre lo había sido, no era dulce y modosa, nunca me había dejado humillar: —Mira, chulito, o me dices qué quieres o te vas con tu mamá. *—No te pongas roñosa, mi güera.* Uno de ellos, ya no supe cuál, paso su mano por mis nalgas mientras el otro deslizaba su mano por mi brazo para llegar al busto.

—¡Ay, cabrón! ¡A mí no me tocas, pendejo! Utilicé ese movimiento que me habían enseñado en defensa personal y le tiré un golpe en la nariz; no se lo esperó.

Me quité el delantal y salí corriendo del lugar, no quería que me fueran a perseguir unos malvivientes de cuarta. Corrí con todas mis fuerzas, el corazón bombeaba, corrí del temor, de lo que me pesaba y agobiaba, las lágrimas volvieron apresuradas, recordando los golpes de Damián. Eran necias, impetuosas, mi cuerpo agitado no recibía aire, no tenía a dónde ir, por lo que fui al único lugar en el que había alguien esperándome. Al llegar, me puse a llorar frente a la puerta, el rímel se había corrido, los mocos se escurrían y no tenía ni cómo limpiarlos.

Estaba despeinada, me sentía inútil, sucia, devaluada.

Lola me abrió la puerta, sus ojos tiernos me acogieron con una mirada amorosa. No dijo nada, ni reclamó, simplemente me abrazó, acariciándome el pelo con tanto cuidado y con tanto cariño que pude llorar esa tristeza que llevaba encarnada en el corazón desde niña, esa soledad y esa orfandad que vivía con unos padres vivos, que nunca me habían protegido. *—Pasa, mija, aquí vas a estar bien, yo te voy a cuidar, tú vas a poder liberarte de esa furia que tienes y vas a brillar como esa mariposa que eres*.

Preparó una infusión de tila, después habló: *—Yo estuve como tú, quizás no tan furiosa, pero autocompasiva. Me acomodé como víctima de mi marido, del gobierno, de lo que la situación me había impuesto. Tenía a un niño que mantener y me asustaba todo, quería que me salvaran. Pero no lo logré, hasta que entendí que debía hacerlo por mí misma. Yo tenía que perdonar y perdonarme, avanzar; no quedarme atorada en lo mismo. Tú tienes que hacerlo para poder dar pasos. Yo te voy a acompañar, mi niña, pero el pararte en dos pies es tuyo. Pídele a Dios esa fortaleza que necesitas, tú sabes cuál es tu Dios. A mí, me ayudó el mío y la Guadalupana.*

Imaginé esa mariposa azul y brillante, de un tono cobalto, googlée imágenes en el teléfono y la encontré, en una pintura de Mónica Fernández: era el rostro de una niña de ojos verde olivo como los míos, pero cubierta de mariposas; tantas mariposas que su cabello no se vislumbraba, de todos los colores, azules, monarcas. Era como si la cargaran, como si cargaran el dolor de esos ojos grandes que te miraban. Miles de florecillas cubrían su vestido, no era que no pudiera volar, necesitaba ahuyentar las mariposas para hacerlo, necesitaba estar libre. Volteé a la ventana y vi una mariposa negra pegada al mosquitero, así me veía yo. Me preguntaba si alguna vez podría ser esa mariposa azul.

[6] Corrector de ojeras.

[7] Platillo de la región a base de tortilla rellena de frijol y con guarnición arriba.

CAPÍTULO 13. *¿El amor salva o crucifica?*

Eran las 12:00 p. m. cuando escuché el ruido del teléfono. Me asusté, no me gustaban las llamadas nocturnas, porque la noche tenía complicaciones. —Mijo, soy yo. *—¿Mamá? ¿Qué pasa?* —No te asustes, estamos bien, bueno… ella más o menos. Está en crisis, no sé si pueda ayudarla. Me he acercado un poco, pero no me tiene confianza; se siente sola, los trabajos que le he conseguido no han funcionado y no quiere más que dormir todo el día. *—Al menos… ¿te ayuda en la casa?* —Bueno… *—Tu silencio me lo dice todo, estoy seguro de que haces todo el trabajo, la ropa, la comida. Necesita estar activa, no que la consientas.* —¡Le hace falta tanto amor! Conozco esos sentimientos, creo que nadie la ha protegido nunca, le falta la incondicionalidad.

No lo entiendo, a veces pierdo la fe en el ser humano. ¿Dónde están sus padres mientras ella sufre*? —Tienes razón, sufre, yo también lo sé. Mañana tengo un día complicado en los juzgados, pero trataré de ir el próximo sábado. Dejaré mis asuntos arreglados y trabajo desde la oficina de Playa. Iñaqui insiste que tome vacaciones, voy a hacerlo; así la encarrilo. No te preocupes.* —Bueno, mijo, te espero.

Terminé la semana con mucho trabajo, pero pude organizar todo para ir a Tulum el sábado por la tarde. De camino al aeropuerto, vi cómo una pareja de custodios me seguía. Al cruzar la sala de abordar, los hombres también entraron al avión. La situación era extraña. Escuché cómo compraron sus boletos de última hora, se sentaron separados, al salir también me seguían discretamente. Yo conocía cómo era eso, había tratado con muchos maleantes en mi vida, sabía cuándo me seguían. Al llegar a casa había un gran silencio, mi corazón empezó agitado, temí por su seguridad. —¿Mamá? ¿Juliana? Nadie me contestó. Corrí, desesperado, a las habitaciones, y la de mi madre se encontraba sola. Abrí la puerta y de entre las sábanas un cuerpo hecho ovillo apareció:

—¿Qué pasa? *—Nada, nada, solo me asusté.*

Me senté en el borde de la cama y la abracé, sentí cómo su cuerpo se pegaba al mío, estremeciéndose. Me separé un poco para ver su rostro, sus ojos me suplicaban ayuda, era tan hermosa, su rostro anguloso enmarcaba sus ojos verdes, no había nadie que pudiera decir que esa mujer fuera fea. Le pasé una mano por la mejilla y me miró anhelante, quería apoyo, fortaleza: *—¡Todo va a estar bien! ¡Todo va a estar bien!* Era agradable tenerla ahí, su olor fresco, su pelo suave… Estaba en mis brazos, quería recorrer su espalda con mi mano, acariciarla, pero lo reprimía, hace mucho que no vivía un sentimiento parecido. Debía alejar la idea de mi cabeza: era mi cliente y había que mantener la distancia con ella. Además, era una mujer casada y, sobre todo, no estaba a mi alcance; ella era de otra categoría. Me separé un poco, le pasé un pañuelo desechable: —*Juls, ¿dónde está mi madre?* —No lo sé, salió, pero no la vi. Le llamé, al segundo timbre contestó. *—¿Mamá, dónde estás? Ven a casa. Pasó algo.*

Al verla llegar me tranquilicé. Juls ya estaba sentada en la pequeña mesa. *—Tenemos que cambiar de sede* —dije, mirándola*—. He tenido un par de custodios siguiéndome y creo que son los de Damián, también estuve haciendo un poco de investigación de tu exmarido y su padre: creo que algunos de sus negocios están en un límite entre lo legal y lo no tanto, o más bien son muy limpios, creo que lava dinero del narco. No puedo arriesgar así a mi madre.* Ella, enojada, salió del salón, se escuchó cómo la puerta retumbó. Yo cerré mis ojos y mi madre, acongojada, puso su mano en mi hombro. —Por mí no lo hagas, no les pediría nunca que se fueran, no tengo miedo, ya hemos vivido esto, mijo. *—Por lo mismo, no te voy a arriesgar, ya hablé con Mia y Ernesto de camino para acá y nos esperan en Casa Malca; el hotel de los amigos de Ernesto. Solo que tendremos que despistarlos, estarán a fuera, vigilándome; además, es posible que ya le hayan avisado a su jefe.*

Entré a la habitación donde se quedaba. Estaba furiosa, metía su ropa en la pequeña maleta que le había dado.

—¡Mírame, Juls! ¡Mírame, carajo!

—No quiero. No quiero esta vida, no quiero vivir de arrimada en esta casa, odio esta ropa y odio los trabajos de mierda. Odio tener que ser amable cuando quiero ser una perra, porque soy una maldita, siempre lo he sido. Me gusta ser mala, porque así no me siento tan desgraciada, no me siento tan adolorida como ahora lo hago; quiero lastimar a otros, que se sientan igual de miserables que yo. Pero ¿cómo puedo lastimar a tu madre? Solo me trata bien. ¿Cómo te puedo lastimar a ti? Sí eres como un maldito caballero andante que hasta paga mi ropa interior.

Lloraba, desesperada. La abracé, más por una urgencia de tocarla que por su necesidad de expresarse, y noté que se calmó mientras acariciaba su cabello. *—Yo nunca te dije que fuera a ser fácil, pero, sí, tienes suerte de tener un caballero andante como yo, con un oscuro pasado y muchas ganas de ayudar.* Me regaló una media sonrisa mientras se limpiaba con el dorso de la mano las lágrimas. Con eso bastaba para poder continuar.

Mi madre y yo salimos en su coche. Los custodios me siguieron al tomar la carretera y a los cinco minutos salió Juls cubierta con una capucha a tomar un Uber, que aguardaba en la esquina. Nosotros manejamos hasta un súper, nos bajamos corriendo. Yo tenía la esperanza de que los que nos venían siguiendo se quedaran en el coche, pero no lo hicieron. Tenía que pensar rápido, por lo que fui y me escondí entre la ropa, caminé por los pasillos rápidamente despistándolos; después, me escabullí por una puerta secundaria y salí corriendo hacia la esquina de enfrente, en una tienda de conveniencia donde Juliana permanecía.

Nos subimos al Uber, nos agachamos al dar la vuelta en «u» y volver a tomar la carretera con dirección a Tulum. Por un hueco, vi cómo salían los monotes, buscándome. Habíamos logrado escapar. Minutos más tarde, mi madre me marcó, avisándome de que había llegado a casa y que no me preocupara. Mi hermano Juan Diego, iba en camino desde Mérida a pasar unos días con ella, había pedido vacaciones en el trabajo.

Nos tomó una media hora llegar a Casa Malca. Al bajar, su mirada se transformó: había un toque de ilusión porque el edificio era

bonito, se notaba que le gustaba lo exquisito, el lujo. Al entrar, preguntamos por Elliot; la señorita de recepción nos pasó directamente a un elegante privado, tenía una esencia diferente a los que solía moverme en la ciudad, pero se veía el gusto de la decoradora. —Cruz, bienvenido —me dijo un rubio alto, de cálidos ojos color miel. —*Elliot, qué gusto volver a vernos. Mira, ella es Juliana.* La examinó y con cariño le dijo: —¡Bienvenida! Los amigos de Ernesto son siempre bienvenidos aquí, él es como un hijo para nosotros. Me marcó esta mañana, no tenemos muchas habitaciones debido a la temporada alta, estamos llenos, pero les logré conseguir una doble en donde los vamos a situar por esta noche; tendrán que compartir, ya mañana veremos. —*Sí, no te preocupes Elliot, ya mañana tengo una cita con una persona para la renta de un departamento cerca de aquí, mi asistente me lo acaba de confirmar.* —Primero pasen a su habitación para que descansen un poco y nos vemos por la noche en el restaurante para cenar y platicar al respecto.

Fuimos a la habitación. Estábamos cansados y se sentía confuso compartirla, era algo demasiado íntimo. Al cruzar la puerta, descansé; menos mal que contaba con dos camas matrimoniales esperándonos: no iba a tener que dormir en el suelo o en algún sillón; en cierta manera, éramos extraños. Se sentó en el borde de la cama. La ventana daba a una pequeña piscina privada, y a lo lejos podías ver el mar, quebrando sus olas. Su mirada se perdió en el horizonte y me sentí un intruso en ese cuarto. Invadía su intimidad, un leve momento de paz; por lo que pensé ir al centro empresarial. Mi asistente había quedado de enviarme una información que quería revisar y apenas eran las 6 de la tarde. —*Ahora vengo, voy al centro empresarial, necesito trabajar en unos pendientes*. Salí de la habitación; era como si huyera de ese sentimiento de ternura que me invadía al verla, no podía creer que las historias que contaban Alía, Ernesto y Santiago fueran ciertas: ahora solo se veía como un pequeño pájaro herido.

Pasé una hora trabajando. Mi asistente había encontrado cierta información delicada cuando había estado investigando a los padres

y a la familia del marido; había varias cosas que no me cuadraban y habíamos decidido ir más a fondo en la investigación, escarbar en las bases de datos, en las noticias, en las demandas. Me lo habían confirmado y ahora estaba seguro: necesitaba hablar con ella para saber qué medidas tomaríamos en su caso.

Al regresar a la habitación, el silencio lo invadía todo. La cama estaba impecable, el baño vacío. Me asusté. Me asomé por la ventana a ver si caminaba por la playa; en la alberca que estaba en la terraza, la imagen que vi me dejó congelado.

Corrí a la orilla, por si tenía que tirarme, cuando levantó su rostro. Me detuve de manera automática. —*Me asustaste.* —Pensaste que me había suicidado; no te preocupes, no tengo el valor.

No entendía realmente la razón, pero esta mujer me provocaba un extraño sentimiento que no podía explicar. No me moví, me quedé meditando el hecho; estaba solo flotando, no tenía traje de baño, por lo que utilizaba un vestido blanco que cubría su piel. El vestido flotaba al igual que ella, su pelo se mecía en el agua de un lado para el otro, sus ojos permanecían cerrados y me pareció un retrato maravilloso, me recordó el cuadro de *Ofelia,* de John Everett Millais. Lo había visto en un reportaje del Museo Tate Brittain de Londres. Me impresionó el parecido, cómo el autor había captado la belleza de esa mujer en el agua, crucificada por amor, viviendo la tragedia de esa pasión que sentía por Hamlet.

En ese momento, decidí que ella no moriría, ni se secaría su interior, tampoco caería en la locura, yo haría todo lo que estuviera en mis manos para salvarla, hasta de sí misma.

CAPÍTULO 14*. Energía cósmica*

Una mirada puede experimentarse sin abrir los ojos. No sé si solo sea la energía que trasmiten los cuerpos o el poder del pensamiento es tan fuerte que puede sentirse a distancia; así fue como percibí su presencia. Un calor tibio subió por mis extremidades, agolpándose en mi cabeza. Sin abrir los ojos, posé las piernas en el piso y levanté la cabeza de forma automática, en posición de defensa. —*Me asustaste.* —Pensaste que me había suicidado. No te preocupes, no tengo el valor. Nadé hasta el extremo de la piscina donde se encontraba la escalera. —Debería salir de aquí, voy a bañarme. Los ojos negros de Cruz se clavaron en mi cuerpo, que se trasparentaba a través del vestido.

Una leve tensión sexual se apoderó momentáneamente de su mirada. —*Creo que nos faltó comprar un traje de baño, tenemos que volver de compras.*

Envolví mi cuerpo con timidez, la toalla era gigante, esponjosa, y me dirigí al baño. —En un momento estoy.

Cuando salí, seguía en la misma posición, con una revista en las manos —¿Qué lees? —*Leo de la nebulosa de cangrejo. Son los restos de la explosión de una estrella, lo llaman pulsar, por que emite rayos gama, 100 000 millones de electronvoltios, más que los rayos X. No puedo imaginarlo.* —Se parece a tu mirada, traspasa mis ojos, la percibo, aunque no la vea, logra desnudarte. Detuvo su charla, sorprendido por mi comentario, dudando si había sido una insinuación. Hablaba de pie, viendo el horizonte, sostenía un vaso con agua mineral, percibía su intención de decir algo, me distraía con una charla simple: —Ya estoy lista —le dije. Momentos después, contestó: —*Todavía te escurre agua por el pelo. Creo que has recuperado el color en el rostro desde que vives por aquí, las mejillas se te ven bronceadas.* —Suelo ponerme como camarón solo de tomar un poco de sol. —Sentémonos, tengo que hablar contigo.

Me estremecí solo de escucharlo, sabía que había algo más, lo había adivinado solo con verlo; había compasión en sus ojos, muchas veces la sentí, la odiaba y la combatía para no sentirme

miserable. —Habla… ya nada me asusta. *—Siéntate, voy por más agua mineral.*

Con dos vasos de agua burbujeante en la mesa empezó a hablar, ya no tenía duda, era algo serio. *—Tiendo adelantarme en los hechos, soy precavido y en mi profesión eso ayuda. Me puse a investigar, primero a tu marido, a su familia; después a ti y la tuya. Hay mucha información de la cual no sé si estes enterada, mi asistente tiene la orden de seguir investigando y mi hermano tiene algunos conocidos que a veces nos venden información. Me va a ayudar a conseguir un poco más…*

Lo interrumpí: —Cruz, no le des vuelta, suéltalo. *—Tú ex y su padre pueden estar metidos en algunos asuntos turbios: lavado de dinero, extorsión, actos de corrupción… tienen varias demandas en la fiscalía y, extrañamente también tienen, el perdón de sus demandantes. Le estas pidiendo el divorcio a él, pero no sabemos quién está detrás.* —¿Y eso va a afectar que tú me representes? *—No, no lo haré, soy terco; además mi madre me mataría si no lo hiciera, pero necesitas estar enterada.* —Fui una tonta, no quise darme cuenta de lo que significaban, los regalos costosos, los viajes, el despilfarro. Es mi culpa, me dejé envolver por el brillo, por el lujo. El dinero me gusta, me hace sentir importante. Sabes, hasta que no llegaron los golpes me conformaba con el lujo, me hacía sentir mejor que otros.

Calló un momento. *—Tu padrastro puede estar involucrado. No sé si quieras destapar esa información, si él decide pelear en el divorcio, varias cosas saldrán a la luz. Ya metimos la solicitud de «divorcio encausado»: es un juicio que se maneja de manera unilateral, ya le notificaron que lo has solicitado, lo tomamos por sorpresa, y eso es una buena noticia; ahora tenemos que esperar a que el juez emita una resolución, tardará máximo 90 días. No tienen hijos, y no pedimos nada, solo la cancelación del vínculo. Hay varias cosas que me preocupan al respecto, el trámite se nos puede venir para atrás si hay un embarazo: necesito estar seguro de que no lo hay.* —No lo hay, la semana pasada tuve el periodo; las últimas dos

semanas se entretuvo con una profesional que viajó con nosotros por toda Francia.

Me miró con pena, y yo sentí vergüenza. —Lo hizo de manera discreta, pero sí eres un poco lista, puedes darte cuenta. Asintió. —*Hay otra cosa que me preocupa, con sus palancas chuecas puede retrasar o complicar el trámite, ¿Vas a querer que use la información que te acabo de dar? Podrían salir también involucrados tus familiares más directos.* —No lo sé. —*Piénsalo. Y, por último, hay otro asunto del que no sé si estés enterada, creo que deberías.* —¿Algo peor? —*Umm, no lo sé. Pero es algo delicado. Estuvimos buscando en los archivos del registro civil, en tu expediente hay un juicio de custodia, un juicio largo por parte de tu madre y tu padre. ¿Lo sabías?* —No, no lo creo, mi madre siempre me dijo que no nos quería y que se había ido con otra. —*No sé de la otra, pero el juicio es un juicio bastante largo, estuvo años peleando por ti, hacía acusaciones a tu madre y su esposo. Pedía la custodia completa; de hecho, en ese momento no estaba casado, quizá tuviera alguien, pero no tiene ninguna mujer de manera legal vinculada a él en el archivo.* —Queda claro que viví engañada pensando que mi padre nunca me quiso y que nos abandonó por otra. —*Creo que sí, el juicio estuvo vigente por dos años y medio, casi tres, cuando estaban a punto de ganar, con bastantes pruebas en la mesa, súbitamente lo dejó. Desistió. Lo amenazaron o llegaron acuerdos afuera del tribunal.* —Suena al estilo de mi padrastro y mi exsuegro. Podría ser. —*Estoy buscándolo. No sé si te vaya a remover muchas cosas.* —No sé, creo que deberíamos olvidarlo así, no tengo ganas de meterme la historia de un papá que nunca vio por mí. —*Es tu decisión, yo solo soy tu abogado.*

Me tomó de la mano. —*Pero es algo de lo que tienes que hablar algún día, eso te marcó, tu infancia pudo haber sido diferente.* —No quiero pensar en las posibilidades que pude tener de vida porque, si lo hago, me vuelvo loca. Sentirme huérfana sin serlo es lo suficientemente duro de aceptar. Mi voz se quebró y, aunque lo escondí frente a él, cada vez la grieta en mi alma se hacía más profunda, había sido desde el principio la víctima de un divorcio.

Daba gracias a Dios por no estar embarazada, no quería que un hijo mío tuviera que vivir lo mismo.

No paraba de darle vueltas al asunto, callaba, pero él se daba cuenta de ello: —*Vamos a cenar, tenemos que ver para adelante. Ernesto me dijo que la cocina es espectacular. Tomamos una copa y nos relajamos. Elliot y Charmein quieren ofrecerte un puesto en el* guest desk*. Deberás desarrollar la paciencia, que ya mi madre me dijo que no tienes mucha, pero es un lugar agradable para trabajar y embonas mejor aquí. Creo que fue una experiencia difícil trabajar en mi barrio; y, aunque mi mamá siga sin quererse mudar, no podemos obviar que el ambiente es rudo, y más para alguien como tú.*

Me guiñó un ojo, coqueto.

La noche nos había cubierto, a lo lejos las estrellas parpadeaban claramente, me pregunté cuál sería la Nebulosa del Cangrejo y si su energía sería igual que la que yo percibía de Cruz. Me sorprendió, me sacó una sonrisa. Sus ojos negros brillaban al mirarme y la luz tenue de los faroles le daban un brillo a la piel canela de su pecho, él cual, se dejaba ver por la camisa de lino abierta que portaba. Me agradó la imagen que veía, cada vez me agradaba más Cruz Hernández.

CAPÍTULO 15*. El color de la esperanza*

Después de esa noche, los días fueron tomando cauce de nuevo. Cruz hacía fácil las cosas y nos acomodamos a compartir el espacio. Se comportaba amable, respetuoso, tenía como enmienda rescatarme como si fuera una princesa en desdicha. Nos mudamos al departamento, era pequeño; pero era mío, o lo sería, aunque todavía no hubiera pagado ni un peso por él. Habíamos acordado que Cruz también viviría ahí durante un tiempo, para evitar poner en riesgo a su madre, a quién tenían vigilada.

La paleta de morados desapareció, las heridas se escondían tras las sonrisas que mostraba en el escritorio del *guest desk.* Me gustaba trabajar ahí, era un hotel *boutique* pequeño, con excelencia en el servicio, atendido de manera personalizada por Charmein y Elliot, por lo que los turistas que normalmente llegaban hasta mí, necesitaban algún tipo de información de un *tour*, medios de transporte o de alguna actividad fuera y dentro del hotel. La concurrencia casi siempre estaba relajada y feliz; solo querían disfrutar de sus vacaciones. Los espacios se insertaban de manera perfecta en esa vida de ensueño que querían vivir los que pagaban un dineral por estar ahí. Los recibían con esas toallas olorosas a flor de naranja; después los cocteles, los masajes en el spa y la comida: todo tenía que ser perfecto. Lo primordial eran la experiencia y el relax del visitante. Todo el hotel siempre olía maravilloso, los baños eran limpios y relucientes, había flores que aromatizaban cualquier esquina y la elegancia te hacía viajar a un lugar más cosmopolita. Utilizaba uniforme; era simple, elegante, con tacones, falda de tubo y una ajustada blusa azul que tenía el logo del hotel. Los dueños estaban felices con mi desempeño: hablaba inglés, francés y un poquitín de italiano, por lo que las propinas llegaban semanalmente, eran buenas, además de los extras que me daban por fuera los clientes a los que les solucionaba cualquier situación, y agradecía de sobre manera que no fuera un hotel familiar, por qué así, no debía lidiar con niños. Era fácil que los refirieran a mí, los cuatro idiomas ayudaban mucho. En ese momento entendí, que, si de algo

agradecía a mi madre, eran los campamentos a los que me enviaba en los veranos para que ella pudiera viajar por el mundo con su nuevo marido.

El día que recibí mi primer sueldo se lo entregué íntegro a Cruz; con las propinas podría vivir el día a día y necesitaba abonar un poco a esa cuenta que ya era casi impagable. —*No lo necesito, Juls, junta una buena cantidad y después me das una parte.* —No, Cruz, necesito hacerlo. Me prometí a mí misma ser autosuficiente; ya nunca dependeré de nadie. Aceptó el cheque, y yo al fin pude sentirme útil, con una frágil fortaleza, pero con un sentimiento de esperanza hacia el futuro. Avanzando.

Un día, Charmein me pidió que le entregara una papelería a una francesa llamada Claire Melbranque; ella había rentado un salón en el hotel para una exposición de arte. Sus cuadros eran monumentales y coloridos, desenfadados y rebeldes, así podía definir su obra, en donde se mezclaba el desajuste y el caos, el color exponente y disfuncional, la puntualidad y la paciencia en el detalle lo volvían maravilloso. Al entrar me quedé sin habla: el lienzo que me recibió se apoderó de mis sentidos, hundiéndome en una regresión de color. Recordé los sábados por la mañana en los que pintaba con mi padre, de niña, con las manos sumergidas en pintura, cuando mi vida tenía color. Era como si estuviera viendo la obra de Tomory Dodge, colorida, alegre irreverente. Situada en una esquina veía como un cuadro era manipulado para su exposición, la luz indirecta no le daba el efecto que necesitaba esa obra de arte tan perfecta, la oscuridad y los cuadros vecinos lo hacían deslucir.

—¡No! Dije de manera impetuosa.

La francesa de cabello rubio y ojos turquesa me miró con una mezcla entre intriga y enojo. Bajé la voz al sentirme intimidada: —Desmerece en ese lugar; es un cuadro que tiene color, vida, necesita luz, los cuadros a sus lados no deben de llamar la atención para que sea como una figura principal, el protagonista de la muestra, con sus dos metros de largo y su belleza colorida. Ella se interesó: —*¿Cómo lo expondrías tú,* ma chére[8]*?* Yo lo pondría en el centro, colgado del techo, no de la pared; solitario, y con la luz de frente, hacia los

ventanales; los dos pequeñines a los lados, colgados ya en la pared en un plano trasero. Esos tres pueden ir juntos porque comparten colorido y son del mismo tamaño; en esa pared jugaría con dimensiones y tonos de manera circular, los medianos los pondría en unas pequeñas bases a la altura de la vista para que el comprador las pueda analizar desde una perspectiva más cercana. Estaba tan emocionada que no paraba de hablar. Sentía que ese arte me tragaba, me engullía de un solo bocado en un mundo hermoso. La mujer se quedó analizando un poco lo que acababa de decir: —Tu es trés bonne.[9] *¿En dónde trabajas?* —En el *guest desk.* —*Voy a hablar con Charmein, ¡te necesito aquí!* —Muchachos, mientras yo no esté, ella es la que da las órdenes.

Ese momento cambió mi vida.

Me volví a encontrar entre el olor al aguarrás y la pintura al óleo, los manchones en la ropa, gritos de frustración y saltos de júbilo; mi licenciatura en Artes de algo había servido. Claire me recibió en su taller. Yo era su ayudante, su recepcionista, su recadera, sus mil usos, pero ella era mi mecenas. Me pagaban por hacer todo lo anterior, y además me daban la oportunidad de pintar, de reencontrarme con mi infancia y sanar esa grieta causada por la ausencia de mi padre a través del arte. Empecé con un lienzo pequeño de cincuenta por cincuenta, pinté una mariposa, una mariposa azul, espatulada con cobalto, cerúleo, turquesa y celeste. Con formas irregulares, con un fondo fucsia decorado de hilos delgados en dorado, un tapiz árabe que enmarcaba el fondo del cuadro. Recuerdo que Claire se acercó a mí. —¡*Voila! C´est magique*.[10] *Debes seguir pintando, los podremos vender bien.*

Ese día recuperé una parte de mí, era Juliana Palacios y me sentía feliz de serlo. No necesitaba el apellido de mis hermanos ni un padrastro que me aceptara ni un marido que me mantuviera; yo ahora veía un camino por delante y lo iba aprovechar.

Ese cuadro no se vendería, ya tenía dueño, me acompañaba de manera silenciosa, empática, casi protectora, noche a noche, mientras veía cómo me deshacía de todas esas capas que no me servían para resurgir fuerte, viva; para aprender a volar.

[8] Mi querida

[9] Eres muy buena.

[10] Guau esto es mágico.

CAPÍTULO 16*. Transformación*

Nunca había visto una metamorfosis tan perfecta. Esa pequeña oruga que había encontrado, se había transformado en una mariposa de alas azules y vivaces, de sonrisas coquetas, ojos alegres y detalles amables. Eso fue lo primero que se me vino a la mente cuando llegó a casa antes de la cena y puso sobre la mesa del comedor un pequeño lienzo con una pintura que tenía una mariposa azul. Lo vi claro: era ella, su transformación. Como en esa monografía que había llevado en la primaria y que hablaba de la metamorfosis de la mariposa. Juls se había vuelto fortaleza. En un cerrar de ojos, volvía a sentirse útil, bella y fuerte, había encontrado su lugar; no necesitaba adornos, se irradiaba desde el interior, la oruga había extendido sus alas azules.

Me abrazó, alegre, nuestros ojos se quedaron fijos en el otro, su cuerpo tibio se dejaba acunar mientras lo acariciaba lento. Mis manos viajaban a través de la espalda e iniciaban un recorrido de reconocimiento. La sentí vibrar de alegría, el amor y el deseo se respiraban de entre sus poros, sentimientos que, pensé, no recuperaría su alma desquebrajada. En ese momento, sonó el teléfono. Nos separamos, tenía que contestar, era una llamada de la oficina de México.

Me obligué a despegar mis manos de su cuerpo, el teléfono insistía. —*Sí, qué buena noticia. Mañana salgo en el primer vuelo.* —¿Te vas otra vez a la Ciudad de México? Pero si solo has pasado unos días aquí. Me cuestionó con una mirada entre triste y expectante. —*Sí, hay varios asuntos por resolver. Tengo varios casos inconclusos. Tú tienes trabajo para mantenerte, un proyecto nuevo, te veo feliz. Yo tengo qué regresar, lo he dejado a un lado temporalmente, pero debo volver.* Calló, su silencio me dolió, quería que me pidiera que me quedara; sabía que necesitaba tiempo, y yo espacio; había empezado a verla de una manera más cercana que el de una clienta.

Con la convivencia habíamos estrechado nuestra relación en esos días en los que habíamos convivido, compartiendo la cena, el

descanso y los pequeños triunfos. Me había causado un golpe emocional: la quería sentir cercana, más que una amiga. Su presencia me desconcentraba, me invadía de una energía diferente, tenía que poner distancia para aclarar mis sentimientos. —Claro, tu vida está allá, necesitarás arreglar cosas. Yo estoy bien, solo que fue sorpresiva la noticia.

Cenamos juntos, a diferencia de los otros días donde charlábamos; esa noche estuvimos callados, inmersos en el egoísmo de nuestros pensamientos. Al terminar la noche, me acerqué a su puerta. Tenía puesta una pijama sencilla y su pelo recogido: *—¡Puedes hacerlo!, estás lista para volar, ya no me necesitas y, si lo haces, el vuelo solo toma dos horas; de todos modos, cuentas con mi mamá, Claire, Charmaine y Elliot; siempre hay alguien.* Me envolvió como nunca lo había hecho, con fuerza, con intención; olía fresco, a flores. Una descarga eléctrica me recorrió desde la cabeza hasta los pies y fui consiente de que tenía que alejarme. Sus labios generosos y suaves se posaron lentamente en mi mejilla en un contacto leve; me la imaginé atrapada entre mis brazos, besándola con esta pasión desesperada que se germinaba en mi interior, con mi lengua hundida en su boca, recorriendo su cuerpo; me sonrojé de todo lo que soñaba, me alejé y solo le dije:

—Te voy a extrañar, Juls; pronto nos veremos.

Al día siguiente regresé a la ciudad de México; en mi cabeza daba vueltas la mirada anhelante, con la que la dejé parada en el marco de la puerta; y también la duda, sobre lo que deseaba de mí. El corazón se contenía bajo presión mientras la inseguridad y el deseo, en pugna, se mezclaban en partes iguales. El trabajo acumulado me despabiló: tenía pilas de asuntos qué tratar y permanecer ocupado me sacaba de mis meditaciones, pero a la hora de llegar a casa, en la soledad de los escasos muebles y la comida para llevar, recordaba los momentos juntos: la cenas que compartíamos, la forma en que nos habíamos compaginado para hacer la limpieza, para ordenar las compras, para hacer la vida en común. Me había gustado, lo añoraba, compartir el día a día con ella era un lujo, disfrutaba cada instante de sus chascarrillos sorpresivos e ingeniosos que, con su

nuevo humor, soltaba de vez en cuando, o de esos detalles lindos que tenía a la hora de la comida. Las notitas, la ayuda en los momentos que el trabajo me sobrepasaba y tenía que estar tras la computadora, checando escritos. Estaba totalmente atraído por Juliana y no sabía si había un sentimiento más profundo o solo se trataba de un enamoramiento pasajero, un deslumbramiento. Tenía qué indagar, a mí me gustaban las soluciones y me encontraba dando vueltas a la misma duda una y otra vez, con una mujer que se encontraba a años luz de distancia.

CAPÍTULO 17*. El salvador*

Se fue, y esa casa que al fin era solo mía, se volvió insípida. La invadieron los ruidos nimios e insignificantes; la gotera, el pájaro cantando en el árbol, el perro que ladraba a lo lejos, la palmera al chocar en la ventana; esos sonidos que con Cruz ni se vislumbraban, ahora tomaban vida, y la soledad no parecía tan buena opción. Siempre había estado sola, entre ruidosa compañía. Las últimas semanas, por el contrario, había estado acompañada en silencio.

La presencia tibia de Cruz había desecho el capullo y había pintado mis alas de azul; el azul de la silenciosa lealtad, el apoyo sin juicios, ni valoraciones, la serenidad de la existencia, la conciencia tranquila, la calma del que ya no tiene furia y no busca la pelea sino el acuerdo.

Vivir con él había llenado de matices mis alas, de distintos tonos de azules, desde la perfecta tonalidad turquesa del mar, la que se descubría con los primeros rayos al amanecer, hasta el azul verdoso profundo que se podía revelar en la profundidad de los cenotes. Los detalles de Cruz me habían suavizado el alma, como el aceite de linaza con la pintura de óleo, la vuelve untuosa, la abrillanta, la prepara para deslizarse de manera fluida en el pincel, resbalando en el lienzo, dejándola fluir al igual que la imaginación, envolviéndolo todo en un universo colorido. Cruz y su mundo, habían recubierto de color mi corazón apagado por la amargura y a diario trabajaba en él, y con sus manos, con pequeños e imperceptibles trazos, de manera espontánea daba forma a un hermoso cuadro colorido, con tonalidades totalmente inesperadas.

Me sorprendía a mí misma por mi interés por hacerle un sándwich o llevarle la cena cuando era tarde y no dejaba el trabajo en la computadora, servirle una taza de café antes de salir a toda prisa por la mañana, acercarle una copa de vino a la terraza para sentir la brisa y perderse en el movimiento de las palmeras; no era un deber hacerlo, era un gusto.

Esa convivencia no la había experimentado nunca, mis relaciones siempre fueron superficiales, enfocada en egos y satisfacción

inmediata. Después, siempre me quedaba vacía. Con él, podía ser yo sin necesidad de parecer, con mi simpleza y mi orgullo, hasta con mis desplantes, con mis sentimientos a flor de piel. Todo eso me llenaba, me hacía ser diferente y querer más. Contaba los minutos para escribirle o para hablarle. Poco a poco, las conversaciones telefónicas se hicieron largas y los mensajes continuos.

Para mitigar la soledad, me decidí a emprender nuevos proyectos, además de la pintura y el trabajo. Por la madrugada salía a correr a la orilla del mar. Todavía era temprano cuando ponía el primer pie en la arena, los turistas reposaban la noche de juerga en sus habitaciones de hotel. El amanecer perezoso aparecía lentamente desde la oscuridad y se mostraba tímido, con un sol de un amarillo incipiente; el horizonte se iluminaba colorido entre el amarillo y el naranja, pasando por el violeta. Los que limpiaban las playas, ordenaban los camastros para el ajetreo del día, así como los deportistas tempraneros como yo, deteníamos las actividades por un instante, asombrados con su aparición, era un momento maravilloso. Respiraba profundo, con los brazos al cielo, estirándome, exhalaba y después retomaba otra vez la rutina de ejercicio, luchando contra la pesadez de los pies que se hundían en la suave arena. Una que otra vez llegó la ola invasora, mojándome los tenis. Me los quitaba y volvía descalza de regreso a casa.

Los miércoles por la tarde Dolores me había invitado a la iglesia de Guadalupe. Yo no era practicante, mi familia era un desastre y nunca lo había sido; eso sí, los sacramentos eran importantes porque había fiesta de por medio, y el despliegue de lujo se podría mostrar al mundo entero. Mi madre y mi padrastro serían vistos por todos, saldrían en las revistas de sociales, podrían demostrar ante todos su éxito y su enorme cuenta bancaria; aunque nada de eso fuera del todo verdad.

Al llegar, había una mujer que coordinaba a un grupo de mujeres, habían sufrido abusos y se juntaban para darse apoyo, todos ahí conocían y querían a Lola, también a su hijo; eran parte de la comunidad. Cruz había ayudado a varias de ellas a resolver el tema de su divorcio, de la manutención o de la custodia legal de los niños.

Se referían a él como a un Dios, un salvador. Mientras nos sentaban en círculo en esas sillas frágiles de plástico, hablaban de él y de sus cualidades. Mi cerebro solo podía divagar en las imágenes que tenía guardadas de su físico, en el cuerpo correoso al que se le pegaban las playeras cuando llegaba sudoroso después de hacer ejercicio, a sus piernas fuertes tras los shorts, su espalda amplia que terminaba en un trasero respingón y ese pecho ausente de grasa corporal.

Yo no podía evitar sentirme celosa: deseaba ser la primera a la que Cruz había salvado, quería ser especial, pero no era así; solo era una más. Sin embargo, desde ese día, mientras las otras desahogaban sus sufrimientos en el círculo de apoyo, yo lo imaginé como ese cuadro que miles de veces vi en el Museo Sumaya, el de Jesús de la Helguera, *Cuauhtémoc,* el último tlatoani mexica, el salvador, que defendía a su pueblo en la conquista española; con su penacho de águila cubriendo su cabeza, empoderado. Sus músculos fuertes y delineados expuestos con ese traje indígena, su piel canela brillante y sus ojos negros dirigidos al objetivo y a la lucha con valentía.

Así era Cruz, me lo pude imaginar: su torso era duro y sus brazos fibrosos, los había sentido a la hora que me abrazaban, al tenerlo cerca y respirar su aroma… la manera que sus gruesas manos se habían deslizado por mi espalda; ahora me sentía abrumada de mis pensamientos.

Mientras otras compartían su experiencia traumática, yo pensaba de manera erótica en Cruz, y a un lado, su madre.

CAPÍTULO 18*. Soltando amarres*

Entre el correr de la ciudad, las citas entre los juzgados y la fiscalía, el tiempo pasó sin percatarme y, de repente, me encontré con un papel en la mano que me había dado Mayra, mi asistente: —¡Felicidades, Cruz! Ya conseguimos el dictamen del divorcio, pensé que iba a ser más difícil con toda esa información que me pediste recabar. *—Yo también, Mayra, nunca imaginé la suerte, de tener a una jueza que dio la resolución sin tomar en cuenta a los involucrados. Es el divorcio que he resuelto más rápido, solo al ver la prueba del médico legista le puso el sello. Me da gusto que todavía existan jueces honrados.* —Sí, la verdad es gratificante, ninguna persona que experimente la violencia debería, además, sufrir la tortura de un mal juicio. ¿Le vas a hablar a la señora Palacios? *—No, creo que me voy a dar una vuelta a Tulum. Aquí ya hemos avanzado en todos los asuntos, allá tengo cosas que resolver y me gustaría ver a mi madre.* —¿Sólo a ella? No lo creo. Me reí, tenía cuatro años de convivir con Mayra, era una excelente abogada y habíamos hecho buen equipo; pero, más que nada, contaba con una gran perspicacia, lo cual la hacía un hacha en el trabajo.

Me pareció justo llamarle a Mia y a Ernesto para comunicarles la resolución, ellos habían ayudado a Juliana y merecían saberlo: *—¡Mia, hola!, ¿qué tal?* —Cruz, ¡qué gusto! ¿Qué novedades? *—Acaba de salir la resolución, ya tengo el papel del divorcio.* —¡*Yujuuuuu*! Escuché cómo brincaba, alegre, y le daba la noticia a Ernesto. —¿Ya le contaste? *—No, voy mañana a Tulum, le quiero dar la noticia en persona.* —¡Qué padre! Nosotros también vamos. Voy a decirle a Ernesto y nos apuntamos, salimos mañana por la tarde o el viernes por la mañana, y nos regresamos el domingo o el lunes temprano. ¡Tenemos que festejar! *—Eres buena amiga.* —Creas o no, ella me acogió en un momento en el que no tenía a nadie, siempre se lo voy a agradecer. *—Bueno, mañana te aviso a qué hora sale mi vuelo.* Nos vemos ahí para celebrar por la noche del viernes.

Nos encontramos en el aeropuerto y viajamos juntos. Mia era muy divertida y Ernesto siempre le daba un toque interesante a la plática,

por lo que el viaje transcurrió rápido. Entre el despegue y el aterrizaje no pesaron los minutos, ayudados por un par de cervezas a causa del ambiente festivo. Al llegar tomamos la transportación que nos llevó directo a casa de Juliana; le había llamado por la mañana para avisarla de mi llegada.

Al entrar por la puerta, dos cosas me distrajeron: una hermosa mesa puesta, a la que todos pusieron atención, y el bosquejo a lápiz de dos manos que solían estar amarradas con una cuerda. Las fibras de la cuerda estaban deshilachadas, pequeños y finos hilos colgaban de ambos lados del amarre, las muñecas estaban libres al fin. Me sorprendió. Poseía tantos significados. Me quedé mirándolo en silencio mientras escuchaba a Mia parlotear de manera animosa: —*Wow*, qué buen recibimiento. Pasé mi vista del bosquejo a la mesa, Juls se sonrojó, yo deseaba pensar, que esa cena, de alguna manera había sido especialmente cocinada para mí. Nuestra vista mutua, anclada, se distrajo cuando dije: —*Te traje una sorpresa.* Fue lo único que alcancé a decir. Dejaron de hablar, solo veía cómo se abrazaban. —¡Mia, que felicidad! —¡Tenemos noticias buenas! ¡Díselas, Cruz… ¡Díselas! —dijo Mia, emocionada. Juliana me miró expectante. —*Ya lo tengo.* Saqué el papel del portafolios y se lo enseñé.

—*Eres libre Juls.*

No lo vi venir. Solo sentí sus brazos alrededor de mi cuello y sus labios besando mi rostro, yo la cargué en volandas. Fue un momento chingón; no había otra palabra para nombrarlo. Estaba ahí en mis brazos, ya no tenía esposo, y yo no era más su abogado.

Mia con su locura de siempre nos interrumpió, foto, foto. Tenemos que plasmar esto para la posteridad, el día que te deshiciste del nefasto de Damián. —¡Bravo por Juliana Palacios! Acabo de recuperar a mi amiga. —Gracias, Mia, no pensaba que me consideraras como tal. Te hice la vida de cuadritos —dijo Juls. —También me acogiste cuando este pérfido me dejó tirada en preprimaria, y eso que no éramos nada afines. ¡Tenemos que ir a festejar! Vamos a un bar tranquilo, Ernesto no soportará los antros ruidosos… pero un bar sí acepta, ahí podremos bailar un poco.

Llegamos a la posada Margarita; un pequeño hotel *boutique* que contaba con un buen restaurante pegado al mar. Mi amigo Mike se había asociado con un italiano y le había dado la concesión del restaurante; Mariana también trabajaba ahí y habían dado con tubo, el lugar dentro de su simpleza era un éxito, con un menú corto, nada complicado, que consistía en pequeños entrantes y una carta corta de *pizzas gourmet*. Al verme se acercaron, felices. —Nos tienes olvidados, Cruz —dijo Mariana. —Tenías meses sin venir. —*He estado un poco ocupado. ¿Se acuerdan de Juliana y de Mia?* —Claro, cómo no —contestó, recelosa, Mariana. —*Y él es Ernesto, el esposo de Mia* —añadí yo*.* Los ojos de Mariana destilaban una vibra negativa a Juliana. Mike era más fácil, llegó y solo nos abrazó a todos con cariño; era un tipo sencillo y sin complicaciones. —Venimos a Cenar. Celebramos el divorcio de Juls —dijo Mia alegremente. —Y después a bailar y emborracharnos. —Suena, muy bien —dijo Mike: —¡Están en el mejor lugar! Ignorando a Mariana, que parecía furiosa por la presencia de Juliana, nos llevó a una mesa frente al mar. Vi cómo la seguridad que había alcanzado Juls en pocos meses, se apagaba; el brillo de ilusión se borró, se achicó. Le tomé la mano mientras caminamos entre las mesas; después de ordenar la comida me excusé: —*Voy al baño.*

En mi camino, Mariana me interceptó: —No sé qué haces con esa perra, pero no está bien. —*¿Qué no está bien?* —Que la traigas aquí, que salgas con ella. ¿No recuerdas el daño que le hizo a Alía? —*Lo recuerdo muy bien, pero no entiendo por qué te molesta tanto; estoy seguro de que Alía ya la perdonó, ella no es rencorosa.* —Me estás diciendo rencorosa, si serás… ¡No lo puedo creer! La ciudad te ha cambiado, esos trajes finos, el departamento de lujo donde vives, ¿no te acuerdas de tus orígenes?, ¿de nosotros?, ¡olvidas todo!, vienes aquí y no nos hablas, ¿crees que no me enteré de que estuviste con ella y no me marcaste?

—No te equivoques, Mariana, eres mi amiga y te quiero, y sé que te voy a perdonar por lo que me acabas de decir… pero mis orígenes los conozco muy bien, y por eso la ayudo. La está pasando mal, y no tienes ni idea de lo que le ha costado recuperar un poco de

autoestima y felicidad. No la voy a dejar, porque así soy yo, me gusta ayudar a las demás personas, y sabes qué… además de todo, me atrae, y mucho. Y si inicio algo con ella, si estuviese interesada también… lo voy a hacer, con, o sin tu autorización. En la vida hay personas pegamento, y hay personas solventes. Cada uno decide de qué lado quiere estar, pero las decisiones que elijas conllevan consecuencias.

La dejé ahí; me miró con disgusto, y volví a la mesa. Cuando lo hice, Juls no estaba. —*¿Y Juliana?* —Fue al baño, qué raro. ¿No te cruzaste con ella? Mierda, si había pasado lo que me imaginaba, estaría escondida por ahí.

CAPÍTULO 19*. De noche, con la luna sobre el mar*

El lugar era lindo, nada refinado, hermoso con un aire acogedor e informal. Nos situamos en la playa, las olas del mar quebraban suavemente, y escucharlo hacía que todos se sintieran a gusto. Mia estaba radiante, le hacía arrumacos a Ernesto, que se ponía nervioso con mi presencia; yo me sentía incómoda. El odio de la mirada de Mariana me carcomía. Llegaron las *pizzas*, aproveché para escabullirme y buscar a Cruz. —Voy al baño a lavarme las manos, de pasada le aviso a Cruz que ya está aquí la comida. —*¡Perfect!* Contestó Mia, guiñándome el ojo, mientras le metía la mano a su esposo.

Sonriente, entré en un pasillo. Era lindo ver cómo el amor solventaba todos los problemas. Escuché un par de voces discutiendo, y me detuve. La inconfundible voz ronca de Cruz y la agudeza de Mariana se encajaron en mis oídos como dos agujas. Medité entre volver a la mesa o escuchar la conversación, pero algo me exigía que lo hiciera. Me situé justo en la esquina donde se daba la vuelta al pasillo, fingiendo hablar en el teléfono. Las palabras llegaron volando con el viento, la brisa movía mi cabello y la falda suelta que llevaba, la piel se me erizaba y la tristeza me invadió; no pude terminar la conversación, los errores y las malas acciones vuelven como ladrillos y se estampan en tu cabeza; es karma. El sentimiento de lástima regresó a mí, débil como el ala de una mariposa, volví a estarlo con cada verdad que escuchaba. Las palabras pueden acuchillarte de manera limpia y certera. Busqué un lugar donde huir, la tristeza se agolpó en mi corazón, acelerándolo, las piernas temblorosas se movieron.

Últimamente era lo único que sabía hacer: escapar.

Caminé a la playa solitaria, había perdido el apetito, solo tenía un hueco en el estómago que se inflaba de tal manera que me costaba respirar.

Me tiré en el suelo, doblé las piernas y las abracé; necesitaba recogerme a mí misma. No sé cuánto tiempo estuve ahí, viendo la

luna llena reflejarse en el agua, dejando una estela plateada en medio de la oscuridad. Las olas del mar quebraban de forma gentil en un ir y venir, me calmé al escucharlas, limpié mi rostro; no quería que nadie viera mi debilidad. La humedad y el frío traspasaban la ropa, pero nada importaba. Todo daba igual.

Sentí una mano que se apoyaba en mi hombro, no tuve qué voltear para saber quién era, su aroma llegó, como parte de la brisa que soplaba. Lo sentí sentarse a mi lado, nos rozábamos, me erizaba la piel con su presencia. Mi mano viajó hasta a su pierna, la agarró como si quisiera proteger algo preciado: —*¿Escuchaste la conversación?* —preguntó. Solo asentí, no me salían las palabras, no podía emitir sonido, tenía el llanto atorado. —*¿Todo?* —No —alcancé a contestar. —*Lo siento*. Después, se acercó lentamente a mi rostro, recargó su frente en la mía, regalándonos unos minutos de reflexión. Nuestros alientos se cruzaban a milímetros de distancia, invitándose, coqueteándose; luego, posó sus suaves labios en los míos, en un beso, amable, más como una caricia. Sorprendido, mi cerebro carburaba de manera aletargada. Ese dulce beso me había arrancado toda la autocompasión de minutos antes.

Se separó un poco, solo para enfocar sus ojos negros en los míos, que brillaban de manera diferente. Quizás era deseo, nunca los había visto así, me susurró al oído:

—*Me gustas, y ya no soy tu abogado, ¿te gusto?* —Sí.

No alcancé a decir más; mi mente maquinal se cuestionaba cómo había mentido de tal manera. No me gustaba Cruz. Estaba completamente enamorada de él, de ese hombre que en pocos meses había recompuesto años de desequilibrio. Me había vuelto a armar. —*Vamos a empezar a salir, ya no como amigos o como trabajo, sino como dos personas que se gustan y quieren conocerse. Voy a conquistarte.* Sonreí, ya me había conquistado sin saberlo. —*Vamos a cenar.*

Cenamos y después huimos a un bar ruidoso que le gustaba a Mia. Pidió una botella de champaña, se la dieron con descuento, con la promesa de subir la foto a las redes en una historia para todos sus *followers*. Bailamos al ritmo de Dua Lupa y Calvin Harris con *One*

Kiss. Ese beso me había devuelto la vida y la energía: bailaba y bailaba para gustarle, como en una especie de cortejo. Me sentía achispada, como todos, esa botella nos había relajado de más. Mia se movía rítmicamente, alocada, yo también; brincábamos, felices, no sabía por qué lo hacia ella, yo lo hacía por esos ojos negros y hambrientos que me observaban. De repente, Mia nos dijo, sonriendo: —¡Nos vamos! Estoy un poco piquis[11] y quiero que me besuqueé este hombre tan serio. Ernesto sonrió, acomodándose los lentes. —Además, Charmein y Elliot nos invitaron a pasar una noche romántica en su hermoso hotel. ¡Me la merezco! La última vez que estuvimos ahí fue un desastre. Cruz y yo nos reímos, pagamos la cuenta y salimos del lugar.

Caminábamos por la calle tomados de la mano. Impulsivo, me abrazó, de manera posesiva y segura. Yo me sentí bien entre sus brazos, y le regalé una sonrisa tonta, me sonrojé al hacerlo. —*Me gusta tu sonrisa, así, cuando estas relajada; eres otra.* Caminamos, despacio, hasta llegar a mi casa. Ahí se detuvo, me dio un beso en la mejilla y se alejó un poco. —*Creo que es mejor que me quede en casa de mi madre. Así lo tomamos con calma, poco a poco.* Sonreí, coqueta, no sabía qué me estaba diciendo, estaba alegre, con burbujas de champaña en las venas.

—¡No!

Abrí la puerta, lo jalé, me colgué de su cuello y con el peso de nuestros cuerpos enrollados cerré la puerta. En la intimidad de la casa lo besé, impaciente, ansiosa, con una pasión que sentía atorada en el estómago. Con una olla exprés de sentimientos y el envalentonamiento del champagne, él respondió al beso, comiendo mis labios, deslizando su lengua por mi boca, nuestros alientos fundidos, anhelantes, hambrientos. Se detuvo; mi boca se quedó abierta, esperándolo; las mejillas arreboladas de emoción. Respiró, tomando aire, y me abrazó cariñoso. No podía creerlo, me servía a mí misma, en bandeja de plata y él solo me abrazaba, ¿qué le pasaba a este hombre? Era diferente a todos los que había conocido, parecía no tener sangre en las venas.

—No quiero que estés borracha, quiero que estes consciente. —¡No, Cruz! No me puedes hacer esto. Estoy suficientemente consciente como para saber lo que hago y lo justo de borracha como para atreverme a hacerlo…

Antes de que terminara la frase, besó mi cuello y arrancó mi blusa. No supe nada más, la pasión invadió mi razonamiento mientras nuestros cuerpos se dejaban llevar entre el placer y la necesidad.

[11] Borracha.

CAPÍTULO 20*. Mariposas difuminadas*

Desperté solo en la cama, la almohada todavía tenía su silueta y su olor. Estiré mi cuerpo mientras la buscaba con la mirada. El olor a café invadía la casa, me vestí para salir a buscarla. La encontré pintando; era un lienzo grande, de un metro. Mezclaba tonalidades, los ponía con un pincel grueso. Eran pinceladas firmes y coloridas. Después, detallaba el trabajo con un pincel fino con el cual pintaba el relieve de unas mariposas, muchas mariposas, de las cuales solo se veía una delgada línea dorada definiendo la silueta. Me quedé sin palabras. —*Eres tú. Tu nueva vida, la mariposa; como la que me regalaste.* —Claire me pidió unos cuadros para la Galería, si funciona la cosa nos iremos 60% para mí y 40% para ella. La próxima semana vienen unas personas de Nueva York y debemos tenerla llena. —*Me parece bien.* Me acerqué y le di un beso suave en la coronilla. —*Me asusté al no verte en la cama. ¿Te arrepientes de lo de anoche?* —No, claro que no —me contestó mientras dejaba el pincel y se acurrucaba en mis brazos. —Necesitaba expresar lo que siento, me vuelvo ansiosa y despierto en la madrugada. Después, junto al lienzo, añadió: —¿Ves el colorido?, ¿qué te trasmite? A mí me trasmite paz, alegría, tranquilidad, inspiración; eso eres tú para mí, yo soy la mariposa y me difumino entre los colores, entre las sensaciones que me provocas. Se sumió en el silencio parecía meditar, después me preguntó: —¿Te quedaste con sueño?, ¿te desperté? —*Sueño no tengo, pero me gustaría volver a la cama y hacer otras cosas contigo.* Sonrió, coqueta. La ataqué con un beso. Me lo devolvió y nos enredamos, la cargué y volvimos al dormitorio; no quería despertar de ese sueño con Juliana entre mis brazos.

El fin de semana terminó entre besos y arrumacos. Ella tenía que trabajar en la Galería, se quedaba hasta tarde pintando. Yo trabajé por la zona con asuntos de la empresa, también resolviendo unos asuntos de Padle, la asociación de niños en peligro de calle, en la que trabajaba probono.

El poco tiempo libre que quedaba lo aprovechamos juntos; a veces la invitaba a comer algo rápido en la hora del almuerzo, le llevaba

comida al trabajo, o cenábamos juntos; pero más que nada charlábamos. Me platicó de su infancia, y yo le platiqué de la mía y, aunque viniéramos de mundos distintos, teníamos algo en común: habíamos sufrido de niños. —Padle te quita mucho tiempo, ¿no? —*Si, un poco.* —¿Y te pagan por ese trabajo? —*Bueno, un sueldo como tal no, pero es algo que debo hacer; desde el primer día que me ofrecieron el puesto en la empresa les dije que antes que nada mi compromiso era con los niños.* —¿Mike se hace cargo ahora? —*Sí, él es el director. Yo funjo como presidente del consejo. Es algo que no voy a dejar, creo que ayudar, es mi misión social, un proyecto personal. Los niños son el futuro, hay que enseñarles herramientas de vida para que puedan enfrentarla de manera positiva, que se alejen de la violencia.* — Y ¿cómo consigues a los maestros? —*Es gente que dona su tiempo, sus conocimientos; otros donan dinero, como los Errazquin.* —Me gustaría ayudar… pero no sé cómo. — *Juls, ¿me lo dices de broma?* —No, claro que no; no sé para qué puedo ser buena. —*Pues… para la clase de pintura; antes iba una psicóloga que les daba arte terapia, ya no va, se casó y se fue a Mérida; pero tú podrías enseñarles algo de técnicas básicas, no tiene que ser nada complicado.* —Sí, podríamos trabajar con acrílicos que son baratos y en pequeños trozos de madera conglomerada. —*Tengo alguien que nos puede donar el material si tú donas tu tiempo; ¿cuántas horas puedes ir por semana?* —Podría ir dos veces por semana, una hora y media, hasta dos, porque una tarde estoy con las señoras del grupo de apoyo de la iglesia. La abracé y la besé perezosamente. No quería que pasara el tiempo, solo instalarme en sus labios. —*Me encanta esa mujer en la que te estás transformando.* Le dije, bajito, mientras le provocaba cosquillas al oído. Después, la cargué: aprovecharíamos esa semana, pues la próxima tendría que regresar a la Ciudad de México.

El viernes había un evento en la Galería. Me vestí formal para acompañarla. Ella iba deslumbrante, recobraba un poco de esa imagen con la que me la crucé por primera vez. Tenía dinero de sus primeros sueldos y también por la venta de algún que otro cuadro pequeño. Se compró un vestido fabuloso; no era de marca, como los

que solía usar, pero era mejor que la ropa que yo le había comprado y que insistía en pagar. Era fucsia, tenía un cuello en uve y una abertura que dejaba ver sus piernas bronceadas. El rubio de su pelo resaltaba y la hacía ver *sexy*; además, traía tacones dorados y se meneaba al caminar. Era la primera vez que salía con ella, envuelto en ese toque de glamour. Un pequeño sentimiento de temor me invadió: no quería qué la gente nos juzgara. Quizás, yo no era suficiente para esa mujer tan hermosa y sofisticada. Nos compararían porque, aunque me vistiera de lujo por los consejos de Mia, seguía siendo Cruz, él que vivía cerca del multideportivo y trabajaba en casos sin paga. —*¿Estás lista?* —Sí. —*Te ves preciosa.* —Estoy nerviosa, mucho. —*Los vas a deslumbrar; además, las obras que escogiste son buenas. Eres talentosa y Claire lo sabe, te ha descubierto, no tienes de que temer.* —Creo que son nervios de primeriza.

La Galería era como una gran pecera, los ventanales de piso a techo cubrían las paredes externas como un cubo expuesto, las luces brillantes destellaban calor y enfocaban su estela en cada obra. El lugar estaba lleno de norteamericanos. Claire había concretado una visita con una mayorista de New York que manejaba viajes de lujo para personas de alto nivel adquisitivo y les había puesto como actividad el evento en la galería. La iluminación y el montaje eran espectaculares. Había una que otra escultura, pero Claire les había dado un lugar especial a los cuadros de Juliana. Fueron los primeros que se vendieron, sonreía, orgullosa de sí misma. Claire había logrado obtener buena suma por ellos, por lo que el porcentaje que recibiría le daría libertad económica. Estaba feliz por su logro, y yo por simplemente tomar su mano y robarle un beso. —Nunca había pensado ganar tanto dinero. Siempre lo tuve, pero no sabía ganarlo; quizás ayudé a mi padrastro a acunar relaciones, que al final le ayudaron a cerrar negocios, pero nunca recibí un peso. —*Me siento orgulloso de ti.*

Claire se acercó con un hombre de mediana edad, rubio. —Juliana, querida, quiero presentarte a la persona que adquirió el cuadro grande. —*Hi, it is a pleasure to meet you. Your work is…* wooow,

magnificent. Tell me a litle about you. How did you get into painting? Do you come from a creative family? Where did you learn? Where did you do it?[12] Ella se quedó callada. Al principio, pensé que era por timidez; luego tuve la certeza que le trajo malos recuerdos de su infancia. Después de un minuto en pausa, habló en un perfecto inglés: —Well, I studied a Mayor in Fine Arts in the university. My father is a painter, too. Although we are not in good terms rigth now.[13] — *In New York I have a friend that is a mexican painter, Ferrán Palacios. Are you his relative, by any chance?*

Su rostro palideció, la sonrisa que había iluminado su cara toda la noche se evaporó como el olor de las flores que decoraban el lugar. —He's my father. Excuse me, I have to go to the restrooms.

Todos nos quedamos en silencio, Claire saludó a otros clientes, distendiendo el ambiente, mientras que yo me acerqué al señor: —Are you close to Mr. Palacios?[14] —*Of course, he's a good friend, we have talked many times about his daugther in México. I'm sorry, I had no idea it was the same person, it must be a sensitive topic.*[15]— If you see him, can you give him my card, please?[16]

Fui en su búsqueda y la encontré en el jardín interior de la galería. Lloraba como una niña, como esa niña huérfana que fue. La abracé:

—Aquí estoy, llora todo lo que necesites. Creo que es momento de ir a casa.

Salimos por la puerta de servicio, no quería que la vieran, yo tampoco; no deseaba que esa imagen triunfadora, brillante con el vestido rosa, se viera opacada por el rímel corrido y un padre que ella ya había dado por muerto.

[12] Es un placer conocerte. Tu trabajo es wow… maravilloso. Dime un poco de ti. ¿Cómo entraste en la pintura? ¿Vienes de una familia creativa? ¿Dónde aprendiste?
[13] Bueno, pues yo estudie una licenciatura en Artes. Mi padre es pintor también, aunque actualmente no tengo relación alguna con él.
[14] ¿Eres cercano a su padre?
[15] Claro, es un buen amigo, muchas veces hemos hablado de su hija en México. Lo siento, no tenía ni idea que se trataba de la misma persona, debe ser un tema doloroso.
[16] Si lo ve, por favor entréguele mi tarjeta.

CAPÍTULO 21*. Lazos de sangre*

El influjo del amor hace que el tiempo vuele. Se tenía que ir, era una realidad de la que los dos estábamos conscientes. Vivía en la Ciudad de México y yo había decidido, aunque de manera temporal, vivir en Tulum. La bata resbalaba por entre mis piernas, descubriendo su color dorado. Me recargaba en la puerta de mi pequeño estudio y él se quedó admirándolas. Cargaba una taza de café en la mano. *—Me has hecho adicto al café y a tus piernas, te voy a extrañar, Juls.* Le pasé las manos por las mejillas, acercándolo, le regalé una sonrisa deslumbrante, con la que lo seducía; solo sabía hacer eso estás últimas semanas. Él me detuvo. Quería decirme algo, pero no se atrevía; sus ojos brillantes hablaban sin palabras. Yo también estaba insegura, con miedo. Su último beso fue exigente pero tierno, repleto de anhelo y expectativas. La caricia suave de su lengua me recorrió; quedé ansiosa y, al verlo subirse al carro que lo llevaría al aeropuerto, algo de mí se fue con él. Estábamos consientes de la separación y lo tendríamos que resolver si nuestra relación avanzaba.

Yo me centré en el trabajo. Pintaba como desesperada, arrancando los sentimientos de tajo, una manera de expiar el dolor. De saberlo, habría empezado antes. En mi vida anterior no tenía tiempo para el arte; el arte era como un novio receloso, necesitaba minutos de entrega, constancia, dedicación y, sobre todo, amor. Y yo nunca tuve tiempo para dedicarle, mis eventos sociales me secuestraban totalmente.

El tiempo libre que tenía, el cual siempre era por las tardes, para no echarlo en falta, lo dividía entre Padle, donde había entrado a dar clases de arte a los niños, y en el grupo de apoyo de la iglesia. Sentía el amor vibrando en mi interior; entendí la emoción que invadía mi garganta cuando lo extrañaba.

Al trabajar en Padle comprendí su dedicación por los niños; eran adictivos. Cada vez que iba, me recibían con esa sonrisa amable y cariñosa que me alimentaba, me sentía feliz, plena, y por mi mente no cruzaban ideas destructivas hacia otros. Entendí los efectos

psicológicos de la violencia, del machismo. Había sido utilizada por mi padrastro, descuidada por mi madre, lo que me había amargado tanto… el acoso a terceros era una dulce venganza en contra de la vida misma.

Y, mientras trabajaba en el perdón, me acerqué a Dios. Con el que convivía a diario Dolores, el de los altares llenos de veladoras, de las reliquias, pero también del amor. Su paz entró en el corazón como agua que fluye, chocando en la roca, viva, esperanzadora; y en el trayecto, en las volteretas y choques, me transformó, dejándome suave y pulida.

Esa pequeña y dulce mujer iba por la vida haciendo el bien, ayudaba en su paso a otros y, como el agua, transformaba con acciones que a simple vista eran pequeñeces pero que daban esperanza. Me había acogido en su corazón, como a una hija, sin esperar nada a cambio, me había enseñado a mirar el amor de Dios a través de sus ojos, en la ayuda a los demás. Un día, mientras le ayudaba a recoger el salón de reunión, con sumo cariño me abrazó: *—Extrañas a mi Cruz, verdad, July.* —Si, Lola, lo extraño, lo extraño mucho. *—¿Lo quieres?* —Cómo no quererlo. *—No es esa mi pregunta, es si lo amas de verdad. Él también ha sufrido mucho, por lo que, si no lo amas, no lo ilusiones, mija, solo aléjate.* No me dio oportunidad de responderle, solo me apachurró cariñosamente el hombro y se fue, sonriente, a ayudar a una persona que estaba perdida y buscaba al párroco.

Todas las noches hablábamos por videollamada, ver su rosto me tranquilizaba. Él procuraba llevarse el trabajo a casa, para siempre estar disponible, y hablábamos horas mientras cocinaba o estaba pintando. Tirados en la cama, charlábamos de cualquier cosa, era un ritual importante. Prometió venir en unos días, y yo ya estaba desesperada por abrazarlo.

Era apenas medio día cuando se apareció un hombre a través del cristal, entre las palmeras bailarinas y los turistas que pasaban jalando maletas de colores. No tuvo que decirme quién era. Lo supe, intuido como una verdad no dicha, como si la sangre reclamara sin palabras. Las lágrimas corrieron, presurosas, los repiqueteos al

corazón, ansiosos y arrítmicos. Cerré la puerta de la galería, apresurada, para no dejarlo entrar. Después, fui a esconderme en el baño, encerrada con llave, me senté sobre la tapa del inodoro; el aire viciado y el olor a químicos me picaba la nariz. Gritó varias veces, golpeaba la puerta, desenfrenado; invadido por la desesperación y la necesidad, insistió. Yo no abrí.

Claire lo hizo, después de un rato. Me encontró y, con esa racionalidad francesa, me dijo: —*Dépeche vous, il fout le voir, tant d'agitation va fair fuir les clients.*[17]

Me limpié la cara y salí al salón. Ahí me esperaba, ya no era como los recuerdos. Tenía líneas de expresión en sus ojos e hilos plateados adornaban su cabello rubio, como el mío. —Salgamos. Caminamos callados. Al llegar a un pequeño parque, nos sentamos en una banca solitaria, la humedad y el sol se padecían. Agitó su ropa mojada por el sudor, yo me echaba aire con un abanico que siempre cargaba en el bolsillo. Después, lo enfrenté: —¿Para qué me buscas? Ya no te necesito. Te necesité hace veinte años, cuando me hicieron sentir insegura, infeliz, amargada; cuando me utilizaron para concretar negocios; cuando me vendieron. Fui víctima y estuve sola. Me violaron y golpearon, no tuve familia a quién acudir. Alguien que no me conocía me acogió, me curó, solo por bondad. Mientras, los que me debían defender, estaban ausentes.

Sus ojos se encogían, se hacían pequeños, queriendo evitar las lágrimas. Trataba de agarrar mi mano, yo la alejaba, poniendo un límite invisible. —*¡Perdóname, hija!, ¡Perdóname!* No decía más, solo esa frase, una y otra vez. A mí la tristeza se me había convertido en furia, había vuelto a sentir esa amargura de la infancia: —Eso es todo lo que tienes que decir, solo eso. Me dejaste en manos de otros, vulnerable. ¡Era solo una niña! Los padres tienen el deber de proteger, no lo hiciste tú, tampoco lo hizo ella. —*Me obligaron. Te desaparecieron del mapa. Yo nunca quise alejarme, tuve que huir.* — ¿Sabes?, yo también quería huir, y no pude hacerlo, era menor de edad. No quiero hablar más contigo, no vuelvas a buscarme, ya no te necesito. Trato de sobrevivir, olvidar mi pasado y eso te incluye a ti. Me fui, se quedó sentado en la misma banca. Al alejarme,

escuché un leve sollozo. Toda la semana vi su silueta a través de los ventanales, parado con las manos en los bolsillos, por la mañana y por la tarde.

Un día, solo desapareció.

Esa noche me quedé sola, meditando en la galería. Estaba oscuro y afuera las palmeras bailaban, agitándose; una tormenta se acercaba. Miré ese cuadro que justo había llegado: era de una nueva pintora del norte que actualmente se cotizaba bien, Rosa Rodríguez Gordillo. La nombró *En cada latido.* En el lienzo, de un metro, varias tonalidades de rosa cubrían el fondo y creaban una sensación de mosaicos o tapices. La niña vestida de azul con pelo suelto, revuelto, iluminado de destellos dorados cubría, con sus manos, su frágil corazón; ese corazón adornado con flores azules. Me perdí en el azul, el azul de la transformación. Dos pájaros revoloteaban atrás de ella, mientras otros dos protegían su vista de los peligros, acariciando su rostro con suma ternura.

En ese instante, volví a ser esa niña temerosa, me reflejaba en la indefensión de la infancia, me provocaba la misma sensación de orfandad que alguna vez asumí de niña con unos padres ausentes. Ahora, tenía esos dos pájaros que cuidaban mi vista, guiaban mi horizonte, como sabios vigilantes del corazón; Cruz y Lola. Puse mis manos a la altura del pecho, me acaricié con las palmas, frotando: quería ahuyentar el vacío, acompañarme a mí misma en ese momento de fragilidad. Todavía no alcanzaba a ver quiénes representaban esos otros pájaros revoloteando. Mejor me enfocaba en las burbujas, que brillaban al fondo presagiándome una dosis de esperanza.

Apagué la sala y regresé a casa, la lluvia empezó a caer, lenta pero insistente; mojó mi rostro, mi pelo, como lágrimas, como si supieran que mi corazón estaba triste.

[17] Apúrate, tienes que verlo, tanto alboroto va a alejar a los clientes.

CAPÍTULO 22*. El violento llamado de la naturaleza*

Había empezado a vivir una hermosa cotidianidad y me gustaba. Encontré encanto en la sencillez de la vida, la tranquilidad me invadía y me brindaba certidumbre. Cada pequeño suceso, por más irrelevante, me emocionaba; al contrario de mis años pasados, en donde la prisa y la abundancia me volvía ciega de todo, incapaz de sorprenderme. La nueva realidad en la que navegaba no tenía sobresaltos, afeites o eventos pomposos. Me iba recuperando en soledad, me reconstruía de manera diferente. Me acosté después de un baño refrescante, acompañada de una taza de manzanilla en una videollamada con Cruz. Era época de huracanes y teníamos amenaza de lluvia, tres días sí, y el otro también. Al terminar, me quedé mirando la lluvia que me arrullaba y, poco tiempo después, me dormí.

Entrada la noche, el sonido del teléfono me despertó, me levanté como resorte por la dosis extra de adrenalina y cortisol; las llamadas nocturnas siempre asustan. Por la ventana, se oía la lluvia caer de manera recia, las palmeras se movían violentas. Me quedé embobada unos instantes, viendo la lluvia recorrer los vidrios de las ventanas, cuando un susurro casi inaudible llegó a mis oídos:

—Va por ti, se enteró por la publicación de Mia y va por ti. Tienes que huir, está muy enojado. Después, solo colgó. Era mi madre.

La piel se erizó de temor al oír esa voz casi ahogada de miedo. Mi cerebro despertó rápido del letargo e instintivamente marqué su número: *—¿Diga?* —Soy yo. Viene por mí, ya sabe dónde estoy. Grité. —No sé qué hacer. *—Tranquila, voy a solucionarlo, dame un momento. Por lo pronto, haz una maleta con lo más importante.*

La desesperación brotó, al igual que las lágrimas. Empaqué prendas de ropa al azar, maquillajes y artículos de higiene personal, una pequeña caja con óleos y pinceles y, por último, un retrato de Cruz y mío. Nada tenía orden, solo eran prendas, cosas que amaba. Otra vez tenía que abandonar pertenencias que no eran indispensables, pero a las cuales me había encariñado, para después

escapar con prisa y dejarlo todo atrás. Conocía la furia de Damián y sus arrebatos. Posiblemente, habría rentado un jet para llegar lo más pronto posible. El teléfono volvió a sonar. *—Mariana ya va en camino, prepárate. Te llevará a su casa.* —Esa mujer no me va a ayudar, me odia, Cruz. *—Tranquilízate, no te odia, y a mí me quiere más de lo que predica. Ya va por ti, no va a hacer ruido, se estaciona frente a la casa y te subes a su auto. Mike va de regreso del restaurante. Te quedarás con ellos hasta que yo regrese, no te van a dejar sola. Yo mañana salgo para allá.* —Tengo miedo. *—Todo tiene que estar bien. Debes estar al pendiente, te va a mandar un mensaje, recuerda, sal de manera silenciosa y con la cabeza tapada, no tarda en llegar. Te quiero, Juls, necesito colgar para ver lo de mi vuelo.* —Gracias. Un suspiro llegó del otro lado de la línea. *—Voy a colgarte, amor.*

—Cruz, te amo, no lo olvides, pase lo que pase, yo te amo. Era la primera vez que lo decía.

Esperé en la puerta, sin emitir sonido, con la ansiedad galopante. Tenía que escapar y moría de miedo, había luces brillando en la oscuridad. Me escurrí de forma silenciosa por la calle, la lluvia mojó mi ropa y el rostro, se había vuelto constante, violenta; llegaba con pequeños golpeteos fríos. *—Sube* —me dijo Mariana, bajando la ventana del coche. Ya en el auto, temblorosa; el frío se colaba en el cuerpo a través de las ropas mojadas, y el temor de solo pensar en Damián. *—Estas temblando, Mike ya va para la casa, tiene las instrucciones de Cruz.* —¡Gracias! —alcancé a decir, tiritando. *—En la parte de atrás hay una sudadera; tómala y quítate la mojada, te ayudará con el frío; no tardaremos mucho.* Volteé a ver mi pequeño estudio, mi casa, la guarida que llevaba poco tiempo de ser mía, con mis pertenencias y un nuevo cuadro sin terminar: esa era mi nueva vida; amaba la sensación que me brindaba. Unas lágrimas cayeron, no quería llorar, no podía ser débil otra vez. Mariana tomó mi mano de forma cariñosa, como una amiga, nunca había tenido una amiga así, salvo Mia. *—Todo va a estar bien. A ese cabrón que le den. Tienes la orden de alejamiento y nos tienes a nosotros.*

Condujo hacia la carretera principal. La noche se cernía con una oscuridad casi total entre las nubes y la lluvia. No me percataba de nada, solo del brillo de unos faros solitarios y brillantes, que nos acompañaban en el camino. Mariana manejaba de manera casi automática. En esa penumbra, con ese aguacero enojado, me sentí bien; el calor de la calefacción me había quitado el frío y Mariana canturreaba *Blue moon* de Billie Holiday mientras manejaba. —*Te quiero decir que lo hemos platicado, Mike, Alía y yo. Y si Cruz está loco por ti, bueno… pues por algo será. Podrás contar con nosotros siempre, claro, también con el anexo de Santiago, que, bueno, todavía no le perdono que se llevó a mi hermana a la ciudad de México.* —Gracias. —*Pues ya sabes, ese Cruz no es de enamorarse mucho. Todas lo aman aquí en la región, pero él siempre ha puesto su vara muy alta, primero con Alía y ahora contigo; algo debes de tener especial.* Solo sonreí.

Por fin llegamos a un conjunto residencial. Varias casas iguales se encontraban alrededor de una pequeña alberca, no eran grandes pero tampoco minúsculas como la de mi querida Lola. —*¿Es todo lo que traes? Viajas ligero.* —No es exactamente un viaje, cuando huyes dejas muchas cosas detrás. —*Discúlpame, fui insensible, después puedo ir a rescatar algo más.* Entramos en la casa y me pareció hermosa, llena de plantas, de cojines… era colorida y armoniosa. Había fotos por todos lados, de ellos, de sus familias, de sus amigos. Ahí estaba Cruz, con su sonrisa radiante. Mariana prendió el televisor. Frente a nosotros, las imágenes de destrozos en Haití pasaban una y otra vez, me impactaban. Desalojados, casas derrumbadas, mucha devastación. Mariana se colgó de Mike y lo cubrió de manera juguetona con besos. Y me dijo: —*Es el Huracán Early, tiene posible trayectoria para acá, acaba de pasar por Haití y República Dominicana, dejó mucho destrozo.* Los niños con lágrimas en los ojos señalaban lo que había sido su casa, ahora solo un montón de tablas; desquebrajadas por la fuerza de la naturaleza. —*¡Bienvenida!* Mike me abrazó. —*Aquí te vamos a proteger. No sabe dónde vivimos; además, Cruz, ya me mandó escaneada la orden de alejamiento. Mañana llega; bueno, si el tiempo lo permite.* Me

pasaron a un cuarto con una cama matrimonial. Era un cuarto sencillo pero bonito; me relajé.

Todo iba a estar bien. Cruz lo iba a solucionar, mañana estaría ahí, abrazándome.

CAPÍTULO 23*. Fantasmas del pasado*

Los gritos de Mike me despertaron, peleaba con otro hombre. Me cubrí con una sudadera el cuerpo y salí de la habitación. La mirada gris platino de Damián se instaló en mí. Me cubrí más con la sudadera, cerré mis ojos, meditando que hacer, mientras Mike y Mariana le gritaban que se fuera. Su voz llegaba hasta mí, poniendo en riesgo mi poca seguridad: *—Nena, tienes que volver, amor. Existe un vínculo ante Dios y ante los hombres. No podemos romperlo así tan fácil. Además, nuestros padres comparten negocios, somos familia.* —Vete de mi casa, pendejo —contestaba Mike, enojado, al ver que yo no emitía ni una palabra: me había quedado muda. —Ya están divorciados, no lo entiende tu cabeza, ¿idiota? —le gritaba Mariana. —Ya le hablé a la policía, vienen para acá. Mientras los dos hombres se hacían de manos, los guardias de Damián esperaban unos metros detrás. *—Juliana, tú sabes lo que soy capaz de hacer. No me hagas enojar, nena. Ahí están mis custodios, no provoques conflictos y que se arrepientan estos estúpidos por haberte ayudado.* —Voy a hablar con él —le dije a Mike, tratando de esconder el miedo que recorría mis extremidades. Solo serán unos minutos.

Salí descalza y me enfrenté a él, mis dedos se movían, inquietos: —Damián, ya no puedes hacer nada. Estamos divorciados y la policía viene en camino. ¡Mejor vete!, déjame. *—No, nena, eres mía.* Se acercó demasiado, sentí su fuerza bruta, su virilidad me aterrorizaba. —Aléjate, no dejaré que me toques. Eso debiste haberlo pensado cuando me golpeabas o cuando me violaste. *—¿De qué hablas, pendeja? Si no te violé, eres mi mujer.* —Pero no tenías derecho a obligarme. *—Es tu deber como esposa cumplir con tu marido.* —¿Y el tuyo acostarte con todas? *—Ya, nena, no empecemos con eso, ¡mejor vámonos!* —No me voy a ir contigo. Déjame de molestar. La policía ya viene. *—Entonces, más razón para irnos.* Me jaló con fuerza del brazo, yo tiré, queriendo soltarme, y su mirada se empezó a turbar; el gris de sus ojos se hizo gélido. *—Ya déjate de pendejadas. Te vienes conmigo… Sabes que te quiero. Perdóname por lo de París, no debí lastimarte, pero así son las relaciones entre*

las parejas: tienen peleas, conflictos y los arreglan, no salen huyendo en el primer vuelo. —No fue la primera vez, además me violaste, estabas alcoholizado y drogado. Y la prostituta de París, me dejabas sola en nuestra luna de miel para irte con ella. *—Nena, eso no es serio. Ella es fácil. A mí me gustan las mujeres, conocías esa parte de mí cuando nos casamos. Pero tú serás la madre de mis hijos, mi reina.* —No quiero eso. No quiero una vida así. *—Pues no me importa lo que quieras, eres mi esposa y te vienes conmigo; además, tus caprichos, esa boda excéntrica, todas esas compras en Nueva York, la luna de miel… todo me costó carísimo. No me puedes dejar así. Quedaría como un idiota… no pienso estar en boca de todos por tu culpa, ya bastante me ha costado tener qué fingir que alargamos la luna de miel.*

Me alejé, me disponía a entrar. La conversación no era coherente, él no tenía sentido, estaba alterado, con movimientos erráticos, y yo solo pensaba en Cruz a mi lado para darme fuerzas.

—Si me dejas, cabrona, me voy en contra de la viejilla de tu chairo. Ese abogadete que está loco por ti. Lo miré con recelo.

Habíamos tratado de ser discretos, muy pocas personas sabían que estábamos juntos. *—Sí, ¿crees que no lo sé?, llevo tiempo siguiéndote, desde que Mia publicó, hace como un mes o tres semanas, así te ubicaron. Pero no me importa, te perdono; todas las pinches viejas son iguales. Tú eres mi esposa y tienes que volver, así que más bien apúrate porque mando a estos dos cabrones a destruir la casa de la vieja y amedrentarla.*

Su voz, sus palabras, me congelaron el cuerpo. Pensé en Lola. Esa mujer había sido más madre que la mía. En un par de meses se robó mi corazón, me llevó al grupo de apoyo, me cuidó cuando estaba deshecha. Damián era maldito, sus custodios sanguinarios; los había visto actuar, recibir órdenes y acatarlas. Lola no podía volver a sufrir lo mismo, no podía permitir que le hicieran daño, no debía revivir lo que había sufrido años atrás. Eso a lo que había sobrevivido, lo que los hizo huir.

Crucé los brazos y lo seguí, me subí a una camioneta negra y blindada, despidiéndome de todo eso que me había visto resurgir:

mis oleos, mis pinceles, mi celular. Volvía a escapar sin nada, dejando todo, absolutamente todo, hasta los zapatos, atrás. De nuevo, estaba secuestrada en una jaula de lujo con un narcisista a mi lado. Quería llorar, pero ya no tenía fuerzas. Mi garganta sedienta ardía de dolor, pero no iba a caerme, no le daría el gusto. No podía mostrarle lo que me había dolido soltar esa vida, a esas personas y esos tubos de pintura.

Nos llevaron al muelle a Puerto Aventuras, ahí nos esperaba su yate. Al entrar en el comedor, los colores oscuros nos recibían con sus sillas gris granito, los sillones de piel color negro, un tapete rojo granate y una copia de la Galería de Arte de Oslo Noruega de un metro cubría la pared con la pintura del *Grito* de Eduard Munch, hasta en su gusto por el arte era oscuro. Me tiré en el sillón frente al cuadro. Damián se sentó a mi lado y empezó a besarme el cuello; yo tenía la vista perdida en el cuadro, como si solo verlo pudiera borrar mis recuerdos; mi cuerpo insensible a sus labios se paralizaba. Me sentía igual, temerosa, solitaria, no concebía sensaciones, solo recogía mis piernas con los brazos protegiéndome. Cuando introdujo su mano debajo de mi blusa para arrancarla le di una patada; él aprovechó para darme unos cuantos golpes, ya no le importó que fueran en el rostro, el estómago, en los brazos: —*Ya ves por qué me consigo prostitutas. Tú nunca me quieres cumplir. Yo lo necesito, soy hombre.* En eso, tocó el ayudante del capitán: —Señor, la tormenta está fortaleciéndose, parece que el ojo del huracán se dirige para acá, necesitamos tomar puerto. —*Voy para allá. Son unos inútiles.*

Se fue, el rostro me ardía por la sangre que se agolpaba. Los otros golpes me dolían menos, ya estaba acostumbrada. Por la ventana se veía la lluvia caer con más fuerza, el barco se movía, se balanceaba violento. Las náuseas se me acumularon en la boca del estómago. Sentí la necesidad de vomitar, corrí al baño y expulsé todo. Después, me senté otra vez sola en el salón y de nuevo miré la pintura.

Y lloré descarnadamente, sin parar, volvía a estar sin nada, volvía a estar vacía.

CAPÍTULO 24. *Desesperación*

Empacaba una pequeña maleta para el viaje. Tenía que poner sólo lo necesario, no pensaba documentar, había conseguido boleto para dentro de cuatro horas y faltaba poco para ir al aeropuerto. Eran las 2:30 a.m. El tiempo parecía detenerse, el celular sonó, mis palpitaciones se volvieron erráticas, contesté asustado: *—¿Sí?* — Sr. Hernández, hablamos de Caribe Air, todos los vuelos han sido cancelados por causa del huracán Early, ha girado su trayectoria, afectando la zona. *—¿Hay posibilidad de que cambie esta situación?* —Por el momento no, cuando la torre de control del aeropuerto de Tulum nos dé acceso, nosotros le informaremos. Con su tarifa actual, el boleto puede ser rembolsado o realizar cualquier tipo de cambio, según disponibilidad. *—Señorita, me urge volar a Tulum, es un asunto de fuerza mayor.* —Si, claro, lo entiendo, pero está fuera de nuestras manos; lo puedo reagendar, pero no sé cuándo será el próximo vuelo, le avisaremos cualquier noticia al respecto. *—Gracias.*

Me paré junto al gran ventanal, se veían las pequeñas luces en medio de la oscuridad, como si el infinito te envolviera, recordé esa exposición que fui a ver con Mia y Ernesto: *Dreams,* se llamaba. Era de un equipo llamado Fantasy Lab en Metrópoli Patriotismo. En un cuarto oscuro, miles de luces cubrían el espacio y se reflejaban en espejos hasta provocar una ilusión, un sentido de inmensidad perdido en la oscuridad, como parte del efecto de luces reflejantes, sin principio, sin camino, sin final.

Me senté en la mesa: debía consultar el recorrido del huracán, hablar con mi madre y con Mike. La vibración en el teléfono me indicaba llamada, Mike: *—¿Qué onda Mike?, ¿cómo esta Juls? ¿Duerme?* —Se fue con él, Cruz, supo que la teníamos aquí, se presentó con sus escoltas y ella solo se fue con él. *—No me puedes estar diciendo eso, te dije que la cuidaras, güey, ella es importante.* —Hicimos todo lo que pudimos, llamamos a la policía, pero no llegó a tiempo. No sé qué le dijo, pero después de discutir un rato se subió a la camioneta blindada y se fue. *—Seguro que la amenazó*. — Puede ser; me dijo que iba a hablar con él, pero ya no regresó. Dejó

aquí sus cosas, está una maleta pequeña y una caja como con óleos y pinceles; salió descalza y en pijama. Suspiré, de pronto me faltó el aire. —*Veré como llego. Todos los vuelos están cancelados por el huracán.* —No pueden ir muy lejos; aeropuertos, carreteras y puertos están cerrados. Deben estar en algún refugio por la zona, estaré al pendiente sí sé algo, hablaré con Claire por si se pone en contacto, también me daré una vuelta a Casa Malca y con tu mamá, antes de que se anuncie el toque de queda. —*Te lo voy a agradecer, trataré de llegar a Mérida o a Chetumal, de ahí rento un carro para llegar lo antes posible.*

Me senté en la oscuridad, prendí el televisor y las noticias del huracán se repetían una y otra vez, en todos los canales. Sentí una enorme impotencia. El aeropuerto de Chetumal estaba más cerca, pero como toda la zona estaba en alerta amarilla, los vuelos se habían cancelado. Mérida todavía disponía de varias salidas. Por lo pronto, se encontraba fuera de la trayectoria del huracán. Reservé un boleto para el final del día; tendría que pasar la noche en Mérida antes de llegar a Tulum. Saqué la cartera del bolsillo del pantalón y un pequeño papel se deslizó, volando. Recordé que antes de salir corriendo de la oficina me lo había dado mi asistente. «Te marcó el señor Ferrán Palacios, está en la ciudad, quiere verte, urge, te dejo su teléfono».

Con el número entre mis manos, me debatía entre hacerlo y no; era la última posibilidad que tenía para conseguir información acerca del exmarido y del padrastro. Marqué, dudoso. Era el padre de Juliana, teníamos asuntos que tratar, dudas que él podría solucionar para quitar por fin al maldito Damián de su vida para siempre; él podría ser de ayuda. Era de madrugada, la ciudad todavía se encontraba dormida, pero no me importó, si tenía algún rastro de amor por su hija, contestaría mi llamada: —Bueno. —*¿Ferrán Palacios?* —Sí, soy yo. —*Soy el abogado de su hija Juliana.* —Sé quién es. —*Quisiera hablar urgentemente con usted, mañana por la noche salgo de viaje, tiene que ser en el transcurso de la mañana.* —Dígame dónde. Ponga lugar y hora y ahí estaré.

Había sido fácil, ya no podría dormir, el cuerpo me dolía por estrés. Repasé en el teléfono fotos de nosotros, de ella en Tulum, cuando apenas llegó a mi vida. Una a una las imágenes se deslizaban con el suave movimiento del dedo; así amaneció. A las 7:00 a.m. llamé a mi madre: —¿Qué pasó, mijo? —*¿Cómo sabes que pasa algo? Antes de que hable, ya lo sabes.* —No lo sé, lo intuyo, mijo, es como un presentimiento. Dime, ¿qué pasó? —*Juliana regresó con él.* —La obligó, estoy segura. Mi July no haría eso; ha cambiado, mijo. —*Eso quiero creer, mamá.* —Créelo, porque así es, ella te quiere, me lo dijo y yo confío. Tienes que buscarla. —*Eso voy a hacer, espero no equivocarme, hoy voy a hablar con su padre y después vuelo para Mérida, de ahí rento un coche para ir a Tulum.* —Tu hermano viene en camino, el ojo del huracán está programado para llegar en la noche. Viene a ayudarme con las ventanas y lo que se ofrezca. Yo espero estar con él un par de días. Mijo, tienes la prueba más grande, hay que confiar.

Eso me repetí todo el día: confianza, confianza, confianza; ella te ama. Pero, al llegar con su padre, todo se tambaleó.

Ver a ese hombre rubio de barba cerrada y ojos verdes tan diferente a mí me hizo cuestionarme. Vestía informal, pero ese *look* era costoso, se percibía en la seguridad de sus movimientos, en la forma en que se desenvolvía, cómodo, seguro. Dudé, porque, al vernos, me di cuenta de las diferencias que teníamos ella y yo; su familia y la mía. Su dorada melena contrastaba de manera chocante en la almohada con mi piel morena y, mientras en Nueva York sería totalmente común, aquí éramos todavía diferentes. Al verme se acercó amable: —¿Cruz? —*¿Señor Palacios?* —Mucho gusto, siéntate. Por favor, señorita ¿le puede tomar la orden al señor? Gracias por regresar mi llamada, es importante para mí. —*Dígame, Ferrán, en qué le puedo ayudar*.

La señorita nos preguntó qué deseábamos beber; yo pedí una cerveza para relajarme un poco, él lo hizo también, además lo acompañó de un tequila. Aunque su presencia decía algo, sus palabras pronunciaban un discurso diferente, sus ojos me miraban con una especie de súplica, y yo, mientras, dilucidé de qué parte

estaría. —Voy a ir al grano. Soy de ideas claras y me gusta ser conciso. Necesito alejar a Juliana de su madre y del idiota que le escogieron por marido. Hizo una pausa, observándome. —Cuando me enteré de que estaba en Tulum, me alegré porque así sería más fácil.—*¿Y qué le hace pensar que yo puedo ayudarlo? O, en el mejor de los casos, ¿que ella quiere su ayuda?* Necesitaba certezas, no podía darle información si no estábamos del mismo bando o si podía herirla aún más. —*Ella no quiere verlo*. —Lo sé*.* Se jaló el pelo y se tocó la barba con las manos, de manera desesperada. —Piensa que no fui un buen padre, que la dejé; juro por mi madre que no volverá a pasar. No lo hice por decisión propia, me obligaron, me amedrentaron y me amenazaron con hacerle daño. La estúpida de Astrid no sabe con quién se casó. Y menos en qué está metido su esposo.

Mi mirada era de desconfianza: no me anticipaba, esperaba a ver por dónde iba la conversación, lo que me pediría a continuación, pero, como buen abogado, lo dejaría hablar. Eso me daría más información para armar el caso. —Lo he investigado, sé que le lleva el asunto del divorcio. Me alegré de que estuviera lejos de ese cabrón. Sé que usted es derecho. En cuanto dijo esas palabras, la frialdad que había mantenido en mi rostro se deformó, emané la tristeza, él era artista y aunque quise fingir lo detectó: —¿Qué pasa? ¡dígamelo! —*Se fue con él, no sé dónde está ahora; si volvieron. No se ha comunicado conmigo.* —La amenazaron, está claro, así lo hacen: amedrentan, intimidan, atemorizan con hacerle daño a lo que más quieres. Así lo hicieron conmigo. Sus ojos brillaban con un llanto contenido, sufría. En ese momento, mi cerebro carburó, ató cabos y lo entendí. La habían amenazado y lo más seguro era que fuera o por mi madre o por mí. —¿Qué pasa? Lo sé, tu rostro, fue casi imperceptible, pero lo sé. —*Voy a Tulum por la tarde. Vuelo a Mérida y de ahí voy en coche, a buscarla.* —Voy contigo, no la voy a volver a dejar en manos del estúpido de Schmall, y menos con su compinche Lemus. Haré todo lo que esté en mis manos para que paguen lo que nos han hecho, a ella y a mí. —*Salgo en el vuelo de*

las 5:00 p.m., en el 526 de Caribe Air. Te veo en el aeropuerto. Le tendí la mano y salí de ahí. Tenía que ordenar las ideas.

CAPÍTULO 25*. Cayendo al vacío*

Cuando uno aparenta acallar el dolor fingiendo estar bien, la esencia del alma se difumina, lentamente se pierde la silueta de la verdadera personalidad, se esfuma en un grito de dolor, desesperado. Podemos engañar a todos, una sonrisa, una pose, unos lentes de sol; esos son básicos porque a través de los ojos nos descubren; las miradas cuentan más que mil palabras. La tristeza se emana de manera suave e imperceptible para algunos, siempre hay alguien con esa capacidad para descubrirla. Lola es así.

Me arreglo, vuelvo a ser esa belleza casi perfecta, Damián tiene siempre todo eso que necesito para verme bien, sus súbditos están al pendiente; hasta el más mínimo detalle. Pero ahora, esta nueva yo, no necesita los vestidos de marca que trajeron, tampoco maquillajes, o fluidos mágicos que me conservan como en salmuera porque, aunque por fuera esté perfecta, si el sabor es salado, llega a disgustar.

A Damián le gusta verme bella, no concibe que me presente sin maquillaje y sin ropa de lujo, soy como una pequeña muñeca a la que viste. Sus custodios le mandan la imagen y él decide si me queda o me tengo que cambiar, sí se verá bien en mi cuerpo. No soporto más los crudos, los grises y blancos; parezco una imagen monocromática. Me gustan los rojos, los verdes vibrantes, el púrpura, hasta el amarillo canario o el limón, pero odio los crudos. A él, no le gustan los colores vivos, dice que parezco zorra, como si los zorros escogieran su color de piel. El colorido lo prefiere para la intimidad, para lo que se encuentra debajo, para la ropa interior. También odio las perlas. Tengo tantos collares de perlas que siento dolor por tantos abulones muertos en su cosecha; pero él quiere los collares rodeando mi cuello, dice que le dan brillo a mi piel.

Me lo encuentro desayunando. —*Qué bueno que ya estás lista, tenemos que anclar por el huracán. Pararemos en el Marriot de Puerto Cancún. Siéntate, ya traen el desayuno. Se me antojaban unos tacos de tripa y acaban de traerlos.* Sabe que odio las tripas, lo hace para hacerme sufrir; disfruta torturándome, son solo pequeños

detalles que hacen que mi cordura se vuelva a desbalancear. El barco se mueve, incesante, veo por la ventana cómo surcamos el mar agitado, la lluvia arrecia y el aire nos mueve de un lado para el otro.

Empiezo a sentir el estómago revuelto, me ponen el plato y el olor me disgusta, la grasa despide ese tufo característico y la cebolla cruda me da en cara. Las náuseas se vuelven más intensas, empiezo a reprimir las arcadas violentas, solo quiero una taza de té verde, pero me aguanto. No le voy a dar el gusto de verme enferma. Pone su mano en mi muslo y me incita a comer: *—Ándale, dale una mordidita, después me das un beso.* Trato de hacerlo, una poderosa arcada viene, corro directo al baño y expulso todo: el dolor, la humillación, la impotencia y la soledad. No hay nada, no recuerdo cuándo comí por última vez, pero el impulso sigue y sigue. Me encierro, sentada en el suelo, con la cabeza recostada en el escusado, cansada de tanto expulsar sin expulsar: *—Llegamos, amor. Para que se te quite lo delicadita, como si no estuvieras acostumbrada al mal tiempo o a las tripitas. Arréglate, nos bajamos en diez, no quiero que bajes echa una piltrafa.*

Me maquillo de nuevo, escondo las ojeras y bajamos al hotel. Es nuevo, pequeño y no tan lujoso, pero está a un lado de la marina; por comodidad lo utilizamos, a Damián le gustan más lujosos. Al entrar al *lobby*, veo que se parece a mí, también está completamente decorado por colores crudos. Detengo mi vista en esa escultura que llena la mesa central del *lobby*, es un rostro que se va difuminando en un grito de dolor, me trasmite todos esos sentimientos que ahora vivo. Me acerco y el nombre del artista escrito en una pequeña placa dorada: Colmenero.

Una pareja igual que nosotros hace *check in*, ella tiene el pelo del mismo tono que yo, pero con unas mechas de un castaño más oscuro. El hombre viste con unos zapatos que tienen unas letras doradas que no logro distinguir, voltean y el rostro de Damián se ilumina: *—Joaquín, hermano, ¿qué tal?* —¿Damián? Los pensaba todavía de Luna de miel. Se acercaron, yo me quedé muda, como estatua. *—Sí, hermano, seguimos de escapada. Costeamos por*

Tulum en el Yate y nos agarró la tormenta, pensamos que era más seguro atracar aquí. ¿Ustedes? —Venimos por la costa desde Acapulco, cruzamos por el canal de Panamá, es una pasada; hace años que queríamos hacerlo, nos sorprendió la maldita tormenta. —*Unos días en una encerrona romántica, nada mal, ¿verdad?* Me acercó a su cuerpo y pasó lentamente la lengua por mi oído y la mordió. —*Nosotros estamos ansiosos de relax. ¿Verdad, amor?* —Claro, cariño —dije, sonriente, mientras lo besaba en los labios y mostraba mi mejor actuación, un amor que no sentía, que difuminaba mi esencia y la dejaba solo como ese abanico de madera y oro que estaba en la mesa, en donde ya ni la boca se reconocía. —Con permiso, voy al tocador un momento.

Sabía que tenía qué actuar, conocía la furia de Damián; a él le gusta representar, el matrimonio perfecto, la vida perfecta, la sonrisa detrás del sufrimiento. El engaño me difuminó más; como el carboncillo en el papel, pierdo el camino recuperado. Entro a la primera estación y el olor de las flores arremete contra mí, pero no me quita el asco, las náuseas, ese beso obligado, ese cruel engaño en el que estoy involucrada. Cierro con llave el cubículo para protegerme, lloro, lloro; es lo único que puedo hacer. El aire se va y el grito agónico de mi pecho duele. Callo en silencio, no quiero que nadie oiga mis gemidos. Un sonido recurrente en la puerta, luego una ronca voz dulcificada por un mensaje supuestamente amoroso: —*Cariño, José está esperándote afuera, para llevarte a la* suite*. Te espero ahí.* —Muy bien —logro decir, fingiendo la voz.

Al salir, paso por el *lobby* y mi custodio sigue mis pasos; me detengo en esa escultura del rostro. Es dorada, pero el brillo palidece por la tristeza que trasmite, su dolor se difumina en el aire, al igual que yo. Tomamos el elevador a la *suite*. Lo encuentro, tirado en el sillón, viendo las noticias, mientras habla con alguien por teléfono. Me voy al dormitorio y me tumbo en la cama. Caigo en un sueño profundo, no tengo ilusión, no quiero hacer nada. Así pasan los días, yo trato de huir y él de cazarme. No he recibido ningún golpe y no ha tenido suficientes ganas de obligarme, sólo besos y

toqueteos. Todo esto me da tanto asco, las náuseas continúan, ¿mi vida será siempre así?

CAPÍTULO 26*. Nuevas relaciones*

Al llegar al aeropuerto lo encontré cerca del control de entrada. Hablaba por teléfono, no me gustaba su compañía, pero ese hombre trataba de mejorar, le importaba la hija que había abandonado, y yo estaba a favor de las segundas oportunidades: *—¿Qué tal?* —Bien, solo le informaba a mi esposa. *—¿Está casado?* —Sí, en abril cumplimos doce años, y tengo otra hija de diez. Juliana no lo sabe, pero Allie tiene muchas ganas de conocerla, y más Caroline; ella ha vivido todo este tormento conmigo. Asentí, me quedé mudo. Para Juls iba a ser una sorpresa enterarse que su padre había hecho otra vida, no quería que sufriera otra vez al verse desplazada de nuevo por una familia de la cual no formaba parte. Y, aunque está vez las dos hermanas compartían el primer apellido, no estaba seguro de cómo lo tomaría. *—Iremos por partes, primero que lo acepte a usted, y después vemos si le compartimos lo de la hermana y la madrastra. Ha sufrido bastante con su madre y su padrastro, con su exmarido, para darle la noticia de golpe.* —Como tú lo decidas.

Teníamos lugares separados. Me sentí aliviado, hasta que hizo negociaciones para sentarse a mi lado. —Quiero que me cuente de ella. *—No voy a hacerlo, eso no me compete, ni como abogado ni como alguien cercano.* —¿Estás enamorado de ella? No dije nada. —No tienes que contestarme, lo sé. Leo las emociones en el rostro, lo aprendí en el trabajo. Los ojos brillan cuando te refieres a ella; haces una mueca, casi imperceptible, al pensar que está con otro; tienes el ceño fruncido, y creo que es de preocupación. Sé que es el amor, lo vivo, tengo un buen matrimonio.

Al terminar, continúa: —Después de mi fracaso y mi huida, de pelear años por su custodia, me quedé sin dinero; tenía que irme. Me habían amenazado con hacerle daño y enviarla al internado. ¿Te puedes imaginar una niña de seis años en un internado?, sola, sin su madre. Esos cabrones, hijos de puta. *—¿Por eso desistió de la custodia?* —Me obligaron; ese Lemus siempre ha estado metido con la gente chueca. Me amenazaron, ya no tenía dinero ni trabajo. Se ocuparon de terminar con todo, temía por ella. Pensé que Astrid la

cuidaría, era su madre, ¡maldita sea!, ¡su madre! ¿Cómo pude enamorarme de una arpía interesada?, yo nunca tuve dinero. —Los ojos verdes le ayudan a uno a meterse en el mundillo de los ricos, era divertido, algo talentoso, desobligado; nos gustaba la aventura, la adrenalina; pero a ella le gustaba también el dinero y yo nunca tuve. Tenía una carrera exitosa como pintor, era maestro de arte, pero nada más. De todo eso se ocuparon: destrozarlo, acusaciones de acoso escolar, no era un santo, pero no era un violador, pagaron para terminar con mi reputación. Dejé de pintar, la tristeza es un fantasma que te invade, te quita la noción, la inspiración.

La aeromoza pasó con el carrito y nos sirvió un refresco. Yo aproveché para observar el paisaje por la ventana, había lluvia suave y el horizonte estaba totalmente gris. La señorita avanzó, y yo volví a mirarlo; no sabía si deseaba seguir escuchando o dormir. Tenía que recopilar información de ese hombre: era el único que me podía ayudar a encontrar a Juls. Se sirvió una botellita pequeñita de ron en el refresco y continuó: —Me fui como un perdedor, sin visa, sin nada, a Estados Unidos y un amigo me prestó un cuartucho en Brooklyn. Ahí conocí a Caroline. Era un ángel que acogía desamparados, y yo me sentía extraviado; me consiguió un lugar para pintar, una vieja bodega que tenía su padre. Cuando al fin pude hacer algo decente, lo convenció para exponerlo en la galería familiar; no era la más importante, pero era conocida en Brooklyn. Venían a comprar arte no tan caro como el de Manhattan; ahí volví al ruedo. Años más tarde, cuando ya estaba casado con su hija, mi suegro me dijo que había hecho crecer la popularidad de su galería y me hizo socio; después vino Allie.

Al platicarme de su pasado, sentí que la rabia aumentaba mientras más hablaba, hasta convertirse en una especie de furia. Apreté la quijada, cerré la boca a otros comentarios desagradables y me perdí en la ventana. La infancia de Juliana hubiera sido mejor si ese cobarde hubiera luchado por ella. *—No se le ocurra contarle de su hermosa familia. Ha vivido una tortura al lado de su madre y el idiota de su padrastro. No merece saber que pudo haber tenido otra opción de vida si su padre hubiera luchado por ella.* —Eso piensa…

—Sí, eso pienso. —No me puede juzgar. No sabe lo que es. Me persigue cada noche. Los recuerdos… la conciencia es la peor de las compañeras. Te desgarra el sueño y la oscuridad se vuelve interminable; te deja en carne viva, la herida en el pecho, el vacío y el cansancio. Existes a medias. ¡Carajo, abandoné a mi hija! De qué le servía un pobre diablo, un desgraciado e infeliz sin nada en que caerse muerto. *—De padre, no necesitaba más* —contesté de manera cínica. —Las amenazas constantes…, no se imagina lo que es, me quedé sin abogado defensor, iban con todo por mí… usted no tiene ni idea contra quién luchan; son unos ingenuos, están en la boca de un león.

Pasó su mano por la barba incipiente, desesperado, invadido por la angustia: —Por eso me quedé; sé que le fallé, ahora no lo haré. Y no voy a mentirle: tengo miedo por ella, por Caroline, por Allie y hasta por mí. Su mirada se perdió entre las nubes. Pero esta vez no pienso dejarla sola, y sé que en Nueva York ellas están más protegidas. Soy otro, ahora poseo otros medios, conexiones, dinero. *—No me diga, los malditos egoístas no cambian, yo tuve un padre así. Al principio, pensé que le debía una segunda oportunidad. Ahora no estoy seguro. Pero eso es algo que ella tiene que decidir. No sé ni cómo contactarla; dónde puede estar. Quizás le pesó más el dinero y los lujos que una vida sencilla.* —¿Contigo? *—Podría ser… conmigo. No tengo vergüenza, ni miedo al decirle que estoy enamorado de ella; haría todo lo que estuviera en mis manos por tenerla conmigo.* La bruma negra y oscura de la duda se cernió sobre mí. Mi quijada se comprimió en la boca, me provocó un dolor en el oído, que me hizo poner la mano en mi oreja. —No dude de ella, no dude de ese sentimiento que tienen. Mi amigo, el que tuvo la fortuna de comprar su cuadro, me dijo que parecía feliz, que lo veía con ojos de amor. Y ese cuadro que pintó, ese fucsia, ese era amor; por la nueva vida, por usted. No sé la causa, pero ella está enamorada; lo percibo a través de su obra. *—¿Vio la pintura?* —Claro, fui la segunda persona en admirarlo, me sentí orgulloso; ahora forma parte de mi colección, tiene talento, a veces pienso que parte de eso lo heredó de mí, algo

genético; después, me culpo de lo que me perdí y sé que ella ha logrado hacerlo todo sola.

Se acomodó en su asiento y limpió sus ojos con un pañuelo desechable. Tomó el último trago de su bebida y se recompuso. Instantes más tarde, continuó de manera casi inaudible: —Ellos… saben cómo hacer que las personas hagan lo que quieren, mueven sus hilos, dan mordidas, amenazan, desaparecen, son criminales. Ella lo tiene a usted, y me tiene a mí. Yo la voy a ayudar, como hace años debí hacerlo. —*No me haga reír, ¿cómo la va a ayudar?* —Ahora tengo contactos y van a caer, conozco a gente importante, influyente. Soy un pintor muy cotizado, vivo en Estados Unidos y eso me da entrada a políticos, a gente que trabaja en el gobierno. Ya no pueden amedrentarme como lo hicieron hace años, ya no. No voy a descansar hasta que estén tras las rejas y cumplan condena perpetua, aunque me lleve la vida en eso. Se lo debo a mi hija, me lo deben. El atardecer apareció, dibujado de tonos naranjas. Las nubes tomaban un color violeta y a lo lejos se percibía el azul del mar, como si el cielo tratara de infundirme un sentimiento esperanzador. La mirada de Ferrán estaba perdida al frente, lidiando con sus sentimientos de culpa. Si Juliana y yo volvíamos a estar juntos alguna vez, ese hombre también formaría parte de nuestra familia, porque los lazos de sangre existen, nunca desaparecen, lo queramos o no. Y, si no sanamos las heridas, perdonamos y avanzamos, los errores nos persiguen hasta que una generación tiene la capacidad de sanarlos, de romper y empezar de nuevo.

CAPÍTULO 27*. La fuerza del viento*

Mérida apareció ante nosotros con lluvia, un gris plomizo se mostraba tras las nubes y los vientos que movían el avión. La lluvia era suave pero constante, y el huracán cubría con sus vientos toda la Península. Me abroché el cinturón, mientras veía por la ventana. Era mucha la información que me había dado mi compañero de viaje y el instinto me decía que debía confiar, pero me costaba trabajo. Cuando se trataba de Juliana, no podía ser calculador, no podía poner la situación en la mesa de manera racional, para mí era algo personal. Ella formaba parte central de todo, la amaba, y eso le daba otro matiz. *—Rentaré un coche para llegar más pronto a Tulum, si quiere recoja su equipaje y lo veo en la salida. Yo solo cargo esta maleta.*

Me aparecí en la puerta de salida con un Jeep: era un todo terreno de los que solían rentar los turistas. *—Esto nos hará más fácil el acceso, no sé cómo encontraremos las carreteras. Me dijo la señorita de la agencia que la autopista está abierta, pero hay tramos en donde te desvían, tendremos que salirnos al monte.* Asintió. Tomamos camino.

La ruta era conocida pero las circunstancias eran distintas ahora. Las nubes seguían cubriendo la zona y el chipi chipi se estrellaba rítmicamente contra los cristales. Paramos a comprar una torta de cochinita. Mientras la disfrutamos, veíamos una alfombra de hojas caídas por el camino. *—He pensado que si estamos muy cansados podemos parar en Valladolid. Está casi a mitad del camino.* —Tú eres el experto, yo te sigo y vamos marcando el ritmo; si nos cansamos paramos, a ver qué nos plantea la tormenta.

La lluvia se fortaleció a medida que avanzábamos. Los parabrisas empañados por el exceso de humedad en el ambiente, las lluvias a veces nos hacían detenernos, nos desviaban por partes mal pavimentadas o simplemente por la selva devastada por la construcción del tren. El tiempo se hacía lento, me desorientaba y los árboles caídos cada vez eran más. El camino volvía de nuevo a ser curvilíneo, peligroso y lento. Disminuía la velocidad al mínimo

porque la visibilidad era casi nula, las entradas al monte por brechas eran continuas, había lodo, charcos y destrucción. —La carretera está solitaria. Dijo Ferrán. *—Solo unos cuantos locos, desesperados; salimos cuando el huracán todavía no ha terminado de atravesar la península. Entre más nos acerquemos más devastación encontraremos.* —¿Te han tocado varios? *—Sí, llevo años por acá. Siempre son una sorpresa; cambian su trayectoria a última hora. Por el momento, el ojo del huracán toca directo entre Playa y Tulum; los vientos se van a fortalecer.* Como predije, el mal tiempo se complicó mientras nos aproximábamos. Las nubes cada vez más densas, y la lluvia chocaba obstinada, tanto que hacía el recorrido cansado, llevaba ya casi 24 horas despierto y me encontraba agotado. Veía la luz borrosa de otros coches que se encontraban a lo lejos; mis párpados pesaban, tenía muchas horas sin dormir y la incertidumbre de no saber de ella y de mi madre me repiqueteaba el pecho. Estaba nervioso y, con las manos temblorosas a causa de la ansiedad, me aferraba al volante mientras las hojas de los árboles volaban y se estrellaban en el parabrisas.

El viento movía el Jeep, pero a lo lejos se vislumbró un tramo de carretera en mejor estado, sin brechas, sin obstáculos. Era el momento preciso para acelerar un poco; nos ahorraríamos unos minutos de esta lenta y desesperante travesía. Prendí la radio para ver si por asomo podía agarrar una estación que nos diera las últimas noticias, cuando por la selva apareció corriendo de manera sorpresiva un pequeño cervatillo. Tiré del volante, el automóvil giró sin control en la carretera solitaria, mi cabeza se estrelló en la ventana. Levanté mi cara aturdida, mientras la mano de Ferrán se aferraba a mi hombro: —¿Estás bien? *—Necesito descansar.* Observé la carretera, buscando el pequeño venado. —No le pegamos, logró escapar.

Cerré mis ojos mientras gemía con la cabeza recargada en el vidrio. —Muévete, yo manejo, dormimos en Valladolid y mañana retomamos.

Cuarenta minutos más tarde, paramos en Valladolid. Teníamos desgaste emocional y físico, la cabeza me retumbaba mientras las

extremidades se volvían como bultos. Si quería ayudarla, tenía que centrarme para pensar con calma y planear la próxima estrategia a seguir. Al tomar la desviación de la carretera principal, un anuncio promocional de la zona arqueológica de Tulum se encontraba a medio colgar, esperando el último esfuerzo del viento embravecido para volar totalmente. ¿Cómo habían logrado sobrevivir tanto tiempo las ruinas? Luchando en contra la erosión del viento, a través de las guerras y los temporales; la clave estaba en los cimientos. Yo contaba con ellos, eso me había hecho un sobreviviente. Esperaba que Juliana los tuviera para poder salir a flote y, de nuevo, tenerla entre mis brazos.

CAPÍTULO 28*. Noticias inquietantes*

Estamos interconectados por luces neón enrolladas, plantadas en el vacío, en la nada; cómo las obras de la artista coreana Jung Lee. La seguía por Instagram y, con frecuencia, me aparecían sus obras luminosas. En la vida sucede igual: un cableado conecta un circuito a la perfección, pero, por momentos, chispas casi incendiarias cortan la trasmisión eléctrica. Los problemas hacen que ya no fluya más la energía, de modo que debemos replantear una nueva conexión para poder volver a alimentar el circuito. En este momento mi existencia, estaba llena de chispas incendiarias y necesitaba recortar al máximo para poder funcionar, y ese corte al máximo se remontaba a todo. Debía centrarme en mí y en sobrevivir día a día; ahora ya no iba a pensar en lo que no podía tener, en lo que había perdido, en esa persona a la que me vi obligada a renunciar: había que dejar los recuerdos a un lado y enfocarme en el ahora, en levantarme de la cama y bañarme; en lo instantáneo. A Damián no le gustaba verme desarreglada y me ponía en riesgo de sufrir una agresión.

Las náuseas me perseguían, la gastritis hacía que la acidez subiera por el esófago, pero tenía que verme bien. Me estaba terminando de arreglar, cuando entró por la puerta. —*Vamos a cenar, el día está muy bien, ya no llueve tanto y los restaurantes del muelle están abiertos. Voy a hacer unos pendientes y te veo ahí.* —Solo quiero ir a comprar unas cosas a la farmacia, tengo gastritis. —*Está bien, que Juan te recoja mientras voy a mi cita, después te trae de regreso para que te arregles. Ve a comprar algo; quiero verte* sexy*; un vestido con un escote elegante, ¿de acuerdo? Me tiró una de sus tarjetas negras.* —Está bien. Le gustaba tener una muñeca a la cual presumir. Mientras no me pegara, me vestiría como a él le gustaba.

Me dejaron en el centro comercial de tiendas de lujo. Compré vestidos, ropa interior, pantalones, zapatos…, todo lo que necesitaba. Iba a firmar una cantidad desbocada de dinero en su tarjeta; si no le gustaba mi estilo, pagaría por uno más *chic*. Encontré un vestido negro y lo deslicé por mi cuerpo. La seda se sentía agradable al tacto, diferente a otras fibras sintéticas de la

tienda de Tulum. Con Damián todo era caro y suntuoso, no era que no me gustara… ¿quién no disfrutaba las cosas caras, bonitas, con texturas suaves y olores agradables? Pero ahora la belleza tenía otra perspectiva, no solo la del placer, sino la de esas pequeñas cosas que Cruz me enseñó a disfrutar. Me puse unas sandalias altas con brillos: sabía que se sentiría contento con la forma en que me presentaría ante él.

Salimos rumbo a la farmacia. Omeprazol, ibuprofeno. Al pasar por el pasillo de los tampones, pensé en comprar. Rebusqué en el teléfono la fecha de mi último sangrado; la azúcar descendió de manera tempestuosa. Tenía tantas preocupaciones y había vivido tantas cosas en pocos días que tenía 20 días de retraso. Mi cuerpo se agitó, tomé unos tampones para despistar al chico que me seguía y, a la hora de pagar, añadí a la cuenta sin que me viera, una prueba de embarazo que, rápido, escondí en mi bolsa. Salí corriendo con las otras cosas en la mano: *—¡Ya no dan bolsas en esta farmacia!* El chico que me seguía como sombra asintió tímido y al ver los tampones se volteó; estaba segura de que todo le informaban a mi esposo, hasta el sabor del chicle que me metía a la boca. Y, lo que me temía, era una información de la que nadie podía estar enterado.

Ya en la camioneta, meditabunda y preocupada, me convencía a mí misma de que no podía estar embarazada. El secreto agitaba mi corazón, creando un gran vacío. Si Damián se enteraba… podría matarme. Nunca aceptaría que estuviera embarazada de otro. No podía ser su hijo, de eso estaba segura, pues no me había tocado. Ese hijo era de Cruz, pero, en mi situación, tanto el bebé como yo corríamos peligro.

Me bajé del auto al *mall*. El chico iba a mi espalda, no me permitía ir a ningún lado, estaba apresada entre mi ex y ese guardia que me vigilaba. Entramos al restaurante en Puerto Cancún que tenía vistas a la marina y, en ese momento, mostraba un panorama gris, contenido y con unas nubes densas y cargadas. Al final del salón, con el restaurante casi vacío, en una discreta esquina había una mesa donde se encontraba hablando con otro hombre, vestido de marca, igual que él. Al verme llegar, se paró el compañero y Damián

lo hizo por compromiso. Yo mostré mi mejor sonrisa y me senté, coqueta, mostrando mis piernas cruzadas a través de la abertura del vestido. Damián aprovechó para poner su mano en mi muslo y seguir hablando en clave con ese hombre mientras la deslizaba en señal de pertenencia. Se dijeron frases como: «el negocio está listo, los puertos abiertos», «la mercancía preparada para su exportación». Giraban en torno a la mesa. Volví a la introspección; la mano ansiosa de mi exmarido amasaba mi pierna y, en ese momento, las náuseas volvieron y un temor agudo me invadió. El inexpresivo sufrimiento se atoraba en la garganta mientas las dudas me invadían. ¿Estaría de verdad embarazada? ¿Qué iba a hacer? Tenía que saberlo. —Damián, ahora vengo, voy al tocador.

Me encerré en el primer cubículo, ahí estaba segura, no entraría nadie. Me sentía sola otra vez, indefensa, temerosa. Me senté en el váter y mojé la tira plástica. Quería morder mis uñas, arrancarme los pedazos de carne pegada a ellas, jalar mi pelo, huir en la lluvia fuerte y tormentosa, escapar de mi realidad. Los minutos pasaron lentos y las dos rayas rosadas aparecieron.

Estaba embarazada.

La imagen del *test* de embarazo me atormentaba una y otra vez. Y no tenía ni idea de qué iba a hacer al respecto. Me senté en el baño y las lágrimas se soltaron, pasé la mano por los ojos y se llenaron de rímel. De golpe, la razón volvió. No podía sentir. Si él se enteraba, estaría en problemas. Respiré hondo, muy hondo, retomando a la fuerza la calma. Pronto mandaría a buscarme. Salí, me limpié el rostro y me retoqué el maquillaje con las manos temblorosas: tenía que volver a la mesa.

Caminé despacio, moviendo la cabellera que había peinado, las caderas bamboleaban y tenía esa sonrisa fría, rígida que siempre había hipnotizado a muchos. Me senté en la mesa a la vez que pedía una copa de champaña, la cual no bebí. Después, pedí un *carpaccio* de langosta y, para terminar, un mar y tierra. Nadie podía enterarse de la situación en la que me encontraba, tenía que fingir, disfrutar ese minuto de lujo, vestida con mi sonrisa: —Hoy te veo más brillante que nunca. —Me dijo el acompañante de Damián.— Tienes

un brillo en tus ojos que nunca había visto. —*Debe ser porque estamos muy enamorados.* Contestó rápidamente Damián. Escondí mi mirada en el horizonte del mar que se veía a lo lejos: —Yo siempre brillo —dije, coqueta.

Después de tomar café y digestivos decidieron que era tiempo de irnos. Me paré y me dirigí, airosa, rumbo a la salida cuando escuché que una voz de mujer me llamaba a lo lejos: —*¿Juls?* Roté mi cuerpo para encontrarme con Charmein y Elliot. Mis ojos se abrieron como platos y un par de lágrimas se desbordaron; el horror transformó mi rostro: —¿Los conozco? Charmein pudo dilucidar la zozobra en mis palabras. —*Creo que la confundimos.* Caminé siguiéndolo, con las rodillas tambaleantes, el cuerpo aletargado y la pesadez invadiéndome de tristeza. Al pasar, logré sentir el suave tacto de Charmein, como si mi grito silencioso hubiera llegado a sus oídos. La azúcar bajó hasta los suelos. Disimuladamente, centré mi vista en Damián, esperando que no se hubiera percatado de lo que acababa de suceder. Lo distraje, acercándome a él y enganchando mi brazo en su cintura, pero, al sentirme cerca, me separó con discreción, enfocando su conversación en torno a ese hombre que lo acompañaba. —*No te preocupes, Jones. El paquete será entregado como acordamos, tengo todo planeado. Vamos a continuar nuestra luna de miel en Miami, mañana mismo partimos.*

CAPÍTULO 29*. Una pequeña luz*

Reposé en la cama como si estuviera muerto, hueco. Añoraba su presencia, me deshidrataba con cada minuto que pasaba sin tener noticias de ella. La cabeza daba vueltas, y el simple hecho de respirar era un gran logro, el desánimo me embargaba. La lluviecilla chocaba en la ventana; podía ver cómo caía a través de la vegetación hasta resbalar al suelo y formar charcos. En la cama de al lado, dormía Ferrán, roncaba, y nunca un sonido me había parecido tan molesto e irritante. Pensé en contar respiraciones, recé un poco, y al final el sueño me invadió, casi sin darme cuenta, con la imagen de su cabello dorado en el subconsciente.

La vibración del teléfono me puso en alerta. Lo tomé y contesté; me sorprendí cuando vi que era Elliot: —*¿Elliot?* —Cruz, nos acabamos de cruzar con ella, la vimos anoche en un restaurante de la Marina de Puerto Cancún. Charmein la siguió, la vio entrar al hotel que se encuentra ahí mismo. Sin embargo, están por abrir los puertos, el peligro ya pasó y pronto podría partir. —*¡Gracias, Eliot!* —Suerte, amigo, la necesitarás. —*¿Cómo la viste?* —Rara, nerviosa*.*

Ferrán, se encontraba ya de pie a medio vestir: —Vamos por ella. Yo solo asentí, me alisté rápidamente y salimos a la carretera. —*Tendremos qué cambiar de ruta, nos iremos por la carretera que se dirige a Cancún para ahorrar tiempo.*

Eran apenas las 6 de la mañana. Paramos en la caseta de la autopista por un café y un bocadillo, retomamos camino. Manejaba rápido, al límite de lo posible; llegar pronto por ella era la prioridad, no podía volver a perder su rastro. —Estás demasiado nervioso, pero tenemos que idear un plan: no podemos llegar y, como cavernícolas, subirla al hombro y llevárnosla. Es un hotel de lujo, en el cual no nos permitirán la entrada con estas fachas. Damián tiene gente, están armados, no viajan solos. —*Tienes razón, pero ahora no carbura mi cabeza, solo pienso en verla, quiero tener la certeza de que está bien. Si la ha tocado… te juro que lo mato, no me importa morirme en el camino o terminar en la cárcel.* —De verdad estás enamorado

de ella. No creí que tanto, siempre te veía tan contenido. Yo tengo algunas ideas.

Después de dos horas estábamos en Cancún; el caos del centro de la Ciudad me alteraba, pero yo era el local, por lo que tomé la conducción del coche otra vez. En Puerto Cancún, desde que entramos al camino de concreto, parecía que estábamos en otro país. Era la parte nueva de la ciudad, la que atraía más inversión. Los constructores habían destruido el manglar para rellenar el terreno y desarrollar centros comerciales y edificios de departamentos con muelles privados. El hotel donde la había visto Charmein se ubicaba en la parte norte. Nos estacionamos cerca de una nueva torre: desde ahí tendríamos vista completa. Ferrán se bajó a dar una vuelta por la marina, buscando el yate, mientras yo vigilaba en el automóvil las entradas y salidas. Minutos después me marcó. —El yate sigue estacionado, no se han ido. *—¿Cómo sabes?* —No son muy discretos y el nombre del yate es muy elocuente: Juliana*.* Sentí que el cuerpo me hervía, quería salir, tocar en la puerta y meterle un par de golpes al idiota ese. *—Por acá tampoco han salido.* —Calma, no te enojes, nada ganas con eso, los celos no ayudan.

Ferrán regresó al auto y esperamos un par de horas. Los minutos pasaron lentos, yo trataba de controlar la ansiedad, no quería hablar. Ferrán me preguntaba sobre Juliana y disfruté hablarle de ella; me daba una sensación de tranquilidad. Cuando la charla se volvía más amena, la vimos salir. Iba con él, como siempre, perfecta, con un atuendo en crudo. Su cabello dorado ondeaba con la misma elegancia que sus movimientos. Parecía estar bien, pero sus ojos no brillaban y su sonrisa era fingida; había aprendido a reconocerla.

Encendí el automóvil, y seguimos de lejos a la camioneta negra blindada. Tomaron la avenida Bonampak, doblaron en la López Portillo para después dirigirse a la pequeña carretera costera a Puerto Juárez. Pasamos bordeando el mar, las palapas de venta de mariscos a la orilla de la playa a esta hora se encontraban vacías. Entraron a una casa con muelle privado, el portón se abrió, las cámaras y los guardias de seguridad tenían cubierto el cuadrante.

Nos estacionamos a cierta distancia, pendientes de su salida; el único acceso era por el agua, por lo que decidimos mejor esperar.

Aguardábamos en silencio, mirando el horizonte. La vista de Ferrán se perdía en la nada, después de unos minutos habló: —Cada vez que la veo recuerdo ese cuadro de Botticelli, *El nacimiento de Venus*: sus ojos tristes y su cabello ondeando me la recuerdan. La modelo fue Simonetta Vespucci, la mujer más bella del Renacimiento, y él siempre estuvo enamorado de ella, por eso la pintó, aunque ella estaba casada con Marco Vespucci, sobrino de Américo, el cartógrafo. —El hecho de que me platicara esa triste historia de amor hizo que mi rostro se endureciera; me sentía frustrado. —Murió joven, él no la pudo olvidar nunca, fue enterrado a los pies de ella. Tenemos que rescatarla de las manos de ese cabrón, defenderla; Cruz, me tienes que ayudar, no puedo perderla otra vez. Su voz se convirtió al final en un susurro aullado que se expresaba entre lágrimas reprimidas. Al escucharlo, la furia y la impotencia desaparecieron, dando paso a un sentimiento de lealtad, callé, rumiando el dolor.

Después, solo dije: *—Todo va a estar bien, la vamos a recuperar.*

Los minutos seguían su ritmo, se hacían largos y nosotros nerviosos: —Estos se traen un negocio entre manos, no vino solo por ella, ella solo ha de ser un medio, una pantalla —dijo Ferrán: —Voy a hacer unas llamadas, a ver si podemos conseguir ayuda.

Una hora más tarde salieron, los vidrios polarizados no nos dejaban distinguir a los pasajeros, pero algo intuí, por lo que le dije a Ferrán: *—Juliana va en la camioneta*. —Sigámoslos*.* Encendí rápidamente el coche, no podía perderlos.

CAPÍTULO 30*. Desatando el nudo*

Logré salir de ahí. Ese hombre me erizaba la piel con solo posar su mirada, sus guardias, su casa pretenciosa y llena de lujo. Había aprendido con Cruz a fijarme en los detalles, las cosas que antes me pasaban desapercibidas. No querían que oyera lo que estaban negociando, deshacerse de mí le cayó como anillo al dedo. No me dejó salir sola, sabía que tendría al chofer y al custodio que me acompañaban siempre, pero al menos lejos de ese hombre que me veía como un pedazo de carne.

Necesitaba un lugar de paz para pensar, hacer un plan, ¿escapar?, ¿abortar?, ¿seguir ahí? Miles de dudas me invadían la cabeza, embotándome. Quería a Cruz y a Lola, con sus consejos. Ella no dejaría que matara a su nieto, nunca; si lo hacía, Cruz seguramente me odiaría. Él era provida, trabajaba con mujeres violadas y les ayudaban a tener a sus hijos, cuidarlos o entregarlos en adopción, pero no a abortar; en su vocabulario, la palabra estaba vetada. Una idea llegó como *flash*: Lola siempre hablaba del Santuario más bonito que había visto, de cómo dejaban ahí las personas sus sufrimientos: —Quiero ir al Santuario de María desatadora de nudos, necesito rezar un poco.

Al llegar, un sentimiento de paz me invadió: la imagen hermosa de esa Virgen con un cordón en sus manos me trasmitió calma. El silencio prevalecía, no era hora de misa, por lo que solo había algún que otro fiel rezando. Yo también lo hice: me senté y oré. No sabía ninguna plegaria, nunca había sido practicante y menos había asistido al catecismo, pero pedí con la sencillez de una oración de niña. La intranquilidad empezó a desaparecer lentamente, mi respiración se hizo acompasada, la ansiedad se fue y dio pie a una inexplicable serenidad en medio de un mar alebrestado de dudas. Ahí todo era calma, sosiego, esperanza. Oraba, pidiendo fortaleza y sabiduría, mientras mis ojos se detenían en los brazos amorosos de esa María que tejía el cordón. Sin darme cuenta de cómo, supe cuál era el camino. Mi interior tenía la certeza de ese corazón palpitante

dentro de mí, y yo tenía la fuerza que se necesitaba para luchar por él y por su vida.

Los guardias charlaban en la entrada. Mientras tanto, yo tomé un listón de esos donde la gente escribía peticiones: mi corazón sabía exactamente cuál era mi súplica. Caminé un poco en busca del lugar perfecto, miles de anhelos cubrían los árboles, los caminos y la pequeña capilla. Era un lugar de meditación, de paz; nunca había vivido un sentimiento igual, la esperanza y la fe tomadas de la mano por las silenciosas veredas pintadas de blanco, repletas de amarres con miles de peticiones por las que otras personas oraban. Quería atar mi plegaria en manos de esa Madre que hoy tomaba como sustituta. Me llenaba de anhelos, de una naciente esperanza, caminé lenta entre las veredas de listones, los árboles con sus troncos blancos forrados de peticiones, de ruegos, de personas desesperadas al igual que yo, que dejaban ahí, en manos de esa Virgen piadosa, sus preocupaciones. Ante mí, apareció un árbol, huérfano, delgado, frágil; tomé el listón mientras pasaba los dedos ajustando mi petición, ese milagro, esa respuesta a mi corazón afligido. Cuando terminaba de amarrarlo, una mano me jaló con fuerza y me escondió detrás de la cortina de peticiones que se encontraba a tras de mi frágil árbol, la otra tapo mi boca con suavidad, impidiendo cualquier leve sollozo. Un abrazo tibio me acunó y un olor conocido desató mis lágrimas.

Sus ojos negros, sin palabras, me trasmitieron esa certeza por la que pedía: todo estaría bien. ¡Gracias, María Desata Nudos! Nuestros cuerpos estaban pegados, los alientos se mezclaban, el lugar era estrechísimo, pero nos ocultaba de la gente: nadie podía encontrarnos ahí. —*¿Qué le pediste?* —me susurró, despacito, con su boca junto a la mía. —Por nuestro hijo, estoy embarazada. Sus ojos se abrieron de sorpresa, después se inundaron de lágrimas y, a través de su tacto, pude notar el sentimiento que lo embargaba. Me besó con ternura, como si la noticia que acababa de oír fuera lo mejor que le hubiera pasado en la vida y yo un tesoro al cual protegería. Me separé un poco para preguntarle cómo me había encontrado cuando me tapó la boca. Los guardias acababan de

pasar muy cerca, estaban justo al otro lado de la cortina de peticiones que nos escondía; el teléfono sonó y uno de ellos contestó: —Jefe, no nos podemos ir, se ha esfumado; tenemos un rato buscándola, es como si se la hubiera tragado la selva y no la encontramos; no se vio con nadie, se fue sola, rezó un poco y después se fue a anudar una petición, pero desapareció. Escuchamos reclamos por el teléfono; después, el guardia de seguridad le dijo al chofer: —Que nos regresemos, necesitamos encontrar otra pantalla, hoy salimos para hacer la entrega en Miami. Los vimos irse.

Seguimos ahí unos veinte minutos. Se sentía bien estar en brazos de Cruz; lo demás no me importaba. Sentir sus palpitaciones, su respiración…, estábamos juntos y eso me bastaba. Minutos más tarde, escapábamos en un Jeep por la parte de atrás del santuario y, esperándonos, estaba mi padre. —¿Qué hace él aquí? —*Me ha ayudado a encontrarte. Merece que lo escuches.* Al llegar ahí, me abrazó, lo escuché sollozar. Había tantas cosas buenas en este momento, que no quería entrar en disputa. Cruz, con alegría, le dijo: —*¡Felicidades, Ferrán!, vas a ser abuelo.* Un beso me sorprendió ante la mirada atenta de mi padre y sonreímos todos; la vida cambia su curso en milésimas de segundo, ahora me sentía plena y segura.

Ya en el coche, Cruz dijo: —*Los escuchamos hablar: hoy por la noche parten a Miami y llevan un cargamento que tienen que entregar. Nosotros tenemos que desaparecer un tiempo. Ahora lo más importante es Juliana: no la voy a poner en peligro. Necesito que nos dejes en la estación de camiones. Pasaremos más desapercibidos como turistas; ya en Tulum tengo amigos y sé cómo escondernos un tiempo hasta que se calmen las aguas.* —Me parece bien, Cruz, yo me voy a quedar unos días aquí y confirmaré la información; necesito que los atrapen con la mercancía en las manos en territorio estadounidense, para que puedan llegar hasta las cabecillas. —*Está bien.* —Mantendremos el contacto. —*Si, no te preocupes, yo cuidaré de ella.* Sus ojos adquirieron un carisma suave con el que me miró, sentí nervios: —Estoy aquí, lo saben, ¿verdad?

—Te contaré todo en el camino a Tulum; ahora tenemos que separarnos para que no nos encuentren.

Llegamos a la estación, mi padre me abrazó sin permiso: —¡Perdóname, hija! No estuve cuando me necesitaste, fui un cobarde. Los dos lloramos, se volvió a abrir una herida que pensé cerrada, pero ahora no lloraba sola: tenía a Cruz, y él borraba cualquier sentimiento de orfandad.

CAPÍTULO 31. *Las personas que se quedan*

Las ideas chocaban con los sentimientos en mi cabeza. La de ser padre le daba a todo una perspectiva nueva. No podía creer que en unos meses un pequeño ser, que era parte mío y parte de ella, estaría con nosotros. Una alegría, mezclada con inseguridad, me embargaba. Tenía una prioridad: Juliana y ese bebé; protegerlos a toda costa.

Al llegar a la estación, compré los boletos mientras Juls se despedía de su padre. Cuando regresó conmigo, me abrazó, y en ese momento la percibí tan frágil pero, al mismo tiempo, tan llena de luz que se sentía bien tenerla acurrucada. Nombraron nuestra corrida, agradecimos el aire a condicionado, pero, al sentarme, recordé el momento en el que tuvimos que huir de Chihuahua mi madre y yo. El olor característico del autobús, la sensación, reviví el sentimiento; imaginé la lucha en la que se debatía mi madre al escapar, sufría por mí, al igual que yo por Juliana. La preocupación me carcomía: de no ser suficiente, de no ser capaz de defenderlos, a ella y al bebé. Mi ceño se frunció y un punzante dolor de cabeza taladró la parte izquierda: —¿Qué pasa?, estás nervioso. Le acaricié el cabello: era muy suave, olía a limón. *—Nada, todo saldrá bien, no te preocupes, ya estamos juntos y es lo único que importa.* Me besó, juntó su frente a la mía: —Estamos juntos, podremos con todo. Quería darle un poco de paz, esa que yo no tenía.

Ya en la carretera le pregunté:*—¿Por qué te fuiste con Damián?* —Me amenazó con lastimar a Lola; no podía permitirlo. Pero cuando me enteré del embarazo, no supe qué hacer, pues estaba en riesgo mi vida y no me importaba; pero todo cambió con la noticia del bebé. Dudé. *—Mi madre está con Juan Diego. No tenías que preocuparte por ella. Ahora no te voy a dejar, nada les puede pasar. Te quiero, ¿lo sabes?* Nos abrazamos y minutos después se quedó dormida, con la cabeza recostada en mi hombro. Yo aproveché para enviar unos mensajes; tenía que conseguir un lugar donde quedarnos por un tiempo, alejarla de todo ese mundo, de ese

cabrón que había arruinado su vida y que seguía molestándola; al menos hasta tener noticias de Ferrán.

Antes de llegar a Tulum el camión se detuvo en Pamuul, un tráiler *park* de jubilados que se encontraba entre Playa y Tulum. Mike nos había conseguido la casa de un gringo que estaba de vacaciones en Minnesota y lo tendríamos por un tiempo. Yo lo agradecí. Llegar ahí era algo sensacional, uno de los pocos lugares todavía vírgenes en la Riviera Maya. Nos paramos, tomados de la mano junto al mar. Se veía claro, las nubes del huracán se estaban despejando y la humedad se hacía enfadosa; los lugareños trabajaban, limpiando hojas de las palmeras que se habían caído a causa de los fuertes vientos; otros quitaban las maderas que habían instalado en las ventanas para que no se rompieran los cristales. La casa que nos había conseguido Mike era todavía más pequeña que el estudio de Tulum. Consistía básicamente en un tráiler al que le habían anexado un par de construcciones, estaba sucio por la tormenta, pero el sol brillaba a lo lejos y el atardecer empezaba a llenar de colorido el horizonte. La jalé de la mano y caminamos, llevé sus dedos a mis labios: *—Estamos juntos, los tres, y eso es lo más importante, lo demás lo solucionaremos.* A lo lejos escuché que alguien nos llamaba. Era Mike y Mariana.

Llegó y abrazó con cariño a Juliana. Sabía que lo hacía por nuestra amistad, pero cuando Mariana se acercó y la miró con ojos de pistola, me inquieté. Después, solamente le soltó a Juliana: —Te la bañaste, nos asustaste de muerte, al menos nos hubieras hecho una seña. Luego la abrazó. —No te preocupes, ya nos contó todo Cruz. Te perdono, pero me tendrás que hacer uno de esos cuadros de mariposas tuyos, mi casa está muy desabrida. Juliana sonrió y la abrazó también; que la aceptaran significaba mucho. —Trajimos las cosas que dejaste en casa; al menos, tendrás algo más de ropa. Mañana me doy una vuelta por el estudio y, si veo el campo libre, les traigo más. No se preocupen, no me vuelven a aplicar esa de que me siguen —dijo Mariana. *—También trajimos algo de comer y artículos de limpieza, aunque sea para unos días. Tu madre me dejó*

las llaves de su coche, si quieres mañana vamos por él —añadió Mike.

Al abrir la puerta del lugar, escapó el olor a humedad. —¡Qué olor! —dijo Juliana mientras estornudaba. *—Sí, abramos puertas y ventanas para airear. Es desagradable. ¿Tienes alergia a los ácaros?* —No sé, creo que sí. —Tenemos que ayudarles a limpiar, Mike, esto está hecho un desastre, no pueden dormir así —replicó Mariana. Mike solo asintió y nos pusimos manos a la obra. En un par de horas, la pequeña casa se veía mejor. —Cocinaré algo de pasta —dijo Juliana, sorprendiéndonos. —Yo te ayudo. Le insistió Mariana y yo repuse: *—Nosotros nos sentaremos en la terraza para no estorbar.* Tomé dos cervezas y salimos del minúsculo estudio. Afuera, Mike se acercó, secreteándome: —No sé si tu princesa pueda adaptarse a esto, es más no sé si Mariana lo haría. Nunca pensé que John viviera de manera tan sencilla. *—No le importará, estamos juntos.* Cenamos y charlamos, escuchando el mar a lo lejos. No eran amigos de Juliana, pero, al menos, se sentía un ambiente relajado y disperso. Yo necesitaba eso: ella estaba en mi vida para quedarse y para mí era importante que la aceptaran todos mis amigos. La única que me causaba incertidumbre era Alía.

CAPÍTULO 32*. Sanando heridas*

Avanzar cuando tienes a alguien que jala de tu mano es más fácil. El cuerpo es el primero que lo hace, se deja llevar. Después, viene el proceso más difícil: liberar todas las heridas profundas y dolorosas, como la furia, autocompasión, inseguridad, odio, temor, envidia y tristeza. Es un proceso de duelo y hay que atravesarlo para poder vivir plenamente y, después, dar cabida al amor, la confianza, la creatividad, enfocarnos de manera diferente a las situaciones y lograr la paz.

Experimenté tantos sentimientos en estos meses de transformación que me vino bien el aislamiento: era una necesidad para mí y para Cruz. El bebé era una ilusión que le cambiaba de rumbo a todo lo que dábamos por hecho. Nos encerramos en nuestra felicidad, con nuestros trabajos. Yo aprovechaba los días soleados frente al mar para salir a pintar. Él se sentaba en la computadora a trabajar desde lejos. Iñaqui lo entendió, guardó nuestro secreto y permitió que Cruz dejara los asuntos de la ciudad a su asistente mientras él, solucionaba asuntos desde acá, hacía y revisaba escritos.

Era un tiempo para nosotros, para enamorarnos lentamente, para procesar los sentimientos que surgían a borbotones, para amar la cotidianidad y acostumbrarnos como pareja y como padres de un nuevo ser. Casi no salíamos, si acaso al súper y algún otro lugar, los cuadros los mandaba con un chico que trabajaba en el hotel de Pamuul y Claire me enviaba de regreso material para seguir produciendo. Eran pocas las cosas que podía hacer por lo que era productiva, me perdía entre colores todo el día. Quería juntar dinero para el nacimiento. Nunca más dependería de un hombre, y a mi hijo no le faltaría nada: —*Tienes que descansar.* —No puedo, necesito tener suficientes para cuando nazca el bebé. —*Sabes que no les va a faltar nada, ni a ti ni al bebé. También es mi hijo y aquí estoy.* Lo decía con un dejo de dolor en las palabras. —Lo sé Cruz, pero me prometí a mí misma que nunca más dependería de alguien para vivir; no como lo hizo mi madre. Es algo que necesito, lograr la independencia económica. No decía más, podía ver algunas

recriminaciones ocultas en sus ojos negros, en el silencio de su abrazo, como si temiera perderme, y después masajeaba mis pies, que se empezaban a hinchar. *—Ya me consiguieron la cita con el ginecólogo. Iremos a Cancún, ahí están los mejores.* —Muy bien. *— También he buscado una casa para nosotros.* Yo solo guardaba silencio y seguía pintando.

Todos cargamos una maleta; las vivencias dejan huella en cómo enfrentamos la vida. Todas son diferentes y nos hacen percibir de manera distinta las situaciones. Yo necesitaba aprender a protegerme y él quería protegernos, sin percatarse de que, al hacerlo, me coartaba otra vez la libertad. Después de las charlas incómodas, olvidábamos esas conversaciones que nos lastimaban y cenábamos o veíamos la televisión abrazados, mientras fingíamos olvidar las diferencias y engañábamos al amor.

Un día llegó contento, había salido a hacer pendientes. Tenía en sus manos dos grandes cajas de regalo: una en tono amarillo y otra en tono rosa. —¿Y eso? *—Es el primer regalo para nuestro hijo, y el otro es para el bautizo de Emilia. —¿*Emilia?, ¿la hija de Alía? *—Sí, mañana es el bautizo y estamos invitados.* —Ve tú. Será incómodo para todos que yo vaya. *—No, si no vas tú, no voy yo. Estamos juntos, ¿no?* Asentí. —Pero no creo ser bien recibida*. —Si lo serás. Y si no fuera así… yo tampoco formo parte. Además, es algo pequeño, por eso lo hicieron acá, para que solo asistan los más cercanos. Ahí estarán Mia, Ernesto, Mike, Mariana, todos.* No quise discutir, eran situaciones a las que me tendría que enfrentar, y no pensaba predisponerme. Mejor tomé el regalo envuelto de amarillo; era un móvil de colores que tenía ositos, gatitos y conejos; giraba con una música lenta y melodiosa; las imágenes iluminaban el techo del pequeño tráiler y el sonido relajante tranquilizaba a cualquiera. Nos tumbamos, veíamos desde la cama el colorido proyectado en el techo y las paredes. Me relajé, estaba cansada, algo recurrente por mi estado. Mis párpados pesaban; los cerré lentamente en los brazos de Cruz, entre sus besos lentos y suaves. A lo lejos, escuché su voz: *—Así es amor, descansa, no tienes nada que temer, yo siempre voy a estar para protegerlos, cuidándote a ti y al bebé.*

CAPÍTULO 33*. Amanecer*

Sentí una avalancha de besos recorrerme, mis ojos se abrieron perezosos y la silueta de Juliana apareció enmarcada por un tímido amanecer, se veía hermosa. Me cubrió con la cortina de su cabello acariciando mi pecho lentamente, deslizando su mano cada vez más abajo. Besé su boca, mientras mis manos la recorrían, navegaba entre olas de pasión, un viaje de dedos y manos. Se las atrapé con las mías, entrelazadas. Nos compenetrábamos en una entrega mutua, sublime, danzante, expresándose más allá de la barrera de nuestros cuerpos, sellando así un pacto sin palabras, de pertenencia mutua.

Después, aun con la respiración agitada, sonriendo como un estúpido le dije: —*Fue un excelente despertar, creo que, si lo sigues haciendo, voy a creer que tengo poderes de superhéroe.* Sonrió, se levantó, descarada, moviéndose de esa manera que me volvía un loco, su silueta ya mostraba un pequeño y abultado abdomen. Pasó al baño, y yo me quedé reposando la turbulencia de emociones que acababan de revolcarme. A lo lejos, se veía el horizonte, el sol ya estaba más arriba, el mar parecía tranquilo, meciéndose; era una fotografía perfecta para un día perfecto. Al poco rato, llegó, cubierta solo con una bata y con una taza de café en la mano: —Esto es para que agarres fuerza: no sabemos a lo que nos vamos a enfrentar en el bautizo. La jalé de la mano y la volví a besar con frenesí. —Deja, si no, no vamos a poder llegar a la iglesia. —*No me importa* —dije con una voz enronquecida. La pasión se respiraba por todos los poros de nuestra piel en el pequeño e improvisado estudio.

Llegamos tarde a la iglesia, como lo predijo; sin embargo, la energía se emanaba de nuestros cuerpos. Sonreíamos cómplices, recordando los momentos que nos habían retrasado. Al llegar a casa de Alía y Santiago, el ajetreo nos distrajo. La puerta que daba al jardín estaba abierta, por ahí pasaban meseros y personas del *catering* que llevaban moldes con comida. Juliana estaba nerviosa, temerosa; volvía a sentir la fragilidad que había olvidado hace unas horas, sus manos frías se anclaron en las mías. Yo aproveché para

besarle el lóbulo de la oreja y distraerla: —*No dejo de pensar en esta mañana.* Ella se sonrojó, cuando la imagen de Iñaqui nos sorprendió: —¡Cruz, llegaste! ¡Hola, Juliana! Se detuvo un momento para besarla y darme un abrazo. —Creo que los chicos están en la cocina con la niña, pasen. —*Gracias.*

Al entrar a la casa, todos estaban en torno al bebé: Mia, Ernesto, Mariana, Mike, Santiago y Alía. Al vernos entrar, el silencio lo acaparó todo. Nos miraban, dudosos; Alía, que tenía en sus brazos al bebé, se lo tendió amorosamente a su marido y caminó hacia mí. —Cruz, vinieron, qué bueno; me da mucha alegría. Me abrazó, como lo hacía ella: con generosidad, amabilidad y aceptación; sin rencores, sin recuerdos dolorosos. En ese momento, supe que todo estaría bien. —*Trajimos esto para Emilia.* —Gracias, estoy segura de que nos encantará, pero mi mejor regalo es que ustedes estén aquí. Después, abrazó a Juliana suavemente. Ella endureció su postura, no estaba acostumbrada a las muestras de afecto, es más, creo que las odiaba. Alía se volvió con Juliana y le dijo: —Juls, ¿podrías ayudarme con el regalo? Vamos a llevarlo a la habitación, al igual que a esta niña, que ya tiene sueño. El ambiente se tornó normal. Santiago le tendió a la bebé de vuelta y todos retomaron la conversación amigable. Yo me escusé para ir al baño, pero las seguí.

En la habitación vi cómo Alía dejaba a la niña dormida en la cuna, después se acercó a Juliana y la tomó de las manos. —Gracias por estar aquí, sé que puede ser incómodo para ti. Para mí no lo es, para todos ya eres familia. Cruz es como un hermano, y él te ama, y eso significa mucho para nosotros. Tú y ese bebé son parte ya de nuestra familia. Espero que no te enojes que me lo haya confiado mi papá; en casa casi no tenemos secretos y yo logro sacarle siempre toda la información. Pero seré discreta y no diré nada hasta que ustedes estén preparados. Me hacen muy feliz los niños, son bendiciones para las familias, aunque a veces los hombres no se percaten; cuando los tienen en sus brazos se vuelven unos ositos protectores. Juliana se limpió las lágrimas. Quería abrazarla, pero sabía que tenía que dejarlas solas. Ella estaría bien, por lo que regresé al salón.

Santiago me recibió con una cerveza. —Te ves bien, Cruz, me da gusto; no sé, te percibo diferente. Siempre estas alegre, pero ahora te veo mejor. —*Gracias.* —También a ella, la veo cambiada, como en paz, se nota; me alegro por ustedes. Nos dimos un fuerte abrazo. Éramos familia, después de todo.

Era tiempo de festejar. Comimos, brindamos, bailamos y cantamos. El futuro brillaba para nosotros mientras abrazaba a esa princesa de ojos verdes al ritmo de la música. Me tenía loco de amor conforme se mecía lentamente, sonriéndome relajada. Yo solo me quedaba congelado como un monigote en sus brazos, inmóvil, cautivado*: —Te amo, Juliana Palacios.* —¿Por qué no nos escapamos al refugio? Se me ocurren muchas cosas divertidas para terminar con broche de oro el día. Me tentaba, solo con una caricia de sus manos. Me convenció. —*Vamos, pero no hay que despedirnos, solo escaparnos*.

Caminamos con prisa. Solo al subir al automóvil nos besamos como dos adolescentes, desesperados, aceleré el ritmo y, antes de llegar a la puerta, ya me había arrancado la camisa y yo le había subido el vestido.

CAPÍTULO 34*. Vida*

Un espermatozoide listo, rápido, más que los demás, viaja y deja a otros 300 millones en el camino, lucha con fuerza para fecundar al óvulo y solo uno consigue romper la corona radiada y penetrar en la barrera de la zona pelúcida. Al lograrlo, se fusiona con la membrana plasmática del óvulo fecundándolo; unidos se hacen fuertes, gruesos, para evitar que otro espermatozoide los invada. Simultáneamente, trabajan a mil por hora, multiplican sus cromosomas para llegar a 23 cada uno, 46 en total. Avanzan, siendo uno mismo, cargados de información genética hasta el útero, donde se implantan en esa cavidad tibia, mullida y gruesa. A las 24 horas de la fecundación, el zigoto se divide en múltiples células para formarse, las células se multiplican con rapidez a la segunda semana y van adquiriendo una función específica: nervios, piel, páncreas, aparato digestivo; a partir de la sexta semana ya palpita su corazón. Mi bebé ya tenía 6 semanas.

Escuché de fondo la voz del doctor mientras mi cerebro se estaciona en el sonido de los latidos en la ecografía. Una mancha negra se expandía en la pantalla y una pequeña luz blanca se movía, *pum pum pum pum.* Cruz estrechaba mi mano, nervioso, con ojos emocionados. —Los signos vitales de los dos suenan bien, y en el ultrasonido todo parece correcto: el embarazo va perfectamente bien. Una lucha interior inició, ese pequeño ser vivía en mi vientre, formado por nosotros, pero ¿qué éramos nosotros? Un miedo me invadió: ¿cómo iba a cuidar de un bebé si no sabía cómo se hacía?, mis pulsaciones se aceleraron, las manos sudorosas y mi rostro palideció. El doctor lo percibió: —¿Estás bien? Bebe un poco de agua —dijo tendiéndome una botella. Cruz me estrechó fuerte la mano mientras me escribían una receta con los suplementos que debía tomar.

Al salir del consultorio, fuimos a un café, donde Santiago nos iba a recoger. Cruz salía al aeropuerto con Iñaqui y yo volvería con él y me llevaría a casa. Pedimos un par de bebidas, yo un *cappuccino* y él un americano. Cuando nos sentamos, aprovechó para hablarme; estaba

emocionado, la felicidad se mostraba en el brillo de sus ojos. —*Es una pasada, ¿escuchaste su corazón? Late fuertísimo, está trabajando a mil por hora para convertirse en un bebé sano; quiero llegar a México para hablarle a mi mamá, necesita saberlo, se va a emocionar muchísimo.* Mi rostro palideció. —No lo sé, Cruz, no es tiempo de que le digas a tu mamá, es pronto. —*¿Por qué?* —Estoy temerosa, abrumada, no sé si seré una buena mamá o si es el momento indicado. No estamos casados, me acabo de divorciar, son muchas cosas. La camioneta de Santiago apareció, sonando el claxon. Me levanté de forma automática mientras Cruz me jaló, acunó mi rostro con sus manos: —*¡Todo va a estar bien, amor!, ¡todo va a estar bien!* Después, me besó con ternura en los labios. Dejó un billete en la mesa y nos acercamos al automóvil al tiempo que Santiago gritaba: —¡Vamos, tortolitos, que llegamos tarde!

No pudimos hablar, yo me sentía mareada de sensaciones. Cruz sonreía fingidamente, charlando con Iñaqui del asunto que tenían que resolver en la ciudad. Al bajar en el aeropuerto, nos besamos y me dijo al oído: —*No olvides que te amo*. Una lágrima se escapó de mi rostro, la limpió con el pulgar y se fueron. Cuando iba de regreso a la camioneta, Santiago me animó: —*Regresan en tres días. Sobrevivirás.* No pude más, la bomba de sentimientos y hormonas jugaba conmigo. ¿Cómo estaba segura de poder tener un bebé si no podía cuidar ni de mí misma? El llanto vino desesperado, las lágrimas no paraban. Era un desastre: sollozaba frente a la entrada del aeropuerto, los taxis pitando, los automóviles queriendo estacionarse para dejar pasaje y yo me sentía acabada.

Santiago, nervioso por la situación, se acercó a mí y me abrazó, brindándome consuelo: —*Todo va a estar bien, Juls, en unos días vuelve, y todo se va a acomodar. Aquí estoy yo por si quieres hablar, tranquila.* Mi rostro se escondió en su hombro, recordaba su olor, pero yo no sentía lo mismo, ya no era la misma. —*Has cambiado, Juls, te veo bien, confía en ti y en él.* Logró sacarme una sonrisa cuando sentí un escalofrío recorriéndome. Cruz, a dos metros de distancia, nos veía con la mirada matadora. Nunca lo había visto de esa manera. Se acercó lentamente como un depredador. Mi rostro,

lloroso, expectante, me sentía culpable, Santiago abrió sus brazos, me soltó y se zafó del conflicto.

—No hay nada, Cruz, no pienses cosas que no son.

—No pienso nada. Juliana, ten las llaves, se me olvidó dártelas antes.

Se fue enojado, confundido y celoso. Yo me quedé con el corazón roto y una tristeza inmensa e incontrolable. En el automóvil, ya más tranquila, saqué la imagen que me había dado el doctor del ultrasonido.

CAPÍTULO 35*. Duda*

Era difícil retomar los viajes con Juliana en mi vida; siempre que me subía a los aviones había una incertidumbre causada por ella que me preocupaba. Resolvía cosas desde Pamuul, pero había otras negociaciones que necesitaba ver en persona, no podía dejarlas en manos de otros. En esta ocasión, a la angustia se sumaban los celos, ¿cómo podía estar sucediendo lo mismo que años atrás?, ¿cómo Santiago, con su carita y su encanto, volvía a hacerme sentir un estúpido? Cerraba los puños mientras tomaba un tequila que le había ordenado a la sobrecargo.

Iñaqui, a mi lado, venía ocupado leyendo unos contratos que le había pasado en cuanto nos subimos al avión. No quería hablar, eso facilitaría el viaje en silencio. Eran papeles importantes y tendría que leerlos con cautela, no dejar pasar ningún error. Yo sabía que estaban correctos, gran parte de la noche los había leído una y otra vez; estaban afinados y, aunque ahora mi vida era un desastre, en mi trabajo siempre era profesional.

La quijada tensa provocaba que, de tanto apretarla, la cabeza me doliera, invadida de furia y enojo. Quería romper todo, salir de ese pequeño compartimento y gritar. Me terminé la bebida de un jalón y destrocé con fuerza el vaso de plástico, Iñaqui volteó. —Trato de parecer concentrado, pero no puedo más. ¿Vas a decirme qué te sucede? —*Nada.* —Muy bien, ¿es por eso qué tienes los puños apretados y rompiste el desechable con solo una mano? No tienes que hablar para saber que te pasa algo, eres como un hijo. Su mano se posó en la mía y sentí aprecio, amor, empatía. —Es por ella, y no te voy a decir nada en su contra porque sé que, en vez de alejarte, te vas a encaprichar más. Ya lo viví con Alía y no me voy a volver a equivocar*.* Yo hubiera preferido alguien más alegre, sin tanto problema y sin esos padres, pero te enamoraste y confío que lo logren solucionar. Están juntos, van a tener ese bebé y los hijos son siempre una bendición.

Mis ojos se humedecieron de impotencia; tenía un grito de dolor atorado en el pecho. —Hijo, no hay nada que el ser humano no

pueda sortear, aprendemos y nos adaptamos. Lo abracé. Quería a Iñaqui como a un padre, pero no estaba seguro de si debía contarle. —Dime, habla, ¿qué te preocupa? Aquí estoy. En mi experiencia todo tiene solución. —*Cuando volví a entregarle las llaves, abrazaba a Santiago.* Iñaqui guardó silencio. Me miró a la cara; después de reflexionar unos minutos, me dijo: —Si desconfías al inicio, estas formando una relación en el aire; se derrumbará con un solo tropiezo, a la primera oportunidad. —*No desconfío de ella, desconfío de él.* —Desconfías de ella. Santiago no tiene nada que ver; eres tú. Volvemos a lo mismo, yo siempre he pensado que Alía se pudo conseguir algo mejor, pero Santiago es un excelente padre y marido, y no sé cómo puedes pensar que él puede estar interesado en Juliana, ¿no has visto como mira a Alía? Tienes una estúpida rivalidad con él, siempre la has tenido. Alía media entre ustedes, pero es algo real. —*Es tan galán, tan alegre, tan exitoso, todo le sale bien. A mí, por el contrario, nada me funciona… ¡lloraba en su hombro! Somos una pareja, Iñaki, vamos a tener un bebé, debería de confiar, está nerviosa, sé que es así, pero…* —Tus sentimientos de rivalidad con Santiago lo complican, ella tiene problemas, se siente sola, necesitaba un amigo. Ellos se conocen desde antes que tú y Alía los conocieran; es algo que tienes que aceptar, son amigos, pero eso no quiere decir que tenga otro interés en él. —*Pero me muero de celos, me hierve la sangre al ver que la abraza, la consuela.* —Esas son tus inseguridades, hijo; libérate, libérala a ella y a ese bebé que está en camino. Nada te define, tú te defines a ti mismo. No las pertenencias, tampoco las creencias o la presencia física. Santiago es guapo, pero tú siempre has tenido tus admiradoras, no es momento de que te sientas menos. Tienes a la mujer que quieres y te ama, te lo ha demostrado. Supera sus diferencias, ve por ella, pídele matrimonio, forma una familia, esa que tanto deseas. —*No sé si vaya a aceptar.* —Si no se lo pides, nunca lo vas a saber. Ahora trata de dormir, que tengo que terminar este documento antes de llegar a la cita. —*Ya está listo, no te preocupes, dejé todo amarrado, no hay forma de que se quieran aprovechar.* —Lo sé, eres la persona

más confiable y eficiente que conozco, pero si me liberas de todo, me voy a volver un viejillo inútil muy pronto.

Cuando encendí el teléfono al llegar al aeropuerto de la Ciudad de México, las notificaciones empezaron a llegar. Eran de Juls; cinco llamadas perdidas y varios mensajes:

«Llámame en cuanto aterrices».

«Te amo, no dudes de mí, por favor».

«Cruz, no me ignores, necesito hablarte, me voy a morir».

Iñaqui volteo a verme: —Ya sonreíste, veo que recibiste mensajes de ella. Dame tu boleto, ve a llamarla mientras recojo las maletas. Nos vemos en el auto, en la salida nacional.

Me alejé un poco, quería un lugar más privado para hablar. Mi corazón latía fuerte de la emoción. La duda del vuelo se transformó en una certeza: me amaba y no la iba a dejar.

—Cruz, amor, ¿por qué te fuiste así?, me quedé angustiada, no puedes pensar que Santiago y yo tenemos algo, no después de todo lo que hemos pasado. *—Lo siento, Juls, lo siento. Te amo y sentí celos. No me gustó nada que el cabrón te abrazara; yo quería quedarme y solucionar todo, hablar contigo… y verte con él me descolocó. Lo siento, sé que tengo que trabajar en eso, lo sé, te prometo hacerlo.* —He cometido muchos errores, he sido mala, grosera, maquiavélica, poco empática; pero te quiero, y no te voy a engañar. También tengo dudas, muchas, de diferentes cuestiones, pero no de que te amo, de que eres el hombre con el que quiero estar, de eso sí puedes estar seguro.

CAPÍTULO 36. *El ojo del huracán*

Cuando un huracán entra a tierra, su fuerza destruye; los vientos poderosos derriban cuanto se cruza a su paso. En ese momento, nos encerramos, tememos a los proyectiles, a la inmensidad de las olas, al viento imparable, pero, después de esa fuerza destructora, aparece de manera calmosa el ojo: nos engaña con esa falsa tranquilidad, nos sentimos cómodos, relajados. Minutos más tarde, se vuelve a encender la furia. Nuestra relación se encontraba en el ojo, una calma tortuosa; la tormenta recalaría para seguir su paso giratorio de destrucción, aunque, por ahora, debía disfrutar la paz que me brindaba. Ansiaba arroparla en mis brazos, recorrer su cuerpo con besos, hundirme en su carne: Juliana Palacios me tenía totalmente cautivado con sus ojos fulgurantes de pasión, enajenado de caricias abrumadoras, hechizado por esa ternura apenas descubierta.

Al descender del taxi, ya de regreso en Pamuul, el bochorno me sofocó. Desanudé la corbata, me quité el saco y recorrí el camino de caliche. La selva flanqueaba las viviendas de verde esmeralda. Me dirigía a nuestra casa, el tráiler al que habían adecuado una extensión de palma y cemento. Todo era informal ahí, temporal, de personas sin puertos que iban y venían para escapar del frío, de sus lugares de origen. Nada permanecía igual por mucho tiempo. Los retirados americanos y canadienses atesoraban el calor con caminatas suaves por la playa o tomando el sol; sentados en las pequeñas terrazas disfrutaban del horizonte. Al verme me recibieron con sonrisas y saludos amables, un ambiente distendido, de relax.

La idea de mudarnos pronto me asaltaba. Nuestro hijo no podía nacer en un lugar tan improvisado, yo le podía dar más; tenía un trabajo bien remunerado y el que ellos estuvieran en mi vida me hacía ambicionar más; me impulsaba a brindarles algo mejor. Nunca podría darle el mismo estatus en el que ella creció, ni los lujos a los que acostumbraba con su exmarido; pero podríamos vivir en una casa mejor que un tráiler *park* en la Riviera Maya.

Cuando llegué al lugar, el caliche se mezclaba ya con un poco de la fina arena y el sol se escondía por entre la selva, ella pintaba un lienzo frente al mar. Atardecía, el magenta y el naranja se reflejaban en el cielo como estelas de luz; su pelo y su vestido volaban a causa de la brisa, mientras fondeaba un cuadro en verde esmeralda. El color se reflejó en sus ojos y los hizo brillar, su perfil enmarcado por el paisaje marítimo era la imagen más hermosa que había visto. No podía creer qué tanta belleza me perteneciera, aunque fuera un poco, que esa perfección me besara o tocara mi cuerpo y que gestara un hijo mío. Yo era moreno, tosco, simple; nunca estaría seguro de cómo una mujer como ella me amaba. ¿De verdad me amaba? Sintió mi mirada posesiva y giró su rostro con una sonrisa hipnotizante. Posé las cosas en el piso, mientras rebuscaba en la bolsa del pantalón del traje por la caja cuadrada. Ella dio un salto y me abrazó. Era el *momentum*: el paisaje, su cuerpo cálido junto al mío, sus besos sobre mi rostro, tentando los labios, invitándome a tomarla. Me separé un poco de ella, respiré para tranquilizarme y lo abrí. Apareció un diamante solitario, sencillo, enmarcado en oro blanco.

Como una liga que se extiende y se contrae, su cuerpo se alejó; el brillo de sus ojos se volvió la tormenta que había predicho y mi corazón se apretujó, queriendo protegerse. El enojo me invadió como consecuencia, mis manos cerraron la caja que con tanta ilusión había comprado la tarde anterior. Quería calmarme, serenarme antes de hablar, pero mis ojos negros como dos lanzas cargadas de fuego acompañaban mis palabras que necesitaban ser crueles, debían herir, quería que sintiera lo mismo que yo había sentido, solo unos segundos antes, con solo mirarla: *—¿Que no es suficiente para ti? ¿O me equivoco? ¿Yo no soy suficiente para ti? Eso debiste pensar antes de entregarte a mí y embarazarte.* —Cruz, calma. Sabes que no es eso. ¡Por favor, no me hables así! La miraba, tapando sus oídos, con lágrimas en sus ojos, pero no escuchaba. En mí había una furia intensa, incontrolable, que necesitaba salir, así como la de la tormenta. Por lo que continué gritando, con la fuerza que ejercía en cualquier alegato, con la seguridad de ser un abogado

competente, como si fuera un juez implacable: —*No sé qué sea, pero ahora lo importante no somos tú y yo. Lo más importante es ese bebé que, aunque las feministas digan que no lo es y que es un embrión o un feto y que es tu cuerpo, me importa madres. Es mi hijo, y sin mí no lo tendrías en tu vientre, así que ni se te ocurra, que ni te pase por la mente querer deshacerte de él, porque lo estúpido y compasivo que he sido contigo va a dar un giro y me voy en tu contra. Investigaré lo que tenga que investigar, pero ese bebé, aunque esté dentro de ti, es mío también, y no te puedes deshacer de él. Yo lo voy a defender contra todos; yo sí lo quiero.*

Su rosto estaba anegado en lágrimas, hipeaba sin habla. Nunca había visto cómo la rabia podía invadirme, ¿qué pensaba?, que era su pendejo. Estaba enojado, como hace mucho no lo hacía. Quería gritarle, herirla, como lo había hecho ella conmigo, como lo hizo con solo una mirada, con una reacción de su cuerpo, con la repulsión que vi en sus ojos. Estaba de pie, llorosa, sin hablar, sin pedirme perdón. La sangre embotaba mi cabeza, pude ver el miedo en sus ojos, igual que el que sentía mi madre al ver a mi padre. Me sentí el ser más despreciable, el más miserable. Necesitaba alejarme porque iba a jalonearla o a abrazarla. Recogí mis cosas y me di la vuelta con rumbo a la recepción del hotel; ahí podrían conseguirme un taxi para ir a casa de mi madre. Necesitaba estar lejos para rumiar la decepción.

Ella se quedó ahí, callada, sin decir nada.

Al llegar a casa, sentí los brazos amables de mi madre. —¿Qué te pasa Cruz? No pude hablar, mi garganta cerrada se paralizó; solo tenía impotencia, dolor, heridas, pero sobre todo vergüenza de cómo le había hablado. Minutos después, ya más tranquilo, le conté todo eso que no le había dicho, mis sueños y mis verdades. —¿Y ella qué te dijo? ¿Qué quiere hacer? —*No sé, ella no habló. No dijo nada, solo me miró, asustada.* —Hijo, normalmente eres un hombre sereno, hasta puede decirse que racional, pero cuando te sientes herido te vuelves un lobo y sueles ser hiriente. —*Puede ser.* —Necesitas escucharla, pero hoy no, mañana. Mejor siéntate que te preparo una tila. Yo también me voy a tomar una para acompañarte.

Ya voy tarde para empezar a tejer chambritas para mi nieto; por lo pronto, empezaré con un color amarillo. —Mamá, aquí no se necesitan chambritas, hace un calor del demonio. —¡Tienes razón! Buscaré unos hilos de algodón. Y, por favor, mijo, ya no la intranquilices, el niño va a nacer con cara de susto. Dale su tiempo, necesita asimilarlo. Se fue, me dejó solo en la mesa, con dudas y arrepentimientos.

CAPÍTULO 33*. Torbellino de emociones*

La cabeza me bombeaba fuertemente. Cuando las emociones son intensas, se vuelven físicas y se transforman en cargas reales; te pueden hacer sentir como si un camión te acabara de atropellar. Moví el cuerpo adolorido, había dormido poco y con un sueño recurrente: ese bebé que ansiaba tanto, y que no sabía si ella deseaba. Al cruzar el pasillo del baño el olor a café me llenó los sentidos. También olía a fritanga; era posible que mi madre había cocinado algo levantamuertos.

Mojé mi rostro y salí al pasillo, arrastrando los pies. Sobre la mesa había unos huevos motuleños, papaya y una taza grande de café. —¿Huele bien, verdad, mijo? Un desayuno para prepararte. —¿*Prepararme?* —Prepararte para ir a hablarle. —*Todavía no sé si le quiero hablar.* —Tienes que hablarle; las cosas no se solucionan por mensajitos de celular. —*Estoy confundido.* —Para eso es el desayuno, para aclarar ideas. Las penas con pan son menos. —*Siento náuseas.* —Come un poco de fruta, eso te asentará el estómago; después, ves si te entran ganas de lo demás.

Empecé a picotear la papaya. El azúcar de la fruta me sentó bien, la energía se elevó poco a poco, las papilas se preparaban para algo más fuerte; de verdad el desayuno me había eliminado el asco. Al terminar, se sentó junto a mí en el comedor: —¿Qué pensaste? —*Nada, pero el dolor de cabeza ya se fue.* —Entonces es hora de que lo hagas: necesitas verla, no confrontarla, no cuestionarla, solo escucharla. Después, decidirás qué quieres hacer. No hables tú, déjala hablar; no es un juicio, no tienes qué ganar nada, solo prestar atención y después proponerle algo. —*No sé, mamá, no lo sé.*

Me di un baño largo, para tranquilizarme, y con las ideas más claras prendí el celular. Tenía varias llamadas de Juliana, mensajes de voz, pidiéndome que le marcara, me sentí mal, ya era la segunda vez que actuaba como un niño inmaduro, pero, como decía mi madre, tenía qué reposar las ideas y hablar en persona, por lo que agarré las llaves del coche y me fui con rumbo a Pamuul. El recorrido me ayudaría a decidir.

Era sábado, había tranquilidad, la ciudad todavía no despertaba. Manejé por un camino secundario para evitar el tráfico de la carretera principal. De repente, un balón de fútbol se atravesó, frené, asustado, detuve el coche. Mientras respiraba un poco, el chico del balón lo recogió y corrió otra vez a la cancha de tierra improvisada en un baldío. Cuando levanté la cabeza para volver al camino, dos camionetas negras me cerraron el paso. Bajaron cuatro monos, me jalonearon, me sacaron del coche, golpearon mis costillas tres veces, me taparon el rostro y me subieron a la camioneta. No recuerdo mucho más, el olor a cloroformo me hizo perder la conciencia.

Un balde de agua me despertó. Me azotaron varios golpes en el rostro y las costillas, grité con la boca pastosa mientras, lentamente, abría los ojos a los que les escurría un pequeño hilo de sangre: —¡Muy valiente, idiota! No te debiste haber metido conmigo ni con mi familia, tampoco escudriñar entre mis asuntos. —¿Para quién investigas?, ¿para Palacios?, ¿fue el qué pasó el pitazo para que agarraran a mi hijo? Y tú lo has ayudado… Al ver que no decía nada ni emitía ninguna palabra, con un movimiento suave de cabeza, dio la orden para que otro golpe hiciera bailar la mía. —¿Y Juliana? ¿Sabe todo lo que haces?, ¿o lo haces a sus espaldas? Todas las mujeres son unas malagradecidas, unas interesadas, siempre se lo dije a Damián, que no se enamorara. La trataba como reina y ¿cómo le pagó?, huyendo en medio de la luna de miel. Yo moví la cabeza tratando de recuperar la cordura. Las manos de Schmall padre se aferraban a mi rostro con furia. —Mi hijo espera juicio y necesito que tú y la cabrona de Juliana testifiquen a su favor; si no, te voy a matar, y a ella también. —Escúchame, esto es una advertencia: lo demás viene después si no lo ayudan en el juicio. Necesito que testifiquen que era parte de un trato para poder deshacerse de él; que lo inculparon para continuar con su amorío y que Palacios solo se acercó a ustedes para vengarse de mí y de Lemus. Llévale el mensajito a Juliana y a su padre. Lo dijo con una voz baja y con un tono frío, sin ninguna emoción en su rostro, sin acercarse mucho

para que no le ensuciara su traje costoso, y su voz llegó a mi oído, como un susurro amenazador.

Me quedé callado; me golpearon en el pecho otra vez, me ahogaba por la falta de aire y por mi propia saliva. Tenía una necesidad imperante de escupir esa mezcla asquerosa de sangre y saliva que habitaba en la cavidad de la boca, sin embargo, me había quedado sin fuerzas. Me dejé ir en la oscuridad de mis pensamientos mientras mi cuerpo amortiguaba los golpes, uno tras otro. El tiempo se detuvo, empezó a correr a cámara lenta. Escuché cómo le decía uno a otro: —Ya para, este cabrón le sirve más vivo que muerto al jefe; esto es solo una calentadita.

Minutos más tarde, me tiraron en medio de la selva. El zumbido de los grillos, las cigarras y los mosquitos me aturdía. Los párpados pesaban mucho, mis músculos parecían inmovilizados, el dolor punzante en el abdomen no me permitía moverme. Escuchaba el ruido de las piedritas crujir al momento del cruce de las llantas por el camino. Quería gritar, no podía. La incomodidad del calor asfixiante, el picor del pasto y la tierra mojada me recordaban sutilmente que seguía vivo. No pude más. Inmovilizado, vi cómo el verde de la selva daba vueltas y unas partículas de luz se filtraban para aturdirme ; quería huir del sofoco, de la falta de aire, mientras una imagen, de ella, hermosa, se aparecía en mi visión. —Te amo, te amo —me decía.

Fue lo único que pude reconocer en lo que me restaba de conciencia.

CAPÍTULO 38*. Oscuridad*

En nuestro interior existe una parte oscura y otra luminosa; es parte de nuestra humanidad. Nos debatimos en una lucha constante, en el libre albedrío. Por momentos, por siempre, toda la vida. Yo tendía más a la maldad, la oscuridad me absorbía y siempre pensaba o resolvía basándome en lo más negro del panorama, buscando sacar partido. Cruz, por su lado, era luz: siempre optaba por la bondad, la honorabilidad, el deber ser. Sus sentimientos eran elevados mientras yo tendía a hundirme. Al confrontarme con él, pensé en el fin; me jaló el pesimismo, la maldad; no era merecedora, ni capaz, quería destrozar todo, alejarlo de mí. Ese anillo brillante, nuevo, representaba todo lo que nunca podría ser: una compañera incondicional, amor materno, luz. Yo no era luz, sino oscuridad. Y aunque trataba a diario de pintar en mis cuadros colores brillantes y vibrantes, mi raíz podrida prefería los oscuros: negro, café, carmín. Miré el horizonte y recordé la pintura de Goya, *Saturno*, donde el viejo Dios se comía a sus hijos para que no lo destronaran. ¿Así sería yo? ¿Me engulliría a mí misma y a mi descendencia en este torbellino de oscuridad que me jalaba hacia el fondo? ¿Cómo podría ser una madre cariñosa si nunca tuve el ejemplo? ¿Una esposa fiel, incondicional? ¿Cómo aprenderlo? Si mi madre no lo fue ni conmigo ni en sus matrimonios, si su vida ha sido solo apariencia, una gran farsa. Esas heridas se cargan por generaciones se trasmiten como si fueran ADN; se heredan.

Entré en el pequeño estudio, prendí el televisor en las noticias. Los días pasaban y yo vivía como en una isla desierta. Me tiré en el pequeño sofá, abrazándome al cojín. Cruz no había querido tomar mis llamadas. Abatida y desolada, escondí mi rostro, tratando de dormir. Tenía dos semanas con vómito y náuseas, me dejaban desfallecida, no quería hacer nada más que dormir. Una imagen en la televisión alertó mis sentidos. Damián había sido arrestado en Miami.

La noticia aparecía en todos los canales. La Agencia antinarcóticos americana lo había capturado con un cargamento de cocaína en el

Juliana: el yate en el que me había tenido encerrada. Esperé a escuchar que decían los noticieros, y en la pantalla salía la imagen de él y de sus guardias con distintas prostitutas, acompañados del hombre con el que habíamos cenado, habían sido interceptados de noche dejando el cargamento. Volví a marcarle a Cruz, de nuevo; el teléfono fuera de servicio. Desesperada por la situación, le marqué a Lola: —Hola, Lola, soy Juliana, ¿está Cruz por ahí?, necesito hablarle, no me contesta el teléfono. *—July, querida, no está aquí, me dijo que iba a conversar contigo, ¿no ha llegado?, partió hace una hora.* Un estremecimiento involuntario me golpeó. —Aquí no está, deja lo busco, insistiré en el celular. Después de diez intentos y varios minutos, el temblor en mis manos era incontrolable, la adrenalina no me permitía concentrarme. Debía buscarlo: mi intuición me decía que algo había sucedido.

Llamé a Mariana y a Mike, no sabían nada. Luego, lo intenté con Alía, y ellos tampoco. En la oficina no se había presentado. Cuarenta minutos después tenía a todos en el miniestudio de la playa. —*Tenemos que hacer algo, me voy a comunicar con su hermano y su mamá para estar todos en la misma sintonía y no dejar cabos sueltos* —dijo Mike. —*Vamos a empezar una búsqueda, necesitamos localizar su teléfono; el coche, eso nos puede dar indicios*. —*Yo me contacto con los del corporativo; espero que los de seguridad nos puedan ayudar a conseguir la última ubicación del teléfono y del coche, tienen contactos en la policía* —añadió Santiago, tomando el teléfono y saliendo para hablar. —Nosotras deberíamos de ir a buscar en el coche, dar una vuelta por la misma ruta que siguió para llegar aquí. Mientras Alía y Mariana hablaban, el ambiente me pareció asfixiante; una opresión en el pecho me expulsaba de ese aire enrarecido, necesitaba salir de ahí.

En la terraza respiré de nuevo. La negatividad me perseguía a donde fuera. ¿Dónde se encontraba mi padre? ¿ mi madre? Cruz había desaparecido y no contaba con ellos para apoyarme, para ayudarme; nunca habían estado. Él era el único hombre que me había amado; el único dispuesto a darlo todo por mí y, como siempre, le mostré mi peor cara: sólo egoísmo, ingratitud.

La desolación me invadió. Marqué ese número que tanto me había buscado, esa imagen paterna que rogaba por mi perdón; quería reclamarle mi soledad, su indiferencia, no me defendía, ni me acompañaba. —Nunca has estado cuando te necesito, nunca me has defendido. ¿Cómo puedes decir que me amas; que estás arrepentido? No me llamas, te desapareces. *—Hija, no me desaparezco, he estado ocupado.* —¿Ocupado? Y no has tenido tiempo ni para tomar el teléfono. *—Te estaba protegiendo, necesitaba alejarte de mí para que no te ubicaran.* —¿Mientras Cruz desaparece? *—¿Cruz desapareció?* —¡Sí, y yo necesito tu ayuda! Necesito que estes aquí. Tengo un hueco en el alma, estoy desangrándome por dentro, no soy nada, me encuentro vacía sin él. Calló unos minutos; yo empecé a llorar. Mi decepción, un abandono añejo y una incertidumbre suicida. Después de meditar sus palabras habló: *—Es una venganza de Schmall contra mí y contra ti.* —Explícate, carajo, ya no más secretos, ya no más mentiras. *—Ayudé a la Agencia antinarcóticos a atrapar a Damián. Cruz me pasó información y el viejo se está vengando.* Todo empezó a dar vueltas, el miedo opresor, el piso se movía, solo escuché a lo lejos el grito de Mariana: —¡Ayuda, Juliana se ha puesto mal! Mi mundo se volvió negro.

CAPÍTULO 39*. El caos*

Cuando respiras, luchando por alejar el agua de tus pulmones y no ahogarte, el cuerpo se jala en un impulso por agarrar aire y alejarse del agua. Así desperté: luchaba para alcanzar a respirar. Una sola idea invadió mi mente: tenía qué encontrarlo. El pequeño estudio estaba en silencio, Lola preparaba algo en la cocina y el olor a comida penetraba el espacio, me provocaba náuseas. Me paré frente a ella, todavía un poco temblorosa, y mientras bebía un vaso con agua le dije: —Necesito salir, buscarlo, debe estar bien, tiene que estar vivo. *—No puedes hacer nada, tienes qué calmarte, por el bebé. Todos han salido en su búsqueda, lo van a encontrar, ten paciencia; lo presiento, es mi hijo. Ahora es momento de cuidarte, te diste un fuerte golpe en la cabeza.* —Yo estoy bien, Lola, lo único que quiero es salir a buscarlo, me llama. *—No puedes, no tenemos auto.*

Otra vez el olor enrarecido convertía en una cárcel el pequeño estudio. Miré por la ventana; una imperante necesidad me empujaba a salir. Caminé hasta la puerta sin escuchar las quejas de Lola; perdida, sin rumbo, sonámbula. Las calles improvisadas de caliche blanco, las piedrecillas del camino se colaban sin permiso entre las sandalias y me dificultaban el camino. Deambulé por la playa, me adentré en la selva que cubría el perímetro, en busca de algo que me diera un indicio. Sentía la boca seca, pastosa, la humedad pesaba a cada paso, en cada respiración; el sudor goteaba por mi rostro mientras los leves sonidos de los insectos de la selva me aturdían. De pronto, un llamado. Oí una voz irreconocible y silenciosa, un instinto amoroso, seguí el camino como en una invocación. El corazón desbocado palpitaba, la sangre viajaba con fuerza y hormigueaban las manos. Me detuve para recuperar el aliento, cuando un mono araña me miró de manera obstinada. No sé movía, solo me veía; quería comunicarse. Tomó una semilla del suelo, la comió y después huyó con rapidez. Lo seguí, al escabullirse entre las hojas, un cuerpo desparpajado apareció.

No tuve que ver su rostro, simplemente lo supe y grité: —¡Ayuda, ayuda!

Me acerqué, temblorosa, el terror a la muerte nunca se había sentido tan real. Junté mi oído a su nariz y escuché un leve pillido. La sangre volvió a correr imparable. Estaba vivo, eso era lo único que importaba. Tenía que estar bien porque yo lo necesitaba; su hijo lo necesitaba, y nuestro amor, aunque frágil, era lo único que me mantenía en pie. Tomé su mano, y le hablé cerquita, sentí su aliento: —Te amo, te amo, ¡perdóname!, ¡perdóname! Mientras otros llegaban, alertados por mis gritos, mi mano se adhería a la suya, reteniendo su espíritu. Podía sentir su piel sucia de sangre y tierra, pegajosa, e inútilmente le limpiaba el rostro con la ropa, sin saber más qué hacer. Un apretón leve me sorprendió y vi cómo sus ojos se abrieron un poco.

Posé mis labios en los suyos: —Aquí estoy, amor, todo estará bien.

Al cabo de un rato que se me hizo eterno, llegó una ambulancia y subí a su lado. Solté su mano mientras le ponían tubos y aparatos, medían sus funciones vitales para poderlo estabilizar. Yo me perdí. Alcancé a mirar sus ojos, apenas abiertos como rendijas, su rostro pétreo, el dolor en sus leves quejidos; alcanzaba a rozar con las puntas de los dedos su cabello negro y liso. El hueco de mi alma seguía igual: vacío, perdido en el abismo. Aturdida por el sonido de las sirenas, por el lenguaje extraño de los paramédicos. Hasta no ver el brillo de sus ojos, colgaba de la esperanza; esa que no tenía, de la que siempre dudaba mi ser oscuro. Lo pasaron a urgencias; no me permitieron entrar. Yo no era un familiar directo.

Esperaba sentada en la sala, había una copia de una obra de Pollok, *Full fathom five,* que colgaba majestuosa de la pared blanca. Era oscura, caótica, desordenada, con trazos en blanco y rojo. La observé por minutos que parecieron interminables. Después de estudiar tantos años arte, al fin había entendido su pintura, al fin había comprendido el amor. Esa braza ardiente, el caos, el goteo, la rebeldía de lo establecido, la búsqueda de lo inconsciente en la oscuridad, del complejo de culpabilidad, la desesperación de tener pendiente el frágil corazón de alguien y no saberlo cuidar. La

impotencia de la emoción que se sale del alma misma, sin contenerse. Una búsqueda incansable de que se ha llegado a un puerto seguro, pero aún ignoramos que estamos ahí. Lloré, el cuerpo de mi puerto seguro estaba a un hilo de la muerte. Las piernas temblaban y todo daba vueltas; la imagen de Pollok se derrumbaba ante mis ojos.

La debilidad me invadió y simplemente todo desapareció.

Al abrir los ojos un monitor mostraba el corazón fuerte de mi hijo latiendo; el tamborileo rítmico y poderoso invadía el pequeño cubículo. Un doctor hablaba con la enfermera: —Ha vuelto en sí, que se termine el suero glucosado, no queremos que vuelva a pasar. El bebé está en perfecto estado, un golpe podría complicar la situación y desprenderlo de la pared placentaria. *—¿Cómo se siente?* —me preguntó una enfermera. —Bien, solo un poco mareada. *—Fue un bajón de glucosa, le hizo perder el conocimiento. Tiene hipoglucemia; eso es lo que causa los desmayos. Logramos estabilizarla rápido. Hay varias personas preguntando por usted afuera, puede pasar una.*

Vi la silueta de Lola caminar hacia el cubículo donde me encontraba. En su gesto se dibujaba la preocupación, pero su caminar, por el contrario, era templado. Al llegar junto a mí, tomó cariñosamente mi mano. *—Me asustaste, July, te dije que no salieras. Temí por ti, por Cruz y por el bebé. Tenemos que cuidarte, mi niña.* Me acarició el pelo con sumo cuidado y cariño: —Tu padre viene en camino, en un par de horas estará aquí. Los parpados cansados, los quería cerrar, para evitar que el tiempo pasara: —¿Y Cruz? —pregunté, temerosa. *—Está bien, no tuvo ninguna hemorragia interna, que es lo que les preocupaba a los doctores*. —Necesito verlo. *—Están curándolo, cuando lo pasen a una habitación te llevo; pero ya despertó y pregunta por ti.*

Cerré los ojos, y la paz me invadió. Sí Cruz estaba bien, todo estaría bien.

CAPÍTULO 40*. Inconsciencia*

Al llegar al hospital, vi cómo me inyectaban. Los pesados párpados luchaban por mantenerse abiertos. Todos se movían con rapidez, como si hubiera urgencia en ello, mientras mi cuerpo estacionado en el letargo luchaba. Tomé del brazo a una enfermera, con el último rezago de fuerza: *—¿Juliana?* Se paró un momento y con una calidez que me traspasó el cuerpo me dijo: —Ella está bien, preocupada como todos sus familiares. *—¿Mi mamá?* —Sí, y sus hermanos, su cuñado y unos amigos. Me había perdido en la inconsciencia y el tiempo pasaba, fugaz, en mi cuerpo cansado. Ya podría descansar, Juliana estaba bien, ellos cuidarían de ella.

Me despertó la necesidad de orinar. Al abrir los ojos, me topé con su rostro hermoso. Dormía en el sillón que habían adecuado en la habitación. No quería moverme, ni despertarla; estaba plácidamente inmóvil y tenía un semblante de tranquilidad. Pero necesitaba ir al baño, me lo urgía el cuerpo. Moví las piernas adoloridas a un costado de la cama y bajé la primera con cuidado, después la segunda. Al tocar el suelo fallaron y mi cabeza dio giros involuntarios y vi cercano el piso, cubrí mi rostro para el impacto cuando sentí un par de brazos sostenerme. Su dulce voz me hipnotizó, como lo había hecho tantas veces, y su abrazo me brindó seguridad. —Déjame ayudarte, ¿necesitas pasar al baño? Asentí. *—Yo puedo hacerlo, solo acompáñame unos pasos.* Se detuvo y pasó sus ojos con lentitud por mi rostro hasta detenerse en mi boca. —No me importa lo que tenga que hacer, quiero ayudarte, no me apartes. Volví a asentir. Me tomó su agarre por las axilas y me acompañó a la pequeñez del baño; ahí su mano firme me detenía. Más intimidad no podía existir entre ella y yo. Como en la pintura de Liepke, *In her arms*, estaba envuelto en sus brazos, totalmente a su merced, perdido por ella, quién hacía aflorar sentimientos contrapuestos, vertiginosos y fulminantes. Del amor pasaba a la lujuria, al placer incontenible solo a causa de su roce, a la ternura que me provocaba su fragilidad. Me sentía sobrepasado por el tacto leve de sus dedos o por el olor que despedía su cuello y mientras caminaba, adolorido, de regreso hacía

la cama, mi mente sonriente vagaba en las miles de formas que mis manos la querían acariciar. Al fin, estaba convencido que esa mujer era mía con o sin anillo al dedo.

Minutos más tarde se aparecieron. No faltó nadie. Se veían cansados, pero ahí estaban todos. No tenía ninguna hemorragia interna; en unos días mi recuperación sería completa. Estaba tranquilo, mis golpes solo habían sido una llamada de atención, una amenaza, pero Juliana corría peligro, no podía estar sola, necesitaba a Ferrán. Mike se acercó y, al oído, le dije: —*Necesito un favor. Llama a Ferrán, el padre de Juliana. Dile que es urgente*. *Mi asistente tiene todos sus datos.* —Viene en camino, no tarda en llegar. ¿No te lo dijo Juliana? —*No.*

Ferrán apareció como lo predijo Mike, y su rostro mostraba aflicción. Abrazó a su hija, que lo recibió con frialdad, y después miró a todos los demás. Yo aproveché para hablar: —*¿Podrían dejarme solo con Ferrán y Juliana por favor? Será un momento*. Todos salieron, cuestionándose mi actitud. Ferrán se acercó a la cama donde Juliana estaba sentada, tomada de mi mano: —Lo siento, lo hice encabronar —dijo sin más. —*Sí, lo hiciste encabronar y va por Juliana. Yo solo fui el mensajero. Quiere que testifiquemos a favor de Damián en el juicio. He de declarar que fue un complot para deshacernos de él porque éramos amantes. Tienes que llevártela fuera de aquí; está en peligro y no lo voy a permitir. Solo tú puedes alejarla de todo esto. No sé cómo fue que se me ocurrió ayudarte en este asunto.*—¿Estabas enterado de que colabora con la Agencia antidrogas? —preguntó Juliana, enojada. —¿Cómo pudiste involucrarlo, papá? —*Juls, no es momento para discutir. Lo primero es llevarte fuera de aquí; es urgente.* —Calma, calma, los dos. Salieron del país, están en Miami con Damián. Ella estará bien, yo me quedaré hasta que puedas volver a casa. —*No sé si Pamuul siga siendo seguro. ¿Qué vamos a hacer cuando nos requieran como testigos? O nos acusen… eso no lo habías pensado. Podemos ir a la cárcel como presuntos asesinos o colaboradores del narco.* —Tú no tienes de qué preocuparte, yo estaré con ella mientras sales. Por lo pronto, nos podemos ir a algún hotel o un Airbnb; después pediré

que los incluyan en el programa de protección de testigos. Trabajaremos en una declaración, un plan con el fiscal a cargo: es mi amigo y está enterado de todo. —Espérame un minuto afuera, papá, necesito hablar con Cruz.

Salió, silencioso, y ella se acercó a la cama, me tomó de la mano y me dijo: —Te agradezco tu esfuerzo por protegerme, por protegernos. Pero no más, no quiero volver a ser una princesa que no se entera de lo que sucede. Necesitamos confiar. Entre tú y yo no habrá secretos; tenemos que ser sinceros, aunque las palabras duelan, porque a veces lo hacen. — *Yo te dije muchas palabras dolorosas. Lo siento, estaba herido, te tocó ver lo más negro de mi personalidad. Me sentí rechazado y actué mal, con todos mis complejos aflorando. Además, te he ocultado información*, *pensé que era lo mejor*. Me dio un leve beso en los labios. —No me digas eso, tú eres luz en mi vida. Quiero reprocharte más cosas, pero no lo voy a hacer porque sé cómo eres y lo que darías por cuidarme. Tenemos que ser equipo, ayudarnos y escucharnos. Ahora duerme, es una orden, necesitas descansar. Yo vengo en un momento. Salió.

Se escuchaban varias voces, comentaban, sabía que lo hacían acerca de nuestra situación y de lo que deberíamos hacer. Cerré mis ojos, cansado, ahí estaban los incondicionales, los de siempre; esa presencia a veces invisible sobre la que recargas tus inseguridades y acompañas tus sueños. Te brindan la mano cuando caes, infunden seguridad en el caos, le dan perspectiva a la vida. No importa que todo lo demás este volteado; ellos te guían en el camino. Todo estaba seguro, podía dejar ir mi cuerpo y descansar, ellos se harían cargo.

CAPÍTULO 41*. Abrazos sanadores*

Mi padre me llevó a un Airbnb que había conseguido en un pueblito cercano: Puerto Morelos. De nuevo exiliada, sin maletas ni cargamentos. Borrar la huella es como dejar un poco de ti en cada lugar y, al mismo tiempo, volverte poco a poco invisible. Una necesidad imperante de hacer nido vibraba en mí, el miedo a perderlo, me la había despertado. Había valorado su presencia en mi vida, además de que me había puesto en el panorama un futuro sin él; uno que no podría imaginar. Caminé por la pequeña habitación, coloqué en el suelo la pequeña bolsa con ropa que cargaba y me senté en la cama frente a la ventana. Unos niños jugaban en un pequeño parque, se ayudaban unos a otros a subir al pasamanos y se sostenían de las piernas: se sentían libres, sin preocupaciones, solo disfrutaban del momento, las risas y carcajadas se trasmitían desde lejos. Me hubiera gustado pintar sus siluetas desentendidas, la sensación de ligereza que me trasmitían sus cabellos despeinados y sus ropas sin combinar.

Minutos más tarde, apareció, recargado en el marco de la puerta: —*Hola, ¿qué observas?* —A los niños; sonríen, se divierten. No sé si sus vidas son perfectas, pero me trasmiten alegría; me gustaría pintarlos. —*Puedes hacerlo, toma unas fotografías, después cuando estes frente al lienzo evocas la emoción.* Mientras yo retrataba el momento con el teléfono, él caminó y se sentó en silencio a mi lado. —Quiero que mi hijo sea igual de feliz, yo nunca pude serlo. Me abrazó, me sentí invadida por una ola de tristeza y culpabilidad, no era mi intención recriminarle nada. —*Lo será. Tiene unos padres maravillosos, luchadores y yo te voy a ayudar a cumplir ese deseo, aunque sea lo último que haga. Te lo debo, tu madre y yo fuimos egoístas, inmaduros. Nos aferramos a la juventud y te dejamos huérfana sin serlo. Tuviste que defenderte, hacer coraza.* —También me he equivocado, no te puedo juzgar. Cruz… él es diferente, es mejor persona, mejor que yo; será un buen padre. —*Sí, será un buenazo de padre.* —Tengo suerte de tenerlo en mi vida. En ese momento, perdí el control de mis sentimientos que, aunado a la

explosión de hormonas, me colapsó. Lloré, lloré como desesperada, liberé angustia, terror y miedo. También la orfandad, como si en un llanto se pudiera expulsar todo lo que hacía daño, la pesadilla de los últimos meses. Tener a Cruz en el hospital me había hecho tomar conciencia del amor tan profundo que sentía por él. Desesperada, igual que esos rostros del *Guernica*, los que había pintado Picasso, después de presenciar la derrota en la guerra civil: desencajados, dolorosos y abatidos. Así estaba yo, con el corazón expuesto. —Se fue pensando que no lo amaba, habíamos discutido, gritaba confuso y furioso. —*Ya pasó, ya pasó, hija. Ahora está Mike con él, mañana volveremos a verlo.* —Aunque te voy a decir algo: me di cuenta que no es perfecto, también él tiene su lado oscuro.

Me besó en la frente mientras acariciaba mi cabello. Con cada toque quería eliminar la tristeza acumulada. No lo decía, pero, sin palabras, yo lo entendía. Después, me abrazó, acunándome como muchas veces lo soñé cuando era niña. El sentimiento de protección que los padres brindan a los hijos es como un escudo contra el mundo, un escudo sanador. Olvidé el dolor, se sentía tan bien recordar ese olor; con los primeros segundos de ese abrazo, yo ya le había perdonado de manera inmediata su ausencia y resurgía otra vez ese amor que nunca había olvidado.

En la cocina, preparamos algo de cenar. Luego nos sentamos a comerlo. Charlábamos de cosas, nada importante. Distraíamos el dolor, visualizando el futuro, imaginábamos cómo sería el bebé. Me preguntaba por posibles nombres, jugueteábamos, planeando, recuperando el tiempo perdido, disfrutábamos de esta nueva intimidad cuando su teléfono empezó a vibrar. La imagen de una mujer y una niña apareció en la pantalla. Me miró con duda, con culpabilidad. Yo asentí. —Contesta, puede ser algo importante.

Respondió y se alejó para conversar con privacidad. Al cabo de un rato volvió, se sentía apenado. Yo me había ocupado de los trastes para evitar el sentimiento de incomodidad. —No tienes que esconderlo, me imagino que tienes una familia. —*Me casé de nuevo, tengo otra hija, tú tienes una hermana.* Era algo que presentía, pero dolía saberlo. Mis padres habían rehecho su vida y no había lugar

para mí en ninguna de esas familias; debía formar la mía y adoptar esa que me amaba sin importar nada; pero, en el fondo, había algo que se marchitaba, algo que se tambaleaba al sentirme ajena. —Está bien, no tiene caso estar solo. *—Tú eres parte de esa familia. Ellas quieren conocerte, que estés en nuestra vida.* Guardé silencio: no quería contestar. Ya había sufrido al desear pertenecer a la familia de mi madre. No quería pasar por eso otra vez. —No sé si sea buena idea. *—No tengas miedo; ellas te van a amar, igual que lo hago yo.* —Lo pensaré. *—Danos una oportunidad*. —Me voy a dormir, no te preocupes por mí, estoy acostumbrada a estar sola.

Esa noche, encerrada en la intimidad de mi habitación, medité. A un lado, estaba mi padre biológico y, sin decir nada, una pared de dolor se había erguido entre nosotros. Un leve movimiento en el abdomen, un soplo de aire, un sutil susurro me acompañó, recordándome que nunca más estaría sola, iba a luchar por esa frágil e incipiente familia que acababa de formar. Los problemas te hacen un callo, que se va haciendo más duro, y que es difícil de romper. Cuando tienes algo por qué luchar, las soluciones simplemente aparecerán.

CAPÍTULO 42*. Comunidad*

Al entrar en el cuarto, comprendí el verdadero empoderamiento, ese por el que luchaba erróneamente al tener libertad económica. Le había recalcado a Cruz que no quería depender de nadie, pero la verdad era que la dependencia mutua y por momentos de las personas que amamos es parte de hacer comunidad, de forjar los lazos de amor. Esa pequeña y frágil silueta ayudaba a Cruz a levantarse; lo detenía, animándolo, con una fuerza interna que solo se basaba en el apoyo, no obligaba, solo lo retaba a hacerlo por sí mismo con la voluntad de su propia decisión. Eso mismo había hecho conmigo Lola, con una sutileza cargada de amor, compasión, caridad y empatía; su velada arma maestra había ido transformándome desde la autodeterminación, con el solo ejemplo de sus actos.

Yo no quería volver a estar sola, sino en comunidad. Dejar el egoísmo a un lado, pensar como pensaban ellos. Me habían regalado tanto, que nunca podría volver a ser la misma; libre de mi propio egoísmo. Quizás no era exitosa, ni tenía un lugar de liderazgo en ningún área, pero, para mí, lo era porque el lugar donde posaba sus manos lo transformaba, con un trabajo del cual no cobraba pero que hacía del mundo algo mejor. Esa mujer era una empoderada.

De qué sirve tenerlo todo si no contamos con seres queridos con quien compartir, la comunidad es lo que nos enriquece y el amor es lo que lo fortalece. *—¡July, querida! Ven, cariño, ayúdale a Cruz que a mí ya me está dando la lumbalgia por cargar con mi muchachote. El doctor le pidió dar unos pasitos para que todos sus órganos vuelvan a funcionar de manera correcta.*

Tomé su lugar junto a Cruz. Caminamos por el pasillo unos metros, se apoyaba en mí; estaba frágil y yo empoderada, me sentía feliz de tenerlo en mis brazos. *—¿Por qué sonríes?* —Me gusta ayudarte, que te apoyes en mí cuando te sientes vulnerable. *—Lo mismo quisiera que sintieras tú; no es que quiera esclavizarte, solo quiero que seamos un equipo.* —Lo sé, ahora lo comprendo.

Media hora más tarde, el cuarto estaba repleto de gente, así que la enfermera llegó y nos corrió: —Solo una persona puede estar acompañándolo. No es una fiesta, señores, es un hospital y el paciente necesita descansar. —*Vámonos todos, solo July se queda* — dijo Lola. —*July, ¿a qué hora quieres que vuelva a remplazarte? Ese bebé necesita descansar también. Vengo por la tarde, ¿te parece?* — Si, Lola, gracias. Nos vemos más tarde. La abracé, hasta en eso era sutil, en su capacidad para discernir qué necesitábamos. Cruz y yo teníamos que hablar.

Ya en soledad y en silencio, me acerqué a Cruz. Le acaricié el cabello con cuidado y le besé suavemente los labios: —¡Perdóname! Me he vuelto a comportar como una egoísta y tú no has hecho más que protegerme en todo momento. Por mi culpa estas así. Me miró con esa calidez con la que su alma abrigaba a todos. —*Así soy, puedo ser protector de más, pero no es porque te quiera coartar la libertad, es solo que te amo y me preocupo por ti. Lo hago con otras personas que no son nada mío; imagina lo que me produce estar con la mujer que amo y con mi hijo; me vuelvo un león.* Así era Cruz, generoso, un verdadero *gentleman* inglés. No tenía nada que ver con su cuna o con su dinero, estaba arraigado en sus raíces, con su sentido de comunidad. Así quería que fuera nuestro hijo: igual que su padre.

A media mañana apareció mi padre, había noticias. —Están solicitando que sean testigos en el caso de Damián en Estados Unidos. La agencia nos recibe y nos apoya, hay varias causas incriminatorias, nos darían protección policiaca y hay posibilidad que los metan en el programa de protección de testigos. Aquí no podemos hacer nada, todo son favores y la agencia no sabe en quién confiar; algunos están en contubernio con Schmall. Cruz me observó, pidiéndome permiso. Asentí, estaba de acuerdo. Después, le dijo a mi padre: —*Bueno, pues a ponernos a trabajar. ¿El lugar que conseguiste es seguro?* —Creo que sí, bastante, es en Puerto Morelos; todavía no hay mucho movimiento, es temporada baja. — *¿Podrías conseguir algo ahí mismo para Mayra, mi asistente?* —Sí, claro. —*Bien, voy a hablarle a Iñaqui, aunque está enterado de todo*

por Alía. Debo tratarlo personalmente, voy a estar ausente un tiempo. También con mi hermano, cuenta con amigos que pueden tener información.

Para cuando llegó Lola, Cruz y mi padre habían organizado todo para recabar pruebas contra Schmall y mi padrastro. El doctor le había dicho a Cruz que el día de mañana lo daría de alta y yo estaba segura de que lograrían construir el caso; sin embargo, había algo que me preocupaba, que nadie había considerado. Todo esto iba a salpicar a mi madre y a mis hermanos y, aunque la relación entre nosotros estuviera fracturada, a mí me inquietaba; no quería que esos dos adolescentes rebeldes sufrieran al romperse la burbuja de lujos en la cual habían vivido siempre.

CAPÍTULO 43*. La piedra indicada*

Cuando tienes motivos por los cuales luchar, toda recuperación es fácil, y yo tenía muchos. Siempre me había considerado una persona afortunada, mi madre me había colmado el corazón a la fuerza y me había enseñado que el dolor se pasa mejor con una sonrisa y aceptándolo, pues de esa manera podemos dar pasos para avanzar. Yo no sabía rendirme y, por esa rubia que me había conseguido, iba a luchar con todo. Tenía una familia, no sanguínea, pero que, a lo largo de mi vida, se había fortalecido y, lo más importante, iba a ser papá. ¡Me esforzaría por ser el mejor papá que el mundo hubiera imaginado!

Juliana y yo habíamos rentado un pequeño departamento junto al de Ferrán. Ella, por el embarazo, necesitaba descansar y, sobre todo, necesitaba pintar: era su desfogue. Ahí plasmaba los sentimientos que la atormentaban. Y, aunque a veces oscuros, los sacaba; eso la ayudaba a salir del círculo vicioso que la jalaba a detenerse en el pasado y no ver más allá. La abracé por la espalda y le di un beso en la mejilla. Ella tomaba una taza de té meditabunda: —*Descansa, mañana volamos a Miami; van a ser días pesados, física y emocionalmente.* —Tengo miedo de verlo a la cara, un mal presentimiento. —*No lo hagas, en Estados Unidos la justicia funciona mejor, no lo van a dejar salir.* —No lo sé, desconfío. Tengo miedo por Lola, por Mike y Mariana; por todos. Cuando Schmall se entere de que no vamos a declarar a favor de Damián es capaz de hacerles daño. —*Mi madre estará con Juan Diego, él tiene más contactos en el bajo mundo que nadie. Se entera antes de todo. Además, por costumbre, siempre borra sus huellas. Estarán bien. Y Mike y Mariana se van un rato con la familia de Mariana. Por Alía y Santiago no te preocupes, ellos siempre que están en la Ciudad tienen custodios cerca.* —¿Y nosotros? Qué vamos a hacer después del juicio. —*No lo sé, amor, un día a la vez. Por lo pronto, estamos juntos, y eso es lo único que me importa; lo demás lo iremos resolviendo. Ahora vengo, voy a preparar lo que falta con Mayra y Ferrán.*

Iñaqui puso a mi disposición todos los recursos de la empresa: los contactos siempre eran buenos y habíamos recabado bastante información. A lo largo de la vida había hecho muchos favores y ahora, sin esperarlo, regresaban; algunas veces de las mismas personas que mi madre o yo habíamos ayudado, otras veces de gente ajena: teníamos red. Ferrán y yo conseguimos varios testimonios y pruebas para mantener a Damián en la cárcel y para obligar al gobierno mexicano a extraditar a su padre y a todos sus socios en los que estaba metido el padrastro de Juliana. Era información delicada, la cual conservábamos en secreto, junto con el fiscal estadunidense encargado del caso. A la hora que se destapase, involucraría a muchas personas de los círculos altos.

La información es igual a las piedras de agua; esas, la de los posters enmarcados que eran parte de la escueta decoración del departamento donde dormíamos. Levantas la indicada y, bingo, aparece como magia, clara como el agua, toda la información que necesitas para desenredar la madeja del caso. Juls era nuestra «piedra angular»; pero también era la mía, y la de mi futuro. La armonía, la fuerza vital de la tierra y del universo, tenía que encontrar su centro para poder avanzar.

Esa noche empacamos. —*No olvides llevar tus oleos, o al menos los pasteles. Eso te relaja.* Me sonrió. —Ya metí algunas cosas para pintar a la maleta, las demás las dejaré en casa de Mariana.

Esa noche fueron todos a despedirse. Mike nos llevó al Aeropuerto, viajábamos Ferrán, Mayra, Juliana y yo. Le decíamos hasta luego a la Riviera Maya, el lugar donde se quedaban muchos de nuestros recuerdos: donde nos enamoramos, donde engendramos a nuestro hijo. No sabíamos si podríamos regresar. Solo cargábamos incertidumbre y no teníamos vuelo de vuelta. Ella traía una pequeña maleta con óleos y algo de ropa, y yo otra con muchísimos documentos probatorios. Esperaba que el plan funcionara para refundir en la cárcel al cabrón de Damián y alejarlo por fin de ella.

CAPÍTULO 44*. Enfrentando el futuro*

Nos recibió el fiscal, amigo de mi padre: un cubano parlanchín, encargado del caso. En Miami el español era definitivamente un idioma habitual; las personas lo hablaban de manera natural y te recibían con una sonrisa amable, como si estuviéramos en cualquier lugar de Latinoamérica. El ajetreo del aeropuerto, los nervios y el calor al salir a la calle me abrumó. Era una ciudad vertiginosa y ruidosa, por eso era una de las ciudades preferidas para vivir o vacacionar de muchos latinos.

Salimos por la puerta principal, junto con otros viajeros que llegaban a ese puerto de embarque internacional en los Estados Unidos. Yo conocía la ciudad, pero siempre lo había hecho como turista, con la emoción de disfrutar las maravillas que te ofrecía la *Magic city*; esa que nunca se apaga al caer la noche, vibrante, con la luz de la bahía; una ciudad que no duerme, que jamás está en penumbras.

Ahora todo era diferente, iba como testigo y nos recibió una camioneta negra que nos llevaría a una casa de seguridad cerca del juzgado. La experiencia de recorrer esas calles que antes había disfrutado se volvió angustiante, las luces se habían apagado, nunca había estado tan oscura. Mis ojos, con indiferencia, dejaban a un lado los imponentes edificios que se erguían, igual de exuberantes que la vegetación, los coches lujosos que conducían a nuestro lado con personas festejando…, todo eso me hacían sentir aún más la incertidumbre del camino. Nos alejamos de la música de la ciudad para acercarnos al silencio, a la verdadera realidad: la de calles austeras y vidas sencillas. Al doblar un bloque de edificios simples y llanos, la camioneta se detuvo y el fiscal habló. —Es una casa de seguridad. Estarán aquí hasta que termine el juicio. Tienen todo lo que necesitan y siempre habrá un par de agentes fuera. Al escucharlo, me asusté; el asunto parecía más grande de lo que yo alguna vez pude imaginar, me aterrorizaba al pensar en la boca del lobo a la que me había metido al casarme con Damián. La boda que había sido el evento del año en su momento, ahora se desvanecía

como un recuerdo lejano y que ya no formaba parte de mi vida. En mi mano ahora brillaba un nuevo anillo, solitario y sencillo. Lo portaba con la ilusión de que esa unión, algún día, se pudiera realizar. Mañana iniciaría el juicio y cada día era uno menos que vivía dentro de esa pesadilla.

Esa noche brindamos, yo lo hice con jugo de uva. Nos llevaron comida los guardias. Teníamos la inquietud de lo que se nos presentaría al día siguiente, pero queríamos festejar la vida y el futuro frágil que nos situaba en la cuerda floja. Habíamos cerrado las carpetas con las pruebas y deseábamos olvidar, por unos momentos, el huracán en el que se había convertido nuestra existencia. Mi padre y Mayra también estaban ahí, apoyándonos. Éramos un equipo y, al día siguiente, saldríamos con todo a luchar por volver a tener una vida y acabar con la pesadilla. Me costaba ver el futuro con optimismo, fijar una fecha para casarnos; pero soñaba con una ceremonia sencilla y familiar, y un tiempo en paz para esperar, pintando, a ese hijo que tanto ansiábamos.

Por la noche, entre besos robados, nos escabullimos. Necesitábamos estar solos, en la intimidad de la habitación, y compartir ese abrazo que decía más que cualquier palabra. Sus labios exploraban, cómplices de la oscuridad y el silencio. Deslizó el tirante de mi camisón, que cayó, suave, al suelo, y sus manos repasaron mi piel en una lenta invitación, erizándola, invitándome, dejándome ansiosa. La pasión de Cruz era diferente: era paciente, tentadora y erótica. Olvidé todo. Junto a él, lograba olvidar el pasado y el futuro, instaurándome solo en el presente de respiraciones agitadas y manos entrelazadas que me conducían lentamente hacia la extenuación.

Él me había transformado en esa mariposa azul que me gustaba pintar, y lo había hecho solo con amor.

La luz se filtraba, brillante, por la ventana; las cortinas permitían pasar rayos centellantes que me despertaron. Abrí los ojos y vi el cielo azul. Una palmera vecina se movía y saludaba. Me paré junto a la ventana para ver el cielo y volví a recostarme: me era imposible retomar el sueño. Vi un pájaro petirrojo parado en una hoja de

palma, platicaba con una pajarita, se picoteaban, coquetos; me vio y se quedó unos minutos inmóvil, después picoteó la hoja, me vio de nuevo, sentí que me sonrió, yo también sonreí. Luego los brazos de Cruz me rodearon, me acurruqué, cariñosa, él me besó en el cuello, el petirrojo se sacudió y emprendió el vuelo. Cruz me susurró al oído: —*Dicen que significan buena suerte.* —Debe ser, porque en este instante besas mi cuello. —*Y te quiero besar muchas partes más*. —Empieza ya. Tenemos poco tiempo. Buena suerte, mala suerte, uno nunca sabe. Las cosas siempre suceden por algo; muchas veces predestinado, otras provocadas por nosotros mismos. Aunque no lleguemos a dilucidar el verdadero significado, las respuestas ahí están.

Me arreglé de lo más sencillo, después salimos de la habitación. Mayra y mi padre estaban listos, nos habían traído un desayuno de un restaurante de comida rápida. Dentro de una hora, el fiscal pasaría por nosotros para llevarnos al juicio. Nos recogieron, me cubrí los ojos con los lentes más oscuros que encontré: no quería que alguien descubriera el terror que se escondía en mi rostro.

Los reporteros no perdieron oportunidad para acercarse. El juicio se había vuelto algo mediático por involucrar a Damián. Yo escondía la cara de las cámaras en el pecho de Cruz cuando una reportera salió a mi encuentro: —Señorita Palacios, ¿estaba usted enterada de los negocios de su exesposo?, ¿su padrastro está también involucrado?, ¿qué nos dice al respecto? ¿esta fue la causa de su divorcio?, ¿o ya era amante de su abogado desde antes? El hijo que espera… ¿quién es el padre? Las entrañas se me revolvieron, querían salir de mi boca. Mis ojos escondieron esa verdad que era solo mía mientras Cruz me protegía con sus brazos y mi padre abría paso junto a los policías que nos flanqueaban.

¡Quería escapar de todo! ¡Quería que mi vida dejara de ser una pesadilla recurrente!

Mi corazón empezó una lucha contra el pecho por salir, las manos frías y sudorosas se aferraban a las de Cruz. Él era mi puerto y se abría camino entre los numerosos periodistas hostiles. Mi padre, del otro lado, posaba su mano en mi espalda y me brindaba un apoyo

que nunca había sentido. Unas lágrimas recorrieron mis mejillas y mi padre apretó mi brazo con su mano mientras con su cabeza negaba, reafirmándome que no tenía por qué dar declaraciones. Mi madre decía: «cuando cometes una estupidez, la vida se vuelve una sarta de estupideces». Yo había cometido la primera al volverme ciega con Damián. Quería ver solo lo que deseaba: el lujo con el que me consentía, los viajes, el enorme departamento que me esperaba después de la hermosa luna de miel que había planeado por meses. Ahora estaba inmersa en un mar de estupideces y las tenía qué solucionar, una por una. Un leve mareo me invadió, él lo percibió. Cruz se me acercó y me dijo al oído: *—¿Qué pasa amor? ¿Te sientes mal?* —No, estoy bien. *—¿Por qué lloras?* Volteé a ver a mi padre y al fiscal que hablaban con Mayra*:* —Porque papá y tú están aquí a mi lado.

Cuando el panorama es negro y sentimos que el mundo nos asfixia, siempre podemos recibir bendiciones o aprendizajes de las situaciones; eso, me lo había enseñado Cruz. Ahora yo también tenía incondicionales y eso le daba perspectiva a mi futuro.

CAPÍTULO 45*. Tropezones*

Nunca había entrado a una sala de juicio en Estados Unidos. Eran muy diferentes a las salas de juicios orales en México. Me sentía extraño; yo no estaba relacionado directamente con el caso, pero tenía una inquietud latente que no me abandonaba. Me preguntaba cómo se sentía ella al ir flanqueada por dos policías. Se me aguijoneaba el alma, y más con la posibilidad de que algo pudiera salir mal; teníamos muchísimos datos, pero, cuando los juicios dan giros inesperados, la información deja de ser importante. No es como en las películas: vivirlo, es una pesadilla. —Necesito ir al baño —dijo ella. La acompañé a la entrada y volví con los demás.

Platicaba, nervioso, con el fiscal y con Ferrán antes de entrar a la sala. Una mujer, vestida con un traje austero y oscuro, salió del baño y se acercó al fiscal; le dijo algunas cosas al oído. Después de unos segundos, se dirigió a nosotros: —No sé si esté lista, mi asistente la acaba de ver llorando en el baño. La van a destrozar ahí dentro, los abogados de Schmall son unos lobos y saben que se juegan la cadena perpetua. Ferrán asintió y yo me fui a esperarla afuera del baño. Al verla me acerqué: —*Respira, respira hondo, ahora sácalo por la garganta. Te ayudará a tranquilizarte. Tendrás que declarar tarde o temprano, pero podría pedir una prórroga por tu estado, es posible que lo permitan. Pero esto es solo el inicio… lo que te han preguntado esos reporteros no es nada en comparación con lo que te vas a enfrentar en la sala: serán duros y querrán destrozarte.*

—¡No! Necesito hacerlo. Quiero terminar lo más pronto con esta pesadilla, avanzar, no dar pasos en reversa, por ti, por el bebé.

—*El ser humano es así, le gusta prejuzgar sin saber nada de la historia* —le dije, abrazándola suavemente.

Asintió, después comentó, de manera casi inaudible: —Yo suelo hacerlo, lo hice contigo al conocerte, con Alía y con muchos otros que se han cruzado en mi camino; no debería quejarme. —*Vamos pues, estamos juntos.* La tomé con fuerza de la mano, queriendo impulsar su espíritu cansado; ahora más que nunca tenía que ser su

columna, ver el futuro con optimismo. Necesitaba que su embarazo terminara con más tranquilidad.

La sala estaba recubierta de madera, el exesposo de Juliana se encontraba sentado junto a un grupo de abogados que portaban trajes a la medida y portafolios lujosos de piel. —Contrataron al mejor despacho de abogados de Nueva York, están acostumbrados a casos difíciles e interesados en ganar. Hay mucho dinero de por medio. Sentí escalofríos, un mal presentimiento me invadió, recorría mi columna vertebral. Ferrán se acercó y me dijo al oído: —Esta todo amarrado, no te preocupes. Mi quijada se tensó, no estaba tan seguro, la mirada de Damián se detuvo en Juliana: el odio brillaba en sus ojos. Ella escondió el rostro y reculó unos pasos; después, se detuvo en mí, sonriendo de forma burlona. Quería hacerme sentir insignificante. Su abogado puso una mano en su hombro, desvió su objetivo y mantuvo unos minutos la vista con su padre. Asintió fríamente. Schmall padre volvió su vista hacia mí con sus fríos ojos grises, parcos; ningún músculo de su cara se movía, después lentamente movió su cabeza con aprobación. Yo sentí miedo por ella; aproveché para llevarla al lugar donde tenía que esperar para dar su declaración.

El Juicio empezó y llamaron a declarar al agente de la guardia costera, el encargado de la detención, a una de las prostitutas y al capitán del barco. Había un dibujante que hacía bosquejos del juicio, Juliana se perdió en los lápices de colores del dibujante, ausente. Después, la fiscalía la nombró. Ella contestó, de manera serena, las preguntas que habíamos estudiado con Ferrán y el fiscal. Todo parecía claro: estaba deslindada del caso. Había hablado de las causas de su divorcio, de la violencia de género y del secuestro cuando el interrogatorio de la contraparte comenzó. Uno de los abogados, el rubio, se levantó, colocándose de manera autoritaria frente a ella: *—Señorita Palacios, ¿tiene usted alguna relación sentimental con el señor Cruz Hernández?* —Sí. *—¿Cuándo comenzó?* —Después de mi divorcio. *—¿No es demasiado pronto para enamorarse de otra persona?, digo, si amaba a su marido, con el que se casó con bombo y platillo hace un año.*—Especulativo —

dijo el fiscal. *—Tiene razón el fiscal, no enfoque la declaración a ese tema, se anula la pregunta. Prosiga; si no tiene más, tendremos que dejar ir al testigo* —dijo el juez. De pronto, se escuchó la puerta abrirse y un chico se acercó corriendo para entregarle un papel al abogado moreno. Este se acercó al estrado y le mostró un documento al juez, quién asintió. El abogado que entregó la prueba al juez se acercó a Juliana y le preguntó: *—¿Usted sabía de los negocios de su exmarido durante su noviazgo?* —No, de ser así no me habría casado con él. *—Entonces… ¿por qué tengo en mis manos este contrato, fechado meses antes de su matrimonio, en donde se plantea que usted es la socia del señor Schmall?* —No puede ser, yo no tengo nada que ver con eso, yo no firmé nada, nunca he recibido dinero de ninguna actividad delictiva por parte de él ni de nadie. —*Pues estos estados de cuenta dicen lo contrario. Se observa que, de una cuenta del señor Schmall, se retiran fondos para depositarse en su cuenta… eso suena como pago de su sociedad*. —No, yo no he recibido fondos, de nadie. Él me depositó dinero para pagar todos los gastos de la boda y para que comprara lo que necesitara, era muy generoso con el dinero. *—¿Y no se dio cuenta de lo exorbitante de las sumas?*

Vi cómo Juliana se puso pálida. Me acerqué a ella. —Por favor, llamen a un médico, está perdiendo el conocimiento.

CAPÍTULO 46*. Cárcel*

Cuando volví en mí, tenía el brazo enganchado a la cama por unas esposas. Cruz tomaba mi mano: —*¡Hola, preciosa!* —me dijo mientras posaba un beso suave en mi sien. Afuera, dos policías custodiaban. La enfermera me ponía una sonda con suero glucosado. —Con esto se va a sentir mejor; más tarde viene el ginecólogo a revisarla, yo vengo en un momento a cambiar el suero. Me dijo en español con un acento cubano, después salió de la habitación y pude ver el rostro compungido de Cruz. Supe que algo grave había sucedido. —*Te acusaron. Lo tenían planeado, Juls, desde antes, desde que eran novios, para protegerse. Debido a tu estado, el fiscal consiguió un permiso con el Juez para que estés en el hospital mientras termina el juicio. Yo podré acompañarte, Ferrán y él siguen recabando información para ayudarte, dicen que son pruebas contundentes para considerarte culpable por asociación delictuosa y lavado de dinero. ¿Te hizo firmar papeles mientras estaban de novios o casados?* —Sí, pero siempre leí los papeles que me daba, el único contrato que firmé fue el prenupcial. Los depósitos sí me los hacía, decía que fuera ahorrando para la boda y para la casa. Cuando lo abandoné, esas cuentas se quedaron sin movimiento, salí sin nada, tú lo sabes, no las he vuelto a tocar. —*Es un cabrón. Lo tenía planeado todo desde antes de casarse; aunque el prenupcial nos puede ayudar. Mañana continuaremos con el juicio; hoy se canceló por tu desmayo. Voy a hacer unos pendientes, trata de descansar un poco. Tenemos que prepararnos para mañana y aprovechar lo que resta del día para investigar algo que nos pueda sacar de esta situación.*

Cruz, salió de la habitación y me quedé mirando las esposas: nunca me imaginé verme así, atada a una cama, con la posibilidad de entrar a la cárcel, incriminada. Cuando alguien habla de la cárcel lo vemos tan lejano, tan fuera de nuestras posibilidades. Recuerdo la imagen que recreé en un trabajo en la universidad, la foto de José Clemente Orozco, con la mano extendida a través de los barrotes de la cárcel de Lecumberri, apresado por contribuir con el Partido

Comunista, la reproduje varias veces, las pinté en acuarelas de colores fosforescentes; después las presenté en un trozo de conglomerado. Era una obra que buscaba representar el derecho a la libertad de expresión, el derecho a la libertad de elección. Yo ahora estaría como Orozco en Lecumberri: encerrada por unos años. ¿Qué pasaría con mi hijo? Si entraba a la cárcel, no quería que mi hijo estuviera ni un día en ese infierno; yo era culpable, él no. Lola y Cruz podrían cuidar mejor de él. Sería lo mejor, tenía un padre buenísimo y de nada serviría una madre tras las rejas.

La enfermera volvió, acompañada del ginecólogo y un equipo de ultrasonido. La imagen y el sonido del corazón del bebé latiendo en la pantalla me desbloquearon un poco e, instintivamente, llevé mi mano al vientre, pero el sonido del metal y un fuerte dolor en la muñeca lo impidió. El doctor y la enfermera me miraban con pena:
—Será una niña —dijo. Sonreí, tendría una hija que quizá sería morena, como Cruz, con su luz; o rubia, como yo, pero alejada de mi oscuridad. La alegría de dar a luz una hija a la que cuidar se evaporó al instante por el miedo: mis palpitaciones se alteraron, estaba angustiada, un sofoco me invadió, incómoda por no poder girar mi cuerpo y esconder las lágrimas. Cerré mis ojos a causa de las esposas. Quería voltearme, ver al otro lado, mover mi cuerpo. Con cada sacudida, el frio metal laceraba la piel de mi muñeca, que sangraba, y la necesidad de hacerlo se volvió una necesidad de dolor, de purgar la pena para evitar que la angustia se subiera por el pecho y retumbara en mi cabeza:

—¡Dios mío, esto es una pesadilla!, ¡mi vida es una pesadilla!, ¡qué hice para merecer esto! La enfermera miró al doctor mientras la crisis emocional me invadía.

—Señora, necesito que se tranquilice, por el bebé.

Poco tiempo después, otra persona con una jeringa inyectó en la sonda una sustancia que me provocó sueño e inconciencia. Me dejé llevar por el olvido.

Por la noche apareció Cruz. Traía algunas cosas para mí y su rostro acongojado me hablaba más que mil palabras. Algo sucedía y no quería que me diera cuenta. Yo me sentía todavía un poco

adormilada: —¿Lograste encontrar algo? —*Sí, Mia tiene publicaciones donde salen juntas en Cancún en la misma fecha en donde, supuestamente, se firmó el contrato. No pudiste estar en dos lugares el mismo día. Mañana viene a dar su declaración.* —¿Y entonces por qué pareces preocupado? —*No sabemos si el juez lo tome como prueba contundente. También estará la declaración a tu favor. En este momento, están viajando.* —Todo estará bien, debemos mantener la esperanza, eso es lo que diría Lola. Él se sentó a mi lado y me besó en los labios; fue dulce, cálido y llenaba las grietas que pensé nunca cerrarían. En medio de esta tormenta, su ternura me inundaba de amor; nunca nadie me había amado así, nadie había sufrido de esa manera por mi causa, con eso me conformaba. —*Quisiera abrazarte y no puedo. Me siento tan impotente, tan estúpido; creí que teníamos el éxito justo en frente. Nunca tuve claro con quién nos metíamos, como te arriesgaba; hubiera sido mejor que nos fuéramos lejos, huir de todo, tú yo y el bebé.* —No podemos huir, esas no son tus formas. De no estar yo involucrada en la ecuación, tú no lo harías; eso es lo que me ha enamorado una y otra vez: honradez, integridad, tus cualidades. Mi hija va a tener el mejor padre que pudiera desear. —*¿Hija?* —Sí, será niña, me lo dijo hoy el ginecólogo. Me volvió a besar. Sentí su cuerpo ardiendo debajo de sus besos, la necesidad que teníamos de abrazarnos, imposibilitada por el lugar y las circunstancias. —Cruz, necesito pedirte algo. —*Dime, amor, lo que sea, lo que quieras, si pudiera*… —Si el juez falla en mi contra, si me encarcelan, necesito que me prometas que te llevarás al bebé lejos de esto, que la cuidarás con Lola. No le hablarás de mí, no quiero que me visites. ¡Olvídame!, ¡aléjate de esta suciedad y protégela! —*No me pidas eso*. —Sí te lo pido. Por ella y por ti. Necesito que lo hagas, que me lo prometas; sólo así me quedaré tranquila. No le hagas a nuestra hija lo que me hizo mi madre: criarme dentro de tanta mezquindad. No decía nada, solo lloraba de impotencia. Yo también lo hacía, pero con resignación. Las cartas estaban echadas y lo más seguro era que perdiera la partida. —Promételo, Cruz, si no, no te lo voy a perdonar nunca. —*Te lo prometo.* —Y Mia va a ser su madrina. De

las amigas es de donde uno se agarra y se fortalece cuando todo se encuentra mal.

CAPÍTULO 47. *El juego no termina hasta que el tiempo se agota*

Me estaban quitando las esposas en la antesala del juzgado cuando llegó Mia. Su sonrisa se había transformado en preocupación. Me confortó su abrazo, siempre lo hacía. *—No te permito que me hagas llorar, se me va a correr el maquillaje y no me puedo presentar así; después voy a parecer parte de una de las pinturas de Ana Fuentes, ¿te acuerdas? La de la exposición en la Condesa, esa con los pelos revueltos y encorsetada; más bien ahora debemos de ser como la del dedo… en la que nos pusimos a posar para una publicación en mi página… con el dedo de en medio, mandando todo a la chingada; ¡recuérdala a la hora de testificar contra el maluchis de Damián!* Yo solo la escuchaba, me hacía reír, lograba cambiarle el *switch* a cualquiera. *—Ya sonreíste… ¡muy bien! No te puedes desanimar… porque tenemos muchas cosas que vivir, que festejar.* —¿Te quiero pedir un favor? *—Claro* amigaaa*, el que sea.* —Si entro a la cárcel, necesito que seas la madrina de mi hija; que la cuides, la escuches y la aconsejes. Yo no voy a estar y necesitará un abrazo: los tuyos son curativos. Las dos lloramos. Habíamos forjado una amistad que fue dolorosa, y a veces dañina, pero nos habíamos acompañado siempre en los momentos escabrosos. Quería que Mia la Instagramer, iluminara la vida de mi hija y le diera la alegría que le iba a faltar por tener una madre ausente. Un policía me jaló, me sentaron junto al fiscal dentro de la sala.

Filas más atrás se sentaron Cruz, Mia y Ernesto. Esperaban el turno para que ella declarara. Me miraba con pena, con tristeza; su alegría se había esfumado. Hace pocos días celebrábamos mi divorcio, ahora me brindaba apoyo en la esclavitud. El fiscal a cargo la llamó a declarar, le preguntó si había estado conmigo el día en que se firmó el supuesto contrato, ella confirmó los hechos y, después, pusieron las publicaciones; una a una, las imágenes en donde salíamos festejando juntas unas vacaciones en Cancún, más de veinte imágenes que me recordaban la vida, la libertad, lo que había sido y lo que era ahora. Como un resumen de momentos felices, una leve

brisa de esperanza se instaló en mi alma; suave como las alas de una mariposa. Sonreíamos, nos veíamos felices, desentendidas, todavía no había unido mi vida con la de ese hombre que me había marcado como si fuera un ganado y me había cosificado, como algo de su propiedad.

Era claro: yo estaba con Mia en las mismas fechas. Cruz y mi padre sonreían, el fiscal no lo hacía. Un presagio se pintaba en su rostro, las partes discutían, yo no entendía o no quería hacerlo, perdida en mis recuerdos. Esperábamos lentamente a que el juez deliberara. Al fin habló: las pruebas no eran contundentes, pues los metadatos de las imágenes habían sido hackeados por computadora. Mi testigo a favor estaba descartado. El temor es una capa negra que te cubre, la pesadez del miedo se transforma en hormigas que, como a la miel, llegan poco a poco, te invaden y te comen, dejando al descubierto tu inseguridad, tu falta de fe, hasta que queda poco de ti mismo, solo una sombra densa. En las tinieblas, el amor se vuelve inválido, inservible y el desgano asedia el panorama.

Me consideraban cómplice de Damián y se tenían muy pocas posibilidades de que cambiaran el dictamen. Las decisiones que tomamos tienen consecuencias. Los de la contraparte aseguraban que no pude ser tan ciega para no darme cuenta de sus negocios de lavado de dinero, el flujo de efectivo, la suma exorbitante que me depositaba y de la cual disfrutaba consumiendo artículos de lujo desde el día en que nos comprometimos. La ostentación me gustó, no lo puedo negar; el *glamour* que compra el dinero, la ropa, los autos, los viajes; las atenciones que recibes cuando llegas a los lugares en donde gastas o das una buena propina. Pero ahora, conociendo que parte del dinero que dispersaban en mi cuenta era resultado de lavado de dinero, me sentía culpable, sucia, de ser parte de ese mecanismo que hundía a otros en el mundo oscuro de las drogas. Yo había visto a muchos caer, me pesaba la conciencia. Sufriríamos; no solo yo, también Cruz y el bebé, todos los que me querían. Y lo peor es que me lo merecía: lo había permitido.

Al salir de la corte, con dos policías a mi lado, me acerqué al fiscal:

—No quiero más visitas. Enfrentaré esto sola, ellos no están

implicados, ya bastante han tenido que sufrir por culpa mía. No quiero visitas ni de mi padre ni de Cruz, de nadie. —*Mañana dictaran la sentencia y te trasladaran a la cárcel; te puedo conseguir un abogado de oficio*. —Está bien.

Mi padre y Cruz fueron a encontrarme a la entrada del hospital, los policías que custodiaban la puerta les prohibieron entrar, los escuché discutiendo, mi padre se llevó a Cruz de ahí a la fuerza, amenazado con ir preso. Al ver a través del vidrio que sus siluetas se marchaban, las lágrimas se deslizaron, sin fin, sin camino, sin solución. Aferré esa mano libre a mi abdomen y lo acaricié; la otra permanecía inmóvil, esposada a mi pasado. Otra vez estaría sola. No sabía si era por causa del destino que juega en nuestra contra, un karma que estaba pagando por todas las personas a las que hice sufrir o el ADN del dolor que pasamos de generación en generación. Yo iba a hacer todo lo posible para que mi hija y su padre no lo vivieran, para romper el círculo. Los alejaría de la cárcel.

Las pesadillas me abrumaron, me persiguieron toda la noche, como el más cruel de los verdugos. Dormí poco; me sentía agotada al despertar. Salí con mis custodios, ya acostumbrada a las esposas. Los brazos reposaban, cansados y lánguidos, una sola idea recurrente pasaba por mi cabeza: alejarlos. Al entrar a la sala, me lo encontré. Esperaba con rostro compungido, los músculos tensos se agarrotaban en su quijada y sus ojos negros, brillantes, me siguieron, apagados. Yo iba con el nuevo abogado de oficio. Se acercó: —*¿Por qué lo haces, Juls? Me alejas. Me estás matando*. *¡Por favor, no lo hagas!* —No voy a hacerte pasar por lo mismo otra vez, ya lo viviste, esto es mi problema, yo lo voy a resolver sola, tenemos que cortar de raíz, amputar; por ti y por nuestra hija. El silencio del dolor se instalaba entre nuestros cuerpos. Sentí su mano tocarme, los dedos deslizándose levemente por los míos, mientras el policía me jalaba para llevarme al estrado. Cuando dejé de sentirlo, quizá por última vez, le recordé: —Me hiciste una promesa, que la alejarías. Ella merece vivir una buena vida, no la que yo he tenido.

CAPÍTULO 48*. El instinto*

Una sola idea rondaba mi cabeza. Oía voces, pero mi cerebro solo daba vueltas con una idea. En unos meses iba a ser padre soltero de una niña mientras el amor de mi vida estaba encerrado en una cárcel. Estaban a punto de darle una sentencia por complicidad delictuosa, blanqueo de dinero y tráfico de drogas. El peso de la existencia se volvió insostenible, mi cuerpo lo sintió y me recargué en la pared. Esa decisión unilateral, ese instinto de protección materna, me hundía irremediablemente.

Se había dado por vencida. Me dejó ir por amor, pero yo no entendía su decisión ni la aceptaba. Apelaríamos, lucharíamos, no me vencerían; no se olvida a parte del equipo tirado en la batalla. Estaba perdido, pero, por ella y por mi hija, encontraría una solución, un camino, aunque me llevara la vida en ello. Me acerqué a Ferrán: *—¿La localizaste?* —No, me manda a buzón. No ha querido colaborar. *—Tenemos que encontrar algo; se está dando por vencida.* —Lo sé, estoy desesperado; mi mujer y mi hija vienen en camino, traen información de Lemus que me han mandado contactos, espero que sirva de algo. Entremos, está por empezar.

La sala se volvió más fría sin sus ojos mirándome; su vista se encontraba en otra galaxia, perdida en la ventana. Se veían las sombras de nubes que pronosticaban lluvia, sus ojos verdes se encontraban apagados. Temí. La esposa de Ferrán llegó, junto con su hija, y se sentaron a mi lado. Le entregaron la papelería al fiscal y a su asistente, que la revisaban con cuidado, buscando indicios. El fiscal le entregó un papel a Juliana. Una leve sonrisa se curvó en su boca, me imaginé que era de su hermana, esa que, apenas ahora, y en esta terrible situación, conocía. Minutos más tarde, entraron Mia y Ernesto acompañados de Alía, Santiago, Iñaki y Marie. Una fortaleza inexplicable traspasó los poros de mi piel, esa era la familia que el destino me había brindado, pasara lo que pasara, incondicionalmente acogerían a mi hija. El juicio comenzó.

Al pasar los minutos, los abogados de la defensa se aferraban a destrozarla, querían venganza. El señor Schmall estaba sentado a un

lado de Lemus; se sentían seguros, se percibía a través de sus gestos y, aunque Damián iría a la cárcel, lo haría por poco tiempo, y más con las conexiones y el dinero que tenían. Además de que podían pagar protección en la cárcel. Yo no estaba seguro de que Juliana aguantara encerrada ni una semana, eso me aterraba. Declaraciones y pruebas: todo era para reducirle la condena a Damián. La información de Ferrán no le había servido de nada al fiscal. El juicio daba vueltas con la misma dirección en un bucle; el juez estaba cansado y decidido a dar sentencia. Miró al fiscal, hastiado: —¿No tiene más testigos la fiscalía?

La puerta del juzgado retumbó. Todos volteamos a ver a la mujer que forcejeaba con un policía. El fiscal se paró, junto con Ferrán, y dijo: —Sí, su señoría. Ella es mi próxima testigo. Tenemos otras pruebas para desligar a la Señora Juliana Palacios del caso. La madre de Juliana apareció, diferente a nuestro primer encuentro, desarreglada y sin maquillaje. Llevaba unos folios en sus manos y sus dos hijos adolescentes la seguían. El juez la llamó al estrado y ella le dio al fiscal la papelería que cargaba, resguardada como un tesoro. Vi cómo los rostros de Schmall padre y Lemus se desfiguraron. Lentamente, se pusieron de pie, aprovechando la distracción de los abogados, que habían sido llamados al estrado. Yo me acerqué a la puerta para evitar que se escaparan, cuando el Juez les dijo a los guardias que sitiaban la entrada: —Nadie puede salir de la sala hasta que se termine el juicio. Cierren las puertas.

La madre de Juliana, testificó; llevó el mismo contrato que tenía la parte acusatoria fechado el mismo día, pero con el nombre y la firma de Lemus, estados de cuenta en donde Schmall le hacía depósitos de la misma cuenta y por la misma cantidad que a Juliana; los comprobantes de los vuelos que hizo Juliana a Cancún; su reservación en el hotel y váuchers del mismo día en que, supuestamente, se había firmado el acuerdo. Había muchos papeles que incriminaban no solo a su esposo, sino al señor Schmall. Astrid habló de la cena a la que había asistido con su esposo en esa fecha, en la residencia de Schmall, donde un grupo de empresarios habían

hecho acuerdos. Los tratos que tenía su marido con el padre del acusado.

El juicio había dado un giro inesperado. Cuando Ferrán llamó a Astrid pidiéndole ayuda, nunca pensé que accediera: la habíamos dado por perdida. Nadie nos enseña a ser padres, nos equivocaremos una y otra vez, cargamos errores generacionales, dolores que heredamos sin resolver y los cuales pasan de nuestra vida a la de nuestros hijos, como una carga, una piedra. Sin embargo, hay algo invisible que siempre unirá a los hijos con los padres; un instinto de protección animal, inexplicable, de manada. Al fin, después de tanto tiempo de sufrimiento, ese instinto se había despertado en Astrid, la madre de Juliana. Mi hija no tendría que cargar con ellos.

No los dejaron salir de la sala. Astrid acaba de presentar las pruebas contundentes para encarcelarlos a los tres, y a muchos otros más. Después de la deliberación del jurado, el Juez ordenó la liberación de Juliana. Los guardias le quitaron las esposas. Ella solo caminó hasta su madre y la abrazó. No hablaban, pero, con ese abrazo, se perdonaban mutuamente, sanaban sus heridas. Astrid y sus hijos entrarían a protección de testigos, igual que nosotros. Tendríamos que reinventarnos la vida por un tiempo, desaparecer del radar, pero todo iba a estar bien. Estaríamos juntos. Eso le daba perspectiva a nuestra vida de nuevo; no importaba nada más.

CAPÍTULO 49*. Rayos segadores*

Hay pequeños rayos segadores, como el de los cometas en medio de la oscuridad de la noche, que iluminan y dejan a su paso una estela que guía. Ver a esas personas acompañándome me dio la paz que necesitaba. Cruz y mi hija nunca estarían solos; así como ahora lo acompañaban, también lo harían en cada paso que diera mi pequeña. Esa niña que no alcanzaría a ver crecer, a la que no tendría oportunidad de amamantar como hubiera querido que lo hicieran conmigo. Cuando aceptas tu destino, la carga se aligera y ves las cosas diferente, con paz. Todo iba a estar bien para ellos. Podría soportar unos años en la cárcel con la esperanza de, alguna vez, verla correr, jugar en un parque o comer un helado. El juez estaba cansado, no había nada que me pudiera librar de esa situación en la que sola me había metido. Podría culpar a mi madre por empujarme a ese matrimonio, a mi padrastro por planearlo o a mi padre por permitirlo. Pero la verdad era que debía empezar a cargar con mis decisiones: no había culpables, yo había dicho sí frente al altar.

Cerré los ojos un momento para digerir todo. Pronto me trasladarían al penal, Damián reía al verme acabada, como si él no fuera a ir preso también. Veía a mi padrastro, ese que alguna vez quise que me pusiera su nombre, ese que admiraba como si fuera un príncipe, el autor intelectual de mi matrimonio con Damián. Él sonreía de igual manera, seguro, pues, con su apoyo, posiblemente, mi exsuegro le daría más negocios, y sus problemas económicos terminarían. Aunque lo odiaba, eso era bueno para mis hermanos pequeños.

Un sonido retumbó, mi madre apareció y todo se aceleró. En un instante, con solo un minuto salvador, mi madre cambió mi destino. Al igual que lo hizo cuando se casó con ese hombre, ahora lo hacía de nuevo. El tiempo se desvaneció, se aceleró, se multiplicó, pero de pronto pude sentir sus brazos rodearme. No sabía muy bien qué pasaba, pero la abracé: Era reconfortante sentirla, tantas veces lo quise: sus brazos cubriéndome y sus manos peinando mi cabello…,

lo extrañé a cada segundo de mi infancia. —Estas aquí. —*Perdóname por todo lo que te hecho pasar. Cuando cometes una estupidez, tu vida se torna en una sarta de estupideces, siempre te lo he dicho. Necesitaba dinero, para nosotras, para sobrevivir. Estaba cansada de tu padre y su irresponsabilidad. Nunca imaginé en qué me metía. Después, solo fue la depresión, el cansancio, el miedo. Vivía drogada, con medicamentos; así sobreviví, pero no me di cuenta de que te dejé a expensas de todos. ¡Perdóname!, siempre quise ser tu amiga.* —Yo no quería una amiga, necesité una mamá. —*Lo sé, pero estaba demasiado abrumada para serlo, no quería ser mamá.* Muchas veces me imaginé este momento: que mi madre vendría y me cuidaría. Lo añoraba, pero ahora no me hacía falta y, aunque algo en mi alma me hacía querer odiarla, no lo haría. Las raíces fortalecen las familias y un árbol sin ellas se vuelve frágil. —Siempre va a haber un lugar para ti en mi vida.

Cruz se deshacía de los abrazos de otros, luchaba por acercarse. No me importaba nada. Todo se había borrado, solo sus ojos, oscuros y brillantes, llenos de compasión y amor, que caminaban a encontrarnos. Cuando llegó su abrazo, lleno de una energía desbordante y desenfrenada, me di cuenta de que no necesitaba más que a ese hombre en mi vida; yo no lo había decidido, el destino me lo había regalado, y él me había escogido a mí. —*¡Vámonos, no quiero estar ni un minuto más aquí!* Lo seguí, a ciegas, en la penumbra, de todas las maneras posibles, porque Cruz era una luz reluciente que lograba rescatarme de la soledad, de la oscuridad, de mí misma y de mis demonios.

Nos refugiamos en un pequeño hotel que se encontraba cerca de los juzgados. No le habíamos avisado a nadie: nos habíamos fugado como dos enamorados que huyen de todo. Ese día se transformó en minutos y el desaliento de la mañana ahora se vestía de esperanza con Cruz repasando la desnudez de mi piel: —Se llamará Aysha, significa «vida» —le dije. —*Es un lindo nombre, pero en realidad no me importa.* Lo decía mientras seguía besando mi cuello. —*Bueno, me importa, pero el que escojas está bien, solo quiero tenerlas a las dos junto a mí. ¿Me estoy explicando?* Estaba extasiado. Lo besé tan

intensamente que nada importó más que la danza de nuestros cuerpos. Afuera, en la ventana, dos petirrojos cantaban, se coqueteaban, se besaban… igual que lo hacíamos nosotros.

EPÍLOGO

El mar estaba igual de cristalino que siempre. La luz del sol atravesaba el agua, haciéndola celeste. Podía respirar la brisa, así como la paz de ese paisaje que me traía tantos recuerdos. Era una playa casi privada, pues pocos conocíamos de su existencia. A lo lejos, las olas quebraban en el arrecife, las tablas de *paddle* se veían mientras Mia, con una enorme barriga, a causa de su embarazo, reposaba los pies hinchados en una silla. Yo tomaba una cerveza en una mesa de ese restaurante rústico en Pamuul. —*¿El vestido de verde es Ernesto?* —¡Sí! —¡*Ha mejorado! ¡Recuerdo la primera vez que se subió!* —Tantos años de visita lo han hecho practicar mucho. Le gusta la soledad, lo disfruta, lo aleja de la algarabía de la familia que a veces lo satura. —*Lo puedo entender, a mí me pasa lo mismo; a veces, solo quiero huir de todo y volver a nuestra pequeña realidad en Boston.*

Deslicé mi vista a través del paisaje y pude ver a lo lejos a Juliana con Aysha. Los rulos castaños de mi pequeña se enroscaban, rebeldes, mientras el viento los movía y los despeinaba. Su tez morena clara contrastaba con el color rosado; hacía que su traje se viera más chillón. Sonreía a carcajadas con dos bolsas en la mano: en una recogían basura y en la otra recuperaban tesoros, casi siempre conchas. Conservaba un gran parecido con su madre, su belleza resaltaba. Agradecía que solo su carácter fuera más parecido al mío; yo no me consideraba un hombre guapo. —Se han detenido a ver algo. ¿Qué será? —*Le encanta ver los caracoles que se esconden detrás de los espejos de agua.* Se escuchaban sus carcajadas mientras Juliana la tomaba en brazos y le daba volteretas, atacándola con besos en las mejillas. Las dos sonreían, felices. —Son tu tesoro, Cruz, al fin lo encontraste. —*Sí, lo son, me siento tan afortunado. Creo que las cosas siempre pasan por algo. El secuestro de Marie nos unió, nos hizo familia. Estábamos destinados a encontrarnos, aunque la causa fuera al principio un terrible suceso.* —Juliana es una excelente madre. —*Sí, sentirse libre y amada hace que de su interior afloren sentimientos bondadosos; no sé cómo*

explicarlo, se permite a sí misma ser vulnerable porque se siente aceptada, amada. —Tienes que cuidarlo, es un tesoro frágil. *—Lo sé, cada vez que su madre o sus hermanos nos visitan en Boston, tiemblo de miedo, pero al final resulta que lo que hemos formado es más fuerte que nada. Somos una familia: ella, Aysha y yo. No importa lo que fuimos, lo que éramos, nuestras familias…, somos simplemente un núcleo. Le gusta venir aquí porque mi madre le borra ese sentido de orfandad que siempre ha tenido, esa herida que carga como huella. Se ha prometido ser la mejor madre que pueda. ¿Te contó que está por exponer de manera individual en la mejor galería de Boston?* —Sí, me dijo que entró en una galería importante y que se cotizan y promocionan bien sus cuadros. *—Sí, el cuadro protagonista será el de unos niños jugando. Lo pintó en base a una foto que tenía, cuando huía de Damián. Me da gusto que nos encontremos cerca para poderte visitar a tu regreso a casa con el bebé; ella estará encantada de ayudarte mientras te adaptas, puede irse unos días con ustedes.* —Sí, sería maravilloso; Ernesto está ocupadísimo con su nuevo puesto en MIT y saberlos cerca para ayudarnos es una tranquilidad; también para mis padres, no se podrán quedar indefinidamente. *—Mira, ya viene de regreso, te voy a dejar con él, para ir a ver a mis «princesas». Tienen una lucha entre ellas: Aysha quiere que le diga princesa y Juliana le dice que no, que no es una princesa…* —Es por todo lo que le pasó, a ella no le hizo bien ser educada como princesa, debes entenderla. *—Yo sí lo hago, a mí me da igual, pero a mi hija le gusta ver mucho las películas de Disney.*

Las alcancé mientras se abrazaban, y cubrí a las dos con mis brazos. Era bastante más alto que ellas, realmente podía considerarme como un jodido suertudo. Nadie hubiera pensado que este par de hermosuras fueran mías. —Mira, *daddy*, todas las conchas que juntamos el día de hoy, ¡son muchísimas! ¡Tengo mucha sed y también tengo hambre! *—Ve a la mesa donde está la tía Mia y el tío Ernesto y diles que te pidan algo; mientras, tu mamá y yo nadamos un rato en el mar.* La vi alejarse, corriendo, feliz, y gritando: —*Miaaaaaaa*, quiero limonada. Yo aproveché para tomar

de la mano a Juliana. —¿*Vamos al mar?* Ella asintió, sabía muy bien que algo tramaba.

Las olas nos mecían con su vaivén. Se colgó de mí, con las piernas enroscadas en mi cintura. *—Me urgía un momento a solas contigo; quiero besarte desde el desayuno.* Acerqué mi boca a la suya y solamente la posé ahí; no se movía, solo tentaba, acariciaba con lentitud. Se escuchaba nuestra respiración agitada, nuestros anhelos futuros. Me perdí en la invitación de su boca, nuestros cuerpos estaban ansiosos cuando tomamos un respiro. Después llanamente le solté: *—Quiero tener otro hijo, planeado, deseado, por una entrega mutua, consciente de lo que estamos aceptando, sin drama.* Ella sonrió, coqueta. Me volvió a besar los labios; después, recorrió mi mejilla con un reguero de besos y se detuvo en el oído: —Entonces hay que trabajar en ello. ¿Cuándo quieres empezar?

FIN

IMAGENES

1. *El rapto de las Sabinas* Nicolas Paussin
2. *La máscara* Rafael Coronel
3. *La tormenta* Pierre Auguste Cot
4. *El beso* Gustave Klimt
5. *Poet of the sea* Winslow Homer
6. *Unos cuantos piquetitos* Frida Kahlo
7. *De regreso al corazón* Alejandra Phelps
8. *I woke up naked* Jenny Holzer
9. *Squall Tower* Hayri Atak
10. *Maison au bord de la mer* Degas
11. *Imagen de Cristo resucitado*
12. *Niña del bosque* Mónica Fernández
13. *Ofelia* John Everett Millais
14. *Nebulosa de Cangrejo*
15. *Obra completa* Tomory Dodge
16. *Monografía de la Mariposa*
17. *Cuauhtémoc* Jesús de la Helguera
18. *Hands bounds by rope*
19. *Luna llena sobre el mar*
20. *Mariposas difuminadas* Juliana
21. *En cada latido* Rosa Rodríguez Gordillo
22. *Imágenes del Huracán Early*
en la Television
23. *Grito* Eduard Munch
24. *MidnigthDreams* Fantasy Lab
25. *Faciem V* Guillermo Colmenero
26. *El atardecer naranja y violeta*
27. *Anuncio promocional Tulum*
28. *Obra completa* Jung Lee
29. *El nacimiento de Venus* Boticelli
30. *María desatadora de nudos*
31. *El horizonte sobre el mar*
32. *Imágenes proyectadas en el techo*

por el móvil
33. *El amanecer*
34. *Imagen de un bebé en el ultrasonido*
35. *Tequila Mil demonios*
36. *La imagen perfecta de Juliana pintando*
37. *Partículas de luz que se filtran a través de la selva*
38. *Saturno* Francisco de Goya
39. *Full fathom five* Jackson Pollock
40. *In her arms* Malcom Liepke
41. *Guernica* Pablo Picasso
42. *Gentelman inglés*
43. *Poster de piedras de río*
44. *Petirrojos enamorándose*
45. *Los retratos del dibujante*
46. *Fotografía de Jose Clemente Orozco, en Lecumberri*
47. *Dolor exquisito* Ana Fuentes
48. *Las nubes presagiando lluvia*
49. *Petirrojos enamorándose*
50. *EPÍLOGO*

Gracias a todos los que me ayudaron de alguna manera a que este libro saliera a la luz, es el tercero y último de la serie y espero que lo disfruten al leerlo. Es mucho más reflexivo que los otros y como es costumbre añado algunas asociaciones que se asemejan a las que salen en la novela.

PADLE es una asociación imaginaria, pero en Torreón, Coahuila se encuentra: ESPÍRITU QUE DANZA, A.C., una asociación civil que trabaja con niños con peligro de calle, les imparten clases de primaria y talleres formativos por las tardes, les dan desayuno, comida y cena. Si gustas apoyarlos los puedes encontrar:

Facebook: Espíritu Que Danza
Instagram: espíritu_que_danza
Mail: eqd1996@hotmail.com
Telefono: (52)8717511898

Musas de la Laguna A.C es una asociación que lleva 20 años ayudando a mujeres que han sufrido a causa de la violencia. Si sufres de violencia o si quieres ayudar a esta noble causa, te dejo sus datos:

Facebook: Musas DE LA Laguna AC Mujeres Solidarias
Instagram: musas.trc.
Telefono: (52)8712884439